

ADVIENTO 2024/25

El Adviento es un tiempo de preparación, que se prolonga durante cuatro semanas, y que nos invita a reflexionar sobre la venida de Cristo, la histórica y la futura. A finales de noviembre, aproximadamente un mes antes de Navidad, se nos anuncia el tiempo de Adviento. El propio nombre nos indica de qué se trata, pues Adviento deriva del latín *adventus*, que significa “*venida-llegada*”. El Adviento es por tanto un tiempo de espera, pero esta espera no debe ser pasiva; igual que cuando se aguarda una visita, no se hace en el sofá, sino que es una espera activa, se adecuenta la casa y se procura una vestimenta apropiada para la ocasión; cuánto menos se debe preparar el recibimiento de Dios hecho hombre.

Este tiempo que precede a la Navidad, viene para preparar y adecuar el alma para que Jesús nazca en nosotros. Pero esta actitud de espera activa no se debe limitar al Adviento. Precisamente, este tiempo invita a no relajarse en la cotidianidad, a no olvidar que Jesucristo vuelve, y que como Él mismo nos dice, en la parábola de las vírgenes **«no sabéis el día ni la hora»** (Mt 25, 1-13), recordándonos la necesidad de estar en tensión y tener presente todos los días del año que Jesucristo va a volver.

Además, es el comienzo del año litúrgico. No es casualidad que el año litúrgico comience con este tiempo de conversión. Pues sin esta vuelta a Cristo, sin permitir que este niño nazca en nosotros, el resto del año carecería de sentido. Precisamente es el comienzo para tener presente esta segunda venida de Cristo, durante todo el año, para ser conscientes de que hay que estar preparados, no sólo en Adviento.

El Adviento es por tanto un tiempo que la Iglesia nos regala para recordar que la batalla es diaria hasta que Jesucristo vuelva; que, aunque el pecado trunque esta comunión en la gracia, Jesucristo, a través de la Iglesia, nos perdona cada día, todos los días, siempre. Por eso es que Cristo instauró el sacramento de la penitencia, pues conoce la debilidad de cada uno, la necesidad de conversión y de vivir un Adviento todos los días. La humildad de reconocerse pecador y aceptar el perdón y la misericordia de Dios es el primer paso en esta conversión que no termina hasta estar por fin en presencia de Jesucristo. La vida cotidiana en este mundo moderno, rápida y apenas sin pausa, hace, muchas veces, olvidar esta realidad, que Jesucristo vuelve; conviene parar y recordar este tiempo de conversión en el día a día, para no perecer en la cotidianidad que nos hace olvidar lo más importante.

En la liturgia del Adviento sobresalen las figuras del profeta Isaías, de Juan el Bautista, de María, madre de Jesús, y de José de Nazaret. Las lecturas bíblicas del tiempo de Adviento están tomadas sobre todo del Libro de Isaías, aunque también se recogen otros pasajes proféticos del Antiguo Testamento que señalan la llegada del Mesías (por ejemplo: Jeremías 33, 14-16). En las lecturas semanales, Isaías aparece 15 veces.

Juan el Bautista, presentado por los evangelios como el precursor que preparó los caminos para la llegada de Jesús de Nazaret, se incluye en el segundo y tercer domingo de Adviento de la liturgia. La predicación de Juan el Bautista, que se caracteriza por incorporar la frase del Libro de Isaías **«Una voz grita en el desierto: preparad los caminos del Señor, allanad sus senderos»** (Mateo 3,3), hace de él una de las personalidades propias de la liturgia de este tiempo de Adviento.

María de Nazaret se presenta en la liturgia de Adviento particularmente en los pasajes evangélicos correspondientes al cuarto domingo, sola o acompañada por Isabel. María también aparece acompañando a su esposo José de Nazaret en el evangelio del cuarto domingo de Adviento, en el ciclo A de la liturgia. Se trata en todos los casos de modelos de creyentes que la Iglesia ofrece a los fieles para preparar la celebración de la venida de Jesucristo.

El Adviento es un **tiempo de conversión**, de volver a Cristo. Es cierto que lo ideal es tener esta actitud a lo largo de toda nuestra vida, pero la Iglesia, y Dios mismo que nos ama, conoce la debilidad del hombre y nos regala este tiempo para que despertemos al amor de Cristo. Cuando se reflexiona sobre esta realidad, la segunda venida, que pondrá de manifiesto la realidad de cada uno, es fácil caer en la falsedad de que esta conversión, esta vuelta hacia Cristo, es algo que se hace con nuestras fuerzas, a través de los propios méritos.

Sin embargo, Cristo ya ha vencido a la muerte, ha vencido sobre el pecado que nos esclaviza y nos mata en vida. Entonces, esta conversión consiste en abrir el corazón al amor de Dios, en hacer su voluntad, que es el sumo bien. El Espíritu Santo que baja en Pentecostés, y que recibimos en el bautismo, es la vía para entrar en esta comunión con Dios y aceptar dócilmente su voluntad; que se traduce, a lo sumo, en la Caridad. Como anunció San Pablo, no importan los méritos, o el ser “bueno”, pues **«aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo para dejarme quemar, si no tengo caridad, de nada me aprovecharía»** (1Co 13, 3).

Con el Adviento, comenzamos este año, la celebración de los misterios de nuestra redención siguiendo el evangelio de Lucas (ciclo “C”). **¿De qué tiene necesidad de redimir -liberar- Dios al mundo? ¿Necesitan los hombres de hoy ser liberados de algo?** Lucas nos pide a los creyentes que levantemos la cabeza y salgamos al encuentro del Señor porque se acerca nuestra liberación.

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Jeremías 33, 14-16): *Cumpliré la promesa que hice.*

Salmo (24, 4-5a.8-10.14): *«A ti, Señor, levanto mi alma».*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 3, 12 – 4, 2): *El Señor os colme y os haga rebosar de amor.*

Evangelio (Lucas 21, 25-28.34-36): *Verán venir al Hijo del hombre con gran poder y gloria.*

Una lectura rápida del evangelio de hoy puede causarnos cierto estupor. ¿Pero el Adviento no era tiempo de esperanza? ¿Cómo aparecen estas imágenes tan terribles y estas palabras tan severas? De nuevo encontramos la respuesta a estas preguntas en el género literario con el que esta escena fue escrita por Lucas: el género apocalíptico. Este género es como un ropaje literario propio con sus propias reglas: busca con imágenes sorprendentes llamar la atención del lector o del oyente. Tenemos que acudir a la totalidad del mensaje de Jesús que nos dice que Dios siempre busca dar esperanza, nunca atemorizar.

Prestando atención al texto vemos que el final de los sucesos cósmicos no acaba con la destrucción total del mundo, sino con la llegada del Hijo del Hombre, es decir con la llegada de Jesucristo. Entonces, intuimos que estas imágenes quieren llamar nuestra atención: los signos en el sol y la luna, los oleajes, los astros que se tambalearán... son todas ellas imágenes poderosas para llamar la atención del hombre que vive la historia y su historia con atonía, aburrimiento y desesperanza. Para el cristiano, cada día, cada mes, cada año, está cargado de sentido, porque la historia de los hombres no se ha detenido. Está encaminada hacia su realización definitiva. Ese día no será el del caos, será el día de nuestra liberación.

Por eso, la segunda parte de este evangelio es ya una llamada de atención directa de Jesús a todos nosotros: **«tened cuidado»**. No podemos seguir viviendo como si todo diera igual. No es lo mismo vivir con esperanza que vivir esclavo de los *“agobios de la vida”*. Por otra parte, la espera y la esperanza en ese final definitivo de la Historia no debe despistarnos, no nos debe hacer olvidar que vivimos en el presente. Que nuestra responsabilidad es estar despiertos hoy, para obrar el bien y rechazar (escapar) todo lo que nos aleje de Jesús. La expresión final de este evangelio es bien bonita y nos habla de esperanza: pedid la fuerza para poder **«... manteneros en pie ante el Hijo del Hombre»**. ¿Quién puede permanecer erguido, en pie delante del mismo Dios? Un día, podremos mirar a los ojos a nuestro Dios. Sabemos que solo Dios puede concedernos esta gracia, mientras tanto, en este Adviento, en este tiempo nuevo debemos trabajar para poder ser considerados un día, dignos de tal regalo. Por eso, también este Adviento es otra oportunidad nueva que Dios nos concede.

La llegada del reino de Dios nos la presenta como una realidad inminente, pero que no puede quedar definida por una fecha. Está ahí, cerca, ya está llegando, pero todavía no tengo la seguridad de estar instalado en él. Los técnicos lo definirían como una realidad *in fieri* (por hacerse), algo que se va realizando y cuyo cumplimiento depende de la constante colaboración de quien desea formar parte de ese reino. Y sin embargo la adversidad del evangelio sobre esta colaboración es clara; es fundamental una actitud de espera y vigilancia, de atención a la llegada inminente y repentina, pero sin perder el equilibrio, ni rendirse ante el cansancio.

Difícilmente entenderemos este mensaje si no observamos con atención el verdadero drama de la existencia cristiana en un mundo cuya jerarquía de valores no coincide con los que proclaman las bienaventuranzas. Ese es el gran reto del cristiano en medio de un mundo al que Jesús vino a salvar. No podemos eliminar este programa de salvación universal que Cristo puso en marcha con su encarnación al abrir un nuevo horizonte para la humanidad.

La vigilancia que el evangelio propone es aquella que facilita escapar a la vez que permanecer firmes; sí, escapar del agobio y embotamiento del corazón, del egoísmo y mezquindad que no permite percibir la llegada de la salvación en el sufrimiento y el dolor, en la incompreensión y desmoronamiento de fundadas ilusiones. La vigilancia es la mirada atenta al designio salvífico de Dios, que continúa gratificando al hombre con su sorprendente eficacia. La seguridad de que este designio es inquebrantable y de que Dios está ahí, cerca, concede al hombre el equilibrio necesario para continuar alerta sin bajar la guardia.

Fortalecidos con la esperanza de que Dios no falla en su cita con el hombre, seguimos un proceso de acercamiento adentrándonos en la experiencia de un Dios vivo y personal que cada vez sentimos más cerca de nosotros. No falta el temor de ser sorprendidos en falso, de oír voces que anuncian la llegada del reino, sin que éste sea de verdad el reino de Dios; de ahí la necesidad de estar atentos y de vigilar orando para no caer en tentación, para que no se embote nuestro corazón con los agobios de la vida que suelen urgir y desequilibrar la firmeza de nuestra esperanza.

El primer domingo de Adviento nos introduce en el camino que nos lleva al Dios que se acerca al hombre; al Dios que asume la naturaleza humana como acto sublime de condescendencia divina al compartir la condición humana. Ese es el anuncio que produce esperanza y confianza, vigilancia y calma el corazón del hombre; es el anuncio de que la salvación está ya más cerca del hombre.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

1ª lectura (Génesis 3, 9-15.20): *Adán llamó a su mujer Eva.*

Salmo (97, 1.2-3ab.3c-4): *«Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas».*

2ª lectura (Efesios 1, 3-6.11-12): *Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo.*

Evangelio (Lucas 1, 26-38): *Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.*

La fe es una relación única y personal entre el creyente y Dios. Se trata de una experiencia de encuentro transformador en la que descubrimos la presencia de alguien que nos habita y da un sentido nuevo a la vida. Así lo vivió María, una joven **«llena de gracia»** desde su concepción que fue capaz de reconocer la presencia de Dios a lo largo de su vida. Una y otra vez responderá afirmativamente a la llamada del Señor. Ella se fía de forma radical y absoluta, alegre y confiada... ¡No hay nada mejor que decir sí a Dios! Pero también es la primera que, apoyada en la fe, sentirá la amargura y el sufrimiento en muchos momentos de su vida. La relación con el Señor no evita las dificultades, pero nos ayuda a afrontarlas de manera distinta: siempre de la mano de Dios.

Nuestra vida, como la de María, está marcada por la vocación: ¿A qué estoy llamado? ¿Cuál es mi papel en la vida? ¿Qué puedo hacer para dejar un mundo mejor? Son preguntas que nos pueden acompañar en distintos momentos y que, la Virgen Madre de Dios, nos ayuda a contestar. Ella se dejó cautivar por Dios, se fío de Él y acogió su voluntad. De este modo, Jesucristo vino al mundo. A María, Dios le cambió la vida, y gracias a ella, a nosotros también. Los planes de Dios nos sorprenden..., aunque no siempre nos resultan evidentes, pero son los mejores para nosotros y para los demás. Decir sí a Dios, acoger su voluntad, vivir en comunión con Él es, como María, hacer posible una historia de amor donde todos salimos ganando.

Todos, en más de una ocasión, tenemos la tentación de hacer oídos sordos a Dios. ¡Qué claro lo vemos en el relato de la expulsión del Paraíso! Es una bonita metáfora para descubrir las consecuencias de acoger la voluntad de Dios y pensar en los otros (María) o bien buscar mis intereses particulares y satisfacer mi curiosidad (Adán y Eva). Buena parte de nuestros sufrimientos y dificultades vienen por pensar solo en nosotros mismos y cerrar nuestro corazón a Dios. Evidentemente, acoger la voluntad de Dios es más que dejar de comer una determinada fruta. Es vivir la vida como respuesta a Dios y en amor y servicio a los demás y no medir ni los esfuerzos ni las consecuencias. El Señor nos llama, como lo hizo con María. Nuestra mejor respuesta será decirle: ¡cuenta conmigo, Señor!

El misterio de la **Inmaculada Concepción de María** es la expresión histórica más relevante del deseo original de Dios sobre la naturaleza y de su respuesta al designio divino. La Revelación, plasmada en todos los textos bíblicos que hablan del pecado original, ha puesto de manifiesto que fue el mismo origen de la humanidad, creada libremente por Dios a su imagen y semejanza, la que no consiguió responder obedeciendo a Dios, sino que prefirió la oferta seductora del enemigo, envidioso de la suerte que el Creador había regalado a la criatura humana.

No podemos dudar de la libertad con que Dios regaló al ser humano, ni tampoco de la debilidad que le hizo inclinarse por un bien aparentemente más atractivo que el que Dios le había reservado, la vida eterna. Esa debilidad, consecuencia de la condición libre, no forzada pero sí arriesgada en el momento de elegir, había recibido una voluntad responsable que en su respuesta equivocada no respondió al deseo del Creador. Respetando cualquier formulación o explicación que se dé al misterio del mal en la historia de la humanidad, siempre queda en pie la experiencia de ese riesgo permanente de no responder debidamente al único proyecto que nos garantiza la vida eterna.

Esa es la voluntad, el querer de Dios, que de ninguna manera nos obliga a quererle, ya que prefiere que lo hagamos libremente, sin que esto signifique que Él quiere someternos a su voluntad; prefiere invitarnos y espera nuestra respuesta. De ahí la necesidad de escuchar su voz a pesar de otras voces contrarias que intentan desviar nuestra atención y tratan de someternos a su voluntad. Sí, el adversario (Satanás) trata de confundirnos y nos deslumbra con el poder falaz de las tinieblas; nuestra suerte, el destino para el que Dios nos creó, afectó de tal modo nuestra voluntad que perdió su verdadera libertad al quedar sometida e inclinada al mal. Esa mancha que heredamos por naturaleza de nuestros congéneres originales suponía una pérdida notable del destino glorioso para el cual fuimos creados.

Frente a la mentira y el engaño, seducción y falacia del príncipe de la mentira, la verdad nos devuelve la libertad. María restablece por elección divina la verdadera respuesta a Dios, obediente sin reservas al deseo divino. Ningún obstáculo confundió a María a la hora de dar su respuesta a Dios. Es evidente que fue la gracia y el favor divino quien la libró de esa inclinación maligna adornándola con toda la dignidad que el Creador había deseado para el ser humano; pero fue Ella, de naturaleza humana, hija de Adán, la única criatura que, por favor especial del Todopoderoso, nunca estuvo sometida al poder del maligno.

María, la favorita de Dios, nos ha sido regalada por la gracia del Altísimo para enseñarnos la respuesta que Dios deseó de la humanidad creada: **«Hágase en mí, según tu palabra»** y la Palabra se hizo realidad humana y viva en la historia. Bendita sea la Inmaculada, la que no puso nunca obstáculo para realizar el Amor de Dios.

DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO

1ª lectura (Baruc 5, 1-9): *Vístete las galas perpetuas.*

Salmo (125, 1b-6): *«El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres».*

2ª lectura (Filipenses 1, 4-6.8-11): *Que vuestro amor siga creciendo más y más.*

Evangelio (Lucas 3, 1-6): *Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos.*

Los seres humanos solemos andar un poco, o mucho, descolocados sobre las cosas que nos ocurren, por eso necesitamos situarlas, al menos, en algún contexto: histórico, cultural, político, religioso. El contexto nos permite tener una primera referencia del lugar, el tiempo, la cultura, la religiosidad, etc., de las personas o de las cosas a las que estamos aludiendo. Después, conectamos ese contexto con otros y así vamos estableciendo una relación y un hilo de continuidad o cambio de unas etapas y otras. Hemos descubierto la Historia: una mirada a las cosas que ocurren poniéndolas en relación y tratando de verlas como un proceso.

Pero además nos gustaría saber si ese proceso va hacia algún horizonte, si ocurre por azar, por fatalidad o por decisiones humanas. Si es cuestión de suerte, de necesidad o de libertad. O sea, si la Historia la hacemos o nos hace, si conduce hacia algo o si deambula sin rumbo. Si podemos esperar algo o la sala de espera no tiene otra salida que el cementerio. En definitiva, si tiene sentido. Los antiguos judíos reflexionaron mucho sobre esta cuestión tan vital, tuvieron su propia visión y contaban con la acción humana, pero también con la acción de Dios cuya grandeza dejaba en ridículo la nuestra, pero con la que Dios contaba.

Porque contaba con la acción nuestra es por lo que Dios exigía responsabilidad. Hasta el punto que la Historia era, en parte, la respuesta que nosotros los humanos damos a las cuestiones prácticas que la vida nos presenta como provocaciones para que hagamos algo. Aunque, también, hay cosas que nos desbordan. Entre poder y no poder, la Historia va caminando y nos trae lo que hemos preparado o, a veces, nos sorprende con acontecimientos grandes y devastadores. Tiene una cierta lógica y una cierta dimensión de sorpresa.

Cuando esperamos a alguien y deseamos de veras su llegada facilitamos todas las cosas para que al venir hacia nosotros no encuentre el menor obstáculo y resulte fácil su acceso. Diríamos que anticipamos su llegada con la preparación de su acogida. Todo nos habla de la persona esperada y hasta tratamos de sintonizar con ella en la elección del mínimo detalle. No ocurre así si nos consideramos muy superiores a la persona esperada o si realmente ni siquiera nos interesa su visita.

En el caso del Adviento la espera es de Aquel que va a cambiar definitivamente nuestra existencia. En términos históricos se trata de un cambio de suerte, conversión radical, de un pueblo condenado a la cautividad que espera la llegada de una suerte mejor, el retorno en libertad a su propia tierra. Baruc nos lo dice bien claro en la primera lectura. Su pueblo se ha visto en la desgracia y no saben bien por qué. Él les habla de un futuro genial y lo atribuye a la acción de Dios que, movido por la compasión y el amor, los ayudará frente a los más fuertes y poderosos. Volver de Babilonia a Jerusalén no es una tarea fácil que pueda hacer el desterrado si antes no prepara el camino. Sabe el desterrado que es una distancia larga, un camino falto de recursos y abundantes dificultades, que habrá que ir superando, rellenando vacíos y desmontando cumbres que falsean el horizonte de un destino lejano pero cierto.

«Una voz en el desierto», una señal que se agradece cuando la carencia es prácticamente total, esa es la voz del precursor que anuncia la llegada de la salvación. Juan Bautista, más legalista, pide decisión y esfuerzo, hasta el punto inhumano de allanar montes, elevar valles, enderezar curvas y arreglar carreteras. Un esfuerzo insoportable. ¿Por qué en el desierto? Quizás en alusión a la etapa inicial recorrida a través del Sinaí, donde la voz de Dios, su Ley, se convierte en la orientación clara y segura que conduce al pueblo a la tierra prometida; quizás porque en el silencio del desierto resuena con mayor claridad la voz del misterio, la voz de la intimidad de Dios; quizás porque allí, en la carencia y en la soledad, crecen las ansias de vivir sin contaminación, sin deseos de otra cosa que vivir.

Jesús, en cambio, nos abre a la esperanza. Cambiad la imagen de Dios. No veáis en Él a un juez al estilo humano. Ved en Él a un Padre lleno de ternura y cercanía. Ese cambio cambiará nuestra suerte, ahí está nuestra salvación. Que Dios sea como Jesús nos dice, así tendremos a quien nos exige lo que podemos y nos da lo que no alcanzamos. Trabajad en cambiar vuestro sentido de Dios y cambiará vuestra historia como cambia la suerte de quien tiene padres respecto a quien no los tiene y se ve solo y en manos de explotadores o aprovechados. ¡Cambiad, pero hacia lo importante, a Dios!

El Apóstol Pablo escribía a sus amigos de Filipos recordándoles la necesidad de consolidar la comunidad de amor haciendo crecer más la sensibilidad y estima por los valores eternos. Sólo así se hace cada vez más próxima y cercana la llegada del reino de Dios, en el que el valor supremo es el Amor. Preparad, disponer nuestras vidas hacia ese bien es ir reduciendo obstáculos que confunden el amor con el egoísmo, con la ventaja, con la felicidad ausente de sufrimiento y dolor, etc. Preparad el camino del Señor es allanad sus senderos, es facilitar en nuestra vida el dominio de los criterios de Dios sobre los nuestros.

DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Sofonías 3, 14-18a): *Alégrate hija de Sion.*

Salmo (Is 12, 2-3.4b-6): *«Gritad jubilosos, porque es grande en medio de ti el Santo de Israel».*

2ª lectura (Filipenses 4, 4-7): *Alegraos siempre en el Señor.*

Evangelio (Lucas 3, 10-18): *Él os bautizará con Espíritu Santo.*

Los textos litúrgicos gozan de una ambivalencia ya que no puede leerse toda la Biblia en un solo domingo. Por ello, el texto de Sofonías gana si tenemos en cuenta los versículos precedentes. En ellos, Dios ha pronunciado su juicio con el fin de que el pueblo de Judá se convierta, regrese de nuevo a Yahvé.

Pero, como si de una terca misericordia se tratase, Dios anuncia una promesa mediante la cual llegará un día en que borraré toda conciencia de culpa en el corazón de su pueblo. Conseguirá **«un pueblo humilde, un resto de Israel que se acogerá al Señor»**. De esta forma la promesa se convierte en la alegría de Dios como bailando por su pueblo, renovado por el amor de Dios y lleno de júbilo por Judá. De esta forma, Dios protege a quienes, por fin, han aprendido a confiarle su destino.

De la misma forma que hay un matrimonio en el Señor ^(1 Cor 7,39) y otro por la Iglesia, hay también una alegría “*en el Señor*” y otras alegrías que brotan de gratificaciones de deseos, de expectativas cumplidas o de esperanzas realizadas. La alegría en el Señor es un don del Espíritu Santo y, puesto que el Espíritu Santo es el amor entre el Padre y el Hijo, todo lo que procede del Espíritu Santo es discreto, sin espectacularidades y permite mantener la paz de fondo frente a las adversidades que suelen herir primero a los niveles psicológicos del ser humano.

La alegría anunciada por Sofonías de parte de Yahvé, Dios y padre de Jesucristo, el Niño de Belén, se cumple precisamente en la encarnación de la Palabra de Dios, en Cristo Jesús. Lo cual nos fuerza a cambiar el “chip”. ¿Por qué nos alegra más el intercambio familiar de los días navideños y el intercambio de regalos que el amor encarnado del Hijo de Dios en la sencillez de un pueblo desconocido del imperio romano? Amor que no solo cumple las promesas del Antiguo Testamento, sino que nos desborda y, quizá por ello, no lo captamos.

Corremos el peligro de confundir la alegría de la Navidad con algunas victorias de nuestras causas (de mis ideas, de mi pueblo, de mi grupo, de la Iglesia...). La alegría y la paz de los días venideros apuntan a la llegada efectiva del señorío de Dios en la historia y en nuestras historias. Nos liberan de nuestros miedos a la muerte y a la realidad de que somos limitados, no dioses. Nos abren al amor desinteresado porque desinteresadamente somos amados por Dios en su Hijo, nos hacen libres por dentro y desde dentro, nos posibilitan la confianza incondicional en el Padre y la entrega gozosa a su voluntad.

Entre los frutos del Espíritu Santo se enumeran la alegría, y sin embargo no se considera ésta una de las características de nuestra existencia como creyentes. Parece ser que el dolor y el sufrimiento, y en el menos de los casos la resignación, marcan la existencia del cristiano que tiene por señal la cruz. Precisamente para sublimar esta cruz, característica ineludible de la vida cristiana, se ofrece la razón salvífica de la misma. Los sufrimientos, las incomprensiones y las tentaciones de tristeza y de amargura interior, cobran un nuevo sentido para aquel que mantiene viva su esperanza en una solución que viene de lo alto, del cielo. Para ello se requiere el reconocimiento, que procura la fe, de un Dios Salvador, que no abandona a ninguno de sus fieles.

Esta alegría interior, fruto del Espíritu, contrasta a menudo con la algazara y alborozo que apenas afloran por doquier sin dar verdaderos frutos de paz y bienestar duraderos. La búsqueda de la alegría y el empeño por conseguirla no logran contentar el corazón del hombre; sí lo hace la paz interior de quien siente seguridad y equilibrio en los difíciles trances de su vida. Y no hay nada que ofrezca mayor seguridad que la cercanía del bien deseado. Así lo experimentó en la historia el pueblo de Dios: llorando se alejaban de la casa de Yahvé; con cantos de júbilo y alegría vuelven a ella. Esta experiencia de anhelo y de esperanza por estar de nuevo cerca del Señor se hace viva en la Iglesia, nuevo pueblo de Dios, cada vez que celebra el Adviento, como tiempo de espera.

Esta celebración de los cristianos resuena de modo especial en un mundo en que las esperanzas se desvanecen con alarmante celeridad. La falta de una esperanza inquebrantable genera la huida de esa realidad dura y sacrificada, que es la vida de todo aquel que quiere ser respetuoso con su propia verdad. La esperanza cristiana no es una mera ilusión por un mundo mejor, que nunca llega a ser verdad; la esperanza es la afirmación que garantiza la verdad de ese mundo y se apoya en el conocimiento que nos da la fe de una realidad ya cumplida, de una salvación y bienestar ya introducidos en la historia en la persona de Jesús.

Vivir el Adviento es sentir la alegría de la cercanía de Dios; es vibrar con sentimientos de esperanza al conocer que ya viene, que apenas podemos bajar la guardia porque está ya por llegar. Ya nuestra tribulación no nos pesa pues sabemos que su venida es liberación de todos nuestros males; teniendo cerca a nuestro salvador se alejan nuestras preocupaciones. Él mismo las resuelve al convertirse en la primera preocupación de nuestro corazón. De una manera eficaz sentimos la alegría que nos procura la presencia de Dios en nuestras vidas. La invitación a la alegría es la última llamada antes de su llegada. **¡Estad alegres!... que el Señor está cerca.**

DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

1ª lectura (Miqueas 5, 1-4a): *Pastoreará con la fuerza del Señor.*

Salmo (79, 2ac.3b.15-16.18-19): «O, Dios, *restáuranos, que brille tu rostro y nos salve*».

2ª lectura (Hebreos 10, 5-10): *Para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad.*

Evangelio (Lucas 1, 39-45): *Bendita tú entre las mujeres.*

En la teología tradicional de la Iglesia (en su liturgia, en su predicación, en su pastoral) se suelen proponer tres figuras humanas en el Adviento. Primero, de forma colectiva, nos piden que nos detengamos en los profetas, los grandes portavoces de la conversión y la esperanza. En un segundo momento nos piden que centremos la atención en una figura mitad profética, mitad mesiánica; un hombre provocador, como Juan Bautista. La tercera figura no es una profetisa, tampoco exige la conversión; es una sencilla mujer judía, que vive en Galilea, tierra de gentiles. ¿Qué tienen en común los tres? Que apuntan hacia el futuro. Son personas que creen en un Dios que salva, y que por eso anuncian la esperanza.

La esperanza no es exclusiva del cristianismo. No olvidemos que los profetas pertenecen a la fe yahvista; Juan Bautista es un judío. Hay pensamientos filosóficos que no se dejan llevar por el cansancio de la vida o por el peso de la violencia y anuncian que la vida tiene sentido, que hay motivos para creer en un futuro mejor, a pesar de tanta sinrazón, de tanta guerra, de tanto odio. Los mensajes más positivos nos piden “*volver a levantarnos, volver a empezar, volver a soñar...*”. La diferencia cristiana está en los signos de Dios. Dios anuncia que hay futuro y que hay esperanza, y se sirve del anuncio de que va a nacer un niño (Isaías), de que las personas y las situaciones pueden ser distintas (Juan Bautista), de que una joven humilde y virgen lleva en su seno la vida plena de Dios (María).

La tradición cristiana siempre ha puesto a María en un lugar privilegiado, solo por debajo de Jesucristo, su Hijo e Hijo de Dios: una mujer modelo y actitud perfecta de escucha obediente a Dios. Sin embargo, en algunos ambientes actuales, teñidos de un feminismo hostil, la figura de María queda desdibujada cuando no despreciada. ¿Por qué? ¿Por ser dócil y dulce?; ¿por ser obediente y receptiva?; ¿por ponerse en actitud de acogida, de escucha radical? En el texto lucano María llega a decir «*aquí está la esclava del Señor*». Un lenguaje que hoy chirría en muchos oídos. La Iglesia, nosotros, seguimos, sin embargo, viendo en María la “*modelo de creyente*” que, desde su sencillez, desde su madurez de creyente, acepta que Dios lleve en ella, hasta sus últimas consecuencias, su plan de salvación. María no es un personaje secundario en la fe cristiana, sino “*modelo de espera y entrega a Dios*”.

La figura de María es imprescindible para comprender la Navidad en todo su alcance. Si es cierto que no puede faltar el Niño recién nacido no habrá nacimiento sin la madre que dé a luz. Esa es la profecía que leemos en Miqueas, quien nos instala en Belén de Efratá y anuncia la llegada del salvador del pueblo en el tiempo en que la madre da a luz. Es el primer apunte claro y explícito en el que confluyen los datos bíblicos que utilizan los evangelios para describir el nacimiento de Jesús.

También en la profecía de Isaías, pero esta vez como un signo profético de la irrupción del salvador en la historia del pueblo, se habla de la madre que dará a luz un hijo. Mateo narra el nacimiento del Mesías poniendo de relieve la figura de la madre y haciendo notar el cumplimiento de las profecías tanto de Isaías como de Miqueas. Marcos apunta una nueva dimensión de la maternidad de María, de la que Jesús elogia no tanto el hecho de dar a luz, sino de escuchar la palabra de Dios y cumplirla. Más tarde el apóstol Pablo hará referencia a Jesús, el Cristo, como nacido de mujer.

Lucas por su parte se recrea en la presentación de María madre y pone en boca de Isabel la expresión con que todavía honramos los cristianos: «*¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!*». Se trata de una bendición que va más allá de la que en otro tiempo alcanzaron por sus gestas otras mujeres bíblicas ilustres: Jael, Judit y Abigail. La bendición de María en Lucas nos hace recordar la bendición genesíaca de la fecundidad. María como nueva Eva, engendra y da a luz, es madre de la vida.

Pero hay un detalle que matiza toda esta celebración de la maternidad en las palabras de Isabel. Es cierto que la bienaventuranza que dirige a María es porque ella ha creído en las palabras del ángel, a pesar de su incapacidad como virgen para concebir y dar a luz. María cree y acepta la intervención de Dios para el que nada es imposible, se abre sin reservas al misterio y comparte así la intimidad de Dios colaborando en la ejecución del amor divino, y se ofrece para que Dios haga en ella su voluntad.

La fe de María y la acción del Espíritu Santo transforman su virginidad en maternidad. El Todopoderoso quiere una virginidad fecunda y no estéril; la objeción de María desaparece en el momento en que ella comprende que la razón de su virginidad, su entrega total y sin reserva a Dios, llega a su plenitud al conocer que la concepción será obra prodigiosa de Dios, realización plena de ella del amor de Dios. María penetra en la intimidad de Dios y comparte misteriosamente el destino histórico de su Hijo: «*Me has preparado un cuerpo... aquí estoy yo para hacer tu voluntad*» (Hebreos 10, 5...).

LA NATIVIDAD DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 52, 7-10): *El Señor ha consolado a su pueblo.*

Salmo (97, 1.2-3ab.3cd-4.5-6): *«Los confines de la tierra han contemplado la salvación de nuestro Dios».*

2ª lectura (Hebreos 1, 1-6): *Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy.*

Evangelio (Juan 1, 1-18): *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.*

Corremos el riesgo de olvidar el sentido de la Navidad al intentar celebrarla una vez más como si de algo ya pasado se tratara olvidando que la celebración cristiana de la Navidad es la confirmación solemne que cada año garantiza el nacimiento del Hijo de Dios entre los hombres. No es sólo un recuerdo nostálgico sino la renovación de nuestro corazón, que revive el acontecimiento mediante la celebración anual.

La significación del acontecimiento celebrado trasciende más allá del espacio y tiempo, pero no podemos prescindir de la dimensión histórica que encierra el hecho de la Encarnación del Hijo de Dios. Esa es la gran novedad que nosotros revivimos cuando recordamos el acontecimiento en un día señalado. Siempre será una buena noticia saber que es verdad que Dios ha nacido entre los hombres y no por mucho que se afirme dejará de ser algo nuevo lo que en esa afirmación se nos comunica. Son los detalles y las celebraciones externas las que pueden resultarnos ya tan familiares que acaben por ser una exigencia nostálgica y no una buena nueva que nos sorprende con su frescura y recién nacida vitalidad.

Como en toda celebración que consideramos importante para nosotros, preparamos con esmero los mínimos detalles y la fiesta resulta mejor si conseguimos identificarnos en el papel que nos corresponde. Esto se hace realidad mediante el reconocimiento y aceptación del hecho celebrado. En el caso de la Navidad la invitación nos llega en forma de palabra viva y atrayente, el Verbo divino se hace infante, balbuceante, como si la ternura de Dios quisiera enamorar nuestra voluntad superando los argumentos de su Omnipotencia divina. Es la benevolencia de Dios, su voluntad, su palabra, la que se hace carne tierna y entra así en la misma condición del ser humano.

El hecho de la Encarnación no puede entenderse simplemente como una identificación con el pequeño niño judío nacido de madre judía. Es evidente que se trata de la identificación del querer de Dios con el querer humano; es la misma palabra creadora rechazada por el viejo Adán, la que ahora se manifiesta en la carne del Niño recién nacido. «En el mundo estaba y el mundo fue hecho por Él, y el mundo no le conoció». Vino a los suyos, a la humanidad que Él había creado, y los suyos no le aceptaron, rechazaron su palabra, la vida que Él les ofrecía. Pero Él no desistió y decidió, quiso manifestar su palabra naciendo, aceptando la naturaleza humana, viviendo más cerca del hombre hasta plantar su tienda entre nosotros.

Y a todos aquellos que le aceptaron les dio la capacidad de ser hijos de Dios; la fe que Juan proclama no es una mera adhesión a Jesús con la inteligencia y la voluntad, sino llegar a vivir, participando de la plenitud de gracia, la vida de Dios en el hombre.

El niño que nació en Belén desea nacer hoy en nuestras vidas. Hagámosle sitio, arropémoslo con nuestra acogida, encendamos luces en el alma, cantemos villancicos, pues el hijo de Dios que nació en nuestra tierra desea seguir naciendo. No somos capaces de desear y esperar tanta gracia. No nos alcanza la inteligencia y la fe para comprender este misterio de amor.

Nuestro Padre Dios ha hablado y ha pronunciado la más grande y más hermosa de las palabras: Jesús. A partir de ahora ya no podremos decir que Dios no dice nada, que está mudo, que siempre está callado, pues en Él ha dicho su palabra. Una palabra en la que nos lo ha dicho todo. A partir de ahora, para escuchar a Dios tendremos que escuchar a Jesús. Tendremos que escuchar sus palabras y escuchar su vida, lo que dice y lo que hace. Y tendremos que guardarlo, como el mejor de los tesoros, en el corazón, como hacía María, su madre. Ojalá nos creamos esto: que Jesús es la Palabra de Dios, y ojalá acojamos su vida como lo mejor que podemos hacer y vivir. Si así lo hacemos, será una Navidad auténtica para cada uno de nosotros.

En Belén y en esta tierra nuestra la luz del sol se abre paso disipando la oscuridad de la noche. De las noches. Noches de ignorancias, de injusticias, de odios y guerras, de promesas incumplidas y de fracasos. Noches, también, de deseos y esperas. En Belén amaneció la luz que nos permite reconocer lo que somos: hijos y, por ello, hermanos. La luz de la Navidad, Jesús es la luz, nos abre los ojos para que acertemos a ver, en lo más íntimo de nuestro ser, que Dios es nuestro padre y que todo rostro humano es el de un hermano y el de una hermana. Ojalá tengamos la valentía y la humildad de abrir en nuestra vida una rendija a esta luz amanecida en Jesús. Si así lo hacemos, será una Navidad auténtica y feliz.

En Belén ha nacido un niño en el que podemos ver el rostro de la misericordia del Padre, el resplandor de su gloria. En nuestra tierra, naciendo como uno de tantos, creciendo como uno más del pueblo, haciéndose compañero de la gente sencilla, eligiendo ser amigo de pecadores y excluidos, se ha hecho carne la palabra del Padre. En medio de nuestras oscuridades ha aparecido la luz que ilumina y da sentido a la vida, que llena de esperanza el corazón de los pobres y que nos invita a todos a crear un futuro de paz y de justicia.

LA SAGRADA FAMILIA

1ª lectura (1º Samuel 1, 20-22.24-28): *El Señor me concedió cuanto le había pedido.*

Salmo (83, 2-3.5-6.9-10): *«¡Dichosos los que viven en tu casa, Señor!».*

2ª lectura (1ª Juan 3, 1-2.21-24): *Ahora somos hijos de Dios.*

Evangelio (Lucas 2, 41-52): *Su madre conservaba todo esto en su corazón.*

En el ciclo de la Navidad celebramos la fiesta de la Sagrada Familia, que forman Jesús, José y María. Son para nosotros modelo de la familia que estamos llamados a crear. Todos nacemos en el seno de una familia. Aunque en nuestra sociedad haya distintos tipos, y lo de la “*familia tradicional*” no es la única realidad, no es posible la vida si no la recibimos de otros, de unos padres. Una familia es un grupo de personas emparentadas entre sí, y/o que comparten alguna condición, opinión y tendencia. La Sagrada Familia es algo sagrado, digno de veneración y de respeto por su carácter divino, y, de la que queremos descubrir algunas notas importantes, porque seguro que nos ayudan para ir haciéndola nuestra, sin olvidar la familia humana más amplia de la que formamos parte.

Cuando hablarnos de la Sagrada Familia solemos pensar únicamente en el aspecto trascendente de esa relación familiar que no cuadra con el tipo de relación natural que existe en una familia humana. Un padre que cede sus derechos a los del Padre celestial, una madre que lo es sin perder su virginidad y un hijo que es Dios no nos facilitan la comprensión de un modelo familiar a seguir como ejemplo.

Conviene que leamos atentamente lo que los textos que la sabiduría oriental, junto con la reflexión teológica, nos dicen acerca del comportamiento de los miembros de una familia para poder así entender mejor el comportamiento de ese hijo Jesús, que el evangelio nos presenta tomando decisiones no del todo conformes a la voluntad tanto de José como de María. Nos sorprende el cruce de reproches que narra el relato evangélico: **«Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados»**. La respuesta de Jesús suena un poco altiva y tiene asimismo algo de reproche: **«¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?»**. Después de este cruce de reproches, José y María se quedaron sin comprender lo que les quería decir. Creemos que esa tensión entre la filiación divina de Jesús y su inserción en la familia humana de Nazaret nos ayuda a comprender mejor la realidad familiar como un núcleo de unión a pesar de las naturales divergencias.

Diríamos que en la familia de Nazaret sobresale la doble dimensión de trascendencia e inmanencia, que lleva consigo el misterio de la Encarnación. Jesús se hace hombre sin abdicar de su condición divina y asume con todas sus consecuencias la condición humana, que no siempre tiene fácil el responder adecuadamente a todos los requerimientos provenientes de Dios. El relato de Lucas nos enseña esa dificultad y la forma sublime de superarla con la actitud de un hijo que sigue conviviendo con sus padres respetando su autoridad. Pero también sobresale la actitud de la madre que, a pesar de no comprender, al igual que José, lo que su hijo les ha dicho, conserva todo en su corazón. El sufrimiento, simpatía total de los padres por su hijo, les fue madurando en el ejercicio de la autoridad tal y como Dios les había confiado. En este clima de fidelidad sin ñoñerías, Jesús crece en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.

La Sagrada Familia nos habla de apertura a la vida. Vida que se crea entre quienes están unidos, las personas en relación y apertura crecen; vida que se crea, se transmite y se cuida, los hijos; vida abierta a la sociedad, a la gran familia humana. Dice la Palabra de Dios: dio a luz un hijo, le puso un nombre, lo presentó en el Templo, lo dio al Señor. La Sagrada Familia nos habla de identidad. Una familia es una “*casa*”, una identidad, que nos da seguridad, sentido de pertenencia, bien, felicidad, calor y acogida. Decimos: “*soy de esta casa, he salido de aquí, vuelvo a mi casa*”. Bien lo dice el salmista: **«dichosos los que viven en la casa de Dios»**, alabándole siempre, encontrando en Él su fuerza y teniendo sus caminos en el corazón.

La Sagrada Familia nos habla de gratitud, de sentido de agradecimiento. En una familia todo se da, porque todo se recibe. De unos padres, y de Dios. Del amor entregado de unos y de Otro. No es lugar de acumular, destacar, hundir a los demás; es lugar de crecer, de saber que todo lo hemos recibido, de mirar más al otro que a uno mismo, de mirar todos en la misma dirección hacia la vida y hacia Dios en una relación de amor, de entrega y dependencia.

La Sagrada Familia nos habla de sentirnos hijos de Dios, de la familia de Dios. Dios nos ha hecho Sus hijos, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Estamos en proceso, siempre creciendo en relación a la entrega del Padre. Todos hijos, con plena confianza en Dios. Y con un mandato que recibimos: creer en Jesucristo y amarnos unos a otros para permanecer en el Amor. Tener experiencia de que Dios es nuestro Padre/Madre que siempre cuida de los suyos.

Así sí es posible entender que la Sagrada Familia pueda ser modelo de vida para las familias humanas que quieran salvaguardar todos aquellos elementos que la integran. No solo el desarrollo de una relación basada en las exigencias de la naturaleza, sino también una respuesta sabia y fiel a la condición sagrada de la familia: el amor mutuo de los padres que engendra y transmite vida al hijo. Miremos y actuemos en nuestra familia y en la familia humana.

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

1ª lectura (Números 6, 22-27): *El Señor te bendiga y te proteja.*

Salmo (66, 2-3.5.6 y 8): *«Que Dios tenga piedad y nos bendiga».*

2ª lectura (Gálatas 4, 4-7): *Ya no eres esclavo, sino hijo.*

Evangelio (Lucas 2, 16-21): *Le pusieron por nombre Jesús.*

El papa san Pablo VI, el uno de enero de 1968, instituía este día primero del año como la Jornada Mundial de la Paz, hoy continuando la iniciativa de san Pablo VI, celebramos en este primer día del año esta Jornada Mundial de la Paz y pedimos al Señor que reine la paz en el mundo, pero no una paz falsa que se fundamente en silenciar a los que quieren alzar su voz reclamando los derechos humanos más elementales, sino una paz basada en la sinceridad, la justicia, el amor y la libertad de los individuos y de los pueblos, en todas sus expresiones.

También, este nuevo año comienza con una bendición que nos transmite la primera lectura y esto significa que imploramos, un año más, la bendición de Dios para todos nosotros en este nuevo año que comienza. La bendición recordará siempre a su pueblo la benevolencia de Dios hacia él, y, para los creyentes, Cristo mismo es la bendición. Por tanto, los discípulos de Cristo, tenemos la tarea de llevar al mundo la seguridad del favor divino. Y, en consecuencia, orientar la vida positivamente, con entusiasmo y esperanza. Para esto imploramos la bendición de Dios en este año que comienza.

Pero la gran celebración de este primer día del año es la solemnidad de María, madre de Dios. Es la fiesta más importante de todo el año en honor de la Santísima Virgen María: *«su Maternidad divina»*. Así la proclamó el Concilio de Éfeso en el año 431. De este título de María derivan todos los demás títulos con que la Iglesia honra a la Virgen María; este es el fundamental. Pensemos en el privilegio de la *«Inmaculada Concepción»*, es decir, en el hecho de haber sido inmune del pecado desde su concepción.

María fue preservada de toda mancha de pecado, porque debía ser la Madre del Redentor. Lo mismo vale con respecto a la *«Asunción»*: no podía estar sujeta a la corrupción que deriva del pecado original la Mujer que había engendrado al Salvador. Y su parto virginal también se debe a que el engendrar al Hijo de Dios tuvo que ser una actuación directa de Dios. Esta solemnidad está muy adecuadamente introducida en el marco del Nacimiento de su Hijo, pues toda la vida de María está al servicio y orientada a Jesús y a su misión.

Y, al ser madre de Dios, María es también la Madre del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Así pues, justamente, durante el Concilio Vaticano II, el 21 de noviembre de 1964, san Pablo VI atribuyó solemnemente a María el título de *«Madre de la Iglesia»* y precisamente por ser Madre de la Iglesia, la Virgen es también Madre de cada uno de nosotros, que somos miembros del Cuerpo místico de Cristo y a ella le pedimos la intercesión para que el Señor nos envíe su bendición y nos conceda la paz.

La celebración del Año Nuevo es antigua en la tradición oriental y marca el final de un periodo para reanudar el proceso de crecimiento después de enterrar al viejo y caduco como germen de la esperada renovación. Esta visión del tiempo como un ciclo que se repite cada año fue corregida por la Revelación que introdujo un concepto lineal de la historia, entendiendo ésta como un proceso que avanza desde lo antiguo a lo nuevo. En los dos puntos extremos, inicial y final, no se habla del tiempo sino de la eternidad. Esta es la gran novedad, noticia insuperable que se hace historia en el tiempo bíblico: las cosas, todas, tienen su origen en la creación y alcanzarán su plenitud en la celebración gloriosa que canta el salmo 149: *«¡Aleluya! Cantad al Señor... ¡Alabad su nombre!»*. Todo el universo alaba el nombre del Señor en ese festín glorioso en el que se celebra la creación.

Instalados en el tiempo sentimos que nuestra vida se acaba cada vez que expira una unidad temporal de nuestra existencia. Sin embargo, pensamos menos en el final que en el comienzo del año y nos las prometemos felices para el próximo periodo anual, con el ánimo renovado y las promesas recién estrenadas. Todo parece que vuelve a nacer, es como si el pasado hubiera quedado atrás cerrado por una barrera de sonido; las campanadas de la Noche Vieja han dado paso al nuevo año.

En este ambiente de celebración por algo nuevo que comienza conviene recordar que hay algo también que acaba, nuestra vida se va reduciendo a la vez que crecemos en años y en experiencia; hasta llegamos a decir que tenemos una vida más llena, pero siempre con la sensación de que los años pasan y la vida se acerca a su final. Así es para todos aquellos que sólo cotizan el tiempo sin contemplar la nueva dimensión que ha dado el acontecimiento cuya octava celebramos hoy. El Nacimiento del Hijo de Dios ha dado un nuevo valor a la vida del hombre, la eternidad es su nueva medida; este es el gran regalo que Dios trae al hombre por Navidad.

El cristiano que vive estos días la celebración de la Navidad hace suyas las palabras de Juan: *«La Palabra de la vida, pues la Vida se hizo visible, nosotros la hemos visto, os damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba con el Padre y se nos manifestó»*. Las campanadas de fin de año son un buen momento para recordar que el hombre no pierde valor porque cumpla/pasen los años, sino que estos son una buena ocasión para vivir la vida en el más alto nivel que se nos ha sido concedido.

SEGUNDO DOMINGO DE NAVIDAD

1ª lectura (Eclesiástico 24, 1-2.8-12): *Antes de los siglos, me creó.*

Salmo (147, 1-15.19-20): *«El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros».*

2ª lectura (Efesios 1, 3-6.15-18): *Nos ha destinado a ser sus hijos.*

Evangelio (Juan 1, 1-18): *Vino a su casa, y los suyos no le recibieron.*

Nunca la mente humana con la sola luz de la razón hubiera llegado a conocer la intimidad de Dios. Y es precisamente desde esa profundidad de su ser, desde lo que sus entrañas sienten, de donde brota ese amor entrañable que le lleva a dar a conocer al ser humano el deseo divino de eliminar la distancia que la rebeldía de Adán había hecho infranqueable entre la criatura y su Creador. Su Amor entrañable no quiso condenar al hombre por haber desobedecido a su Señor, sino facilitarle el retorno a la vida en ese diálogo amoroso que supuso la Encarnación del Hijo de Dios.

Sin entrar ahora en discusiones de escuelas teológicas nos atrevemos a afirmar que el designio del Creador nunca fue eliminado de la mente divina y la aparente victoria de su enemigo (Satanás) no podía más que el Creador y por tanto no era suficiente para arrebatarle definitivamente sus criaturas. El poder del mal sólo tiene eficacia cuando se aleja definitivamente de Dios, cuando no acepta su soberanía y cree que es alternativa al proyecto de vida que Dios diseñó para el hombre. En ese antagonismo que enfrenta el bien y el mal no hay más que un vencedor y un derrotado tal cual nos revela el libro del Apocalipsis. Mientras el pueblo caminaba en la oscuridad no vio la luz de la victoria y venía sucumbiendo sin más defensa ante quien se empeñaba en imponer su soberanía como rival de Dios.

El nacimiento del Hijo de Dios es la luz que ilumina dando la vida de Dios a una humanidad que estaba dominada por el príncipe de las tinieblas. Y eso ocurre precisamente en el área en que el amor es fecundo, en las entrañas que se dejan invadir de la fuerza del autor de la vida. Ahí en ese recinto íntimo del ser humano es donde la intimidad de Dios, con ese poder y vigor que no esclaviza, sino que da vida, se revela de una forma visible contrarrestando la falsa apariencia de quien cautiva con engaños, ofreciéndoles vida sin librarles de la muerte. Y es que sólo el Autor de la Vida es Señor de ella, y así puede garantizarla incluso venciendo a la Muerte, es decir arrebatándole a ella su dominio sobre la vida.

Esa es la luz que brilló el día de Navidad, la que las tinieblas no pudieron impedir; ella traía vida, la propia vida de Dios que se instalaba en la vida humana, ofreciendo de esa forma a la condición frágil y mortal del ser humano la capacidad de revestirse de esa nueva humanidad que se hacía viva en el Nacimiento de Jesús, el Hijo de Dios e Hijo de María. Una acción portentosa sin engaño ni coacción alguna, sino simple y sublime invitación de Dios para que el hombre participe de su Vida.

Siempre hemos oído que el evangelio de Juan es un relato muy teológico. Hoy escuchamos el prólogo de su evangelio y nos puede quedar esa impresión. Sin embargo, no nos podemos privar de la riqueza inmensa de estas primeras letras de su evangelio. Por eso, para comprender mejor y rezar con este texto basta que donde dice *«el Verbo»* tengamos claro que está haciendo referencia a Jesucristo.

Y haciendo esto, ya en la primera línea escuchamos una verdad que rezamos en el Credo pero que aquí está contenida en toda su rotundidad: Cristo es Dios. Que existe desde siempre junto a Dios Padre y que a través de él se ha hecho todo. No hace Juan una detallada descripción de en qué consiste ese *«por medio de él se hizo todo»*, a través del *«Verbo»* (Cristo). ¿Tendría que haber repetido Juan la detallada descripción del relato de la creación del mundo y del hombre que hace el Génesis? No, en el lenguaje teológico de Juan no era necesario. Basta una sola palabra: *«en él estaba la vida»*. La vida, ¿puede haber realidad más hermosa para cualquier hombre? Todos amamos la vida.

Juan utiliza ahora el famoso binomio luz-tinieblas conocido en la literatura de su tiempo y que forma parte también de nuestra propia existencia. Días de luz, días de tinieblas. En la vida que Cristo nos ha venido a traer la luz, su Luz, siempre vence a las tinieblas, por muy densas que estas sean. A veces los cristianos nos preguntamos: ¿dónde estás Señor? Y lo hacemos con actitud sincera porque lo queremos. Pero él siempre está brillando, es la luz. Sucede que a lo mejor no estamos mirando a Dios sino a nuestros propios problemas y sin mirar la luz es difícil verla. Este texto de Juan también nos transmite la misma idea, revestida con una imagen preciosa: *«y habitó entre nosotros»*. No sobre nosotros, por encima ni por debajo. Contigo y conmigo, con nosotros. Sí, Dios está a tu lado, contigo y dentro de ti.

A pesar de ser tan buena noticia muchos, nos dice Juan, no la quisieron recibir. Hoy sucede lo mismo. Es una muestra más de la contradicción humana. El hombre quiere ser feliz, pero rechaza a quien le puede hacer feliz, Dios encarnado. Pero también Juan nos relata que hubo otros que sí acogieron a Cristo. Para estos, para nosotros, este evangelio nos invita a no desanimarnos. Nunca. No nos cansemos, seamos como Juan, infatigables al desaliento, proclamemos hasta nuestro último día en esta tierra, que nadie podrá llenar nuestra vida de tanta luz, de tanta verdad y de tanta gracia.

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 60, 1-6): *La gloria del Señor amanece sobre ti.*

Salmo (71, 2.7-8.10-11.12-13): *«Se postrarán ante ti, Señor, todos los pueblos de la tierra».*

2ª lectura (Efesios 3, 2-3a.5-6): *También los gentiles son coherederos.*

Evangelio (Mateo 2, 1-12): *Y cayendo de rodillas lo adoraron.*

Dos pensamientos importantes tenemos hoy para subrayar: la importancia de una Luz que nos aclare el panorama de la vida y la sencillez de Dios al acercarse a nosotros para ofrecernos su apoyo y esperanza. Si dirigimos nuestra mirada al mundo, distinguimos en él a muchas personas que se sienten atrapadas en una situación de desorientación y entre sus opciones importantes está la posibilidad de ir de vacaciones a algún lugar predilecto en el que dejarse arrastrar al estado de indiferencia y lejanía respecto a las cosas que ocurren en un mundo, también desorientado e indiferente.

Otros muchos, también, saben bien lo que quieren. Están lejos de ese mundo que denominamos occidente y que ofrece una imagen deslumbrante de progreso, bienestar, abundancia de bienes materiales y consumo desmedido. Estos tienen muy claro su proyecto y la gran meta de su vida: llegar al occidente del consumo y poder vivir en él, símbolo de la felicidad. Es bueno entender lo que la humanidad busca, casi siempre sin saberlo claramente. Tras las búsquedas de cada día y, sobre todo, tras las grandes búsquedas de masas, muchas veces hay otra búsqueda de trascendencia que nos lleve más allá de nuestra inmediatez, de nuestro presente tan frustrante.

Hemos aprendido y continuamos afirmando que la Sagrada Escritura es el lugar propio donde habla Dios y la Palabra de Dios queda circunscrita en los Libros Sagrados. Siendo esta afirmación cierta no podemos excluir lo que claramente leemos en la Biblia. Algunos Santos Padres hacían esta comparación a propósito del conocimiento de Dios: los hebreos fueron conducidos a Jesús por los profetas, por la Escritura; los paganos por la estrella. El relato de los "*científicos*" que llegan de Oriente para adorar al Mesías abre nuevos horizontes para no rechazar con tanta facilidad los descubrimientos que los científicos consiguen estudiando la naturaleza.

Es cierto que el problema de la relación entre las ciencias humanas y la fe no ha sido nunca fácil, pero intuimos que deben estar estrechamente unidas. No vale decir que la ciencia humana sea la única que puede alcanzar la verdad, pues bien sabe el verdadero científico que ninguna tesis tiene el monopolio de la verdad última. Pero conviene recordar que tampoco el teólogo puede leer definitivamente la Revelación que de por sí trasciende todo conocimiento humano.

La Revelación y en su caso la Biblia es un libro abierto que sólo seremos capaces de entender definitivamente cuando permanezcamos atentos a lo que el Espíritu nos va revelando a través de sus dones de sabiduría e inteligencia. En este sentido creemos que mientras haya una búsqueda sincera de la Verdad no están tan distantes los científicos de los teólogos, ni éstos de aquellos. La diferencia quizás radica en que mientras el teólogo admite como medio de investigación la luz de la fe, por la cual se fía del dato revelado; el científico se apoya sólo en la luz de la razón, prescindiendo del dato revelado por no considerarlo suficientemente probado.

Quizás se ha abusado de la expresión de que la ciencia está al servicio de la fe y así la ciencia se ha sentido sólo tolerada, permaneciendo extraña; eso, ha provocado en la ciencia el deseo de hacerse independiente, de secularizarse, de convertirse en una cultura atea. Pero entendemos que la ciencia si de veras es búsqueda de la verdad es también expresión del Espíritu divino que se manifiesta en la historia. No neguemos a la ciencia su condición noble de cultura del Espíritu, Creador de la naturaleza.

Necesitamos luces que marquen el camino, guías que dirijan y orienten nuestros pasos titubeantes, voces que desvelen el sentido velado de nuestras conversaciones y nos traduzcan el sentido profundo de nuestras propias palabras. Como los judíos con Jerusalén, a quienes se les llenaba la boca con su nombre, tenemos que ver más allá de esa ciudad símbolo que nunca fue lo que su nombre indica. Siendo una ciudad como cualquier otra, humana y mundana como las demás, se puede ver en ella la presencia o la huella de un Dios que desde nuestra propia realidad histórica nos invita a buscar más allá de la historia, demasiado humana, de nuestra existencia.

La fiesta de hoy es una llamada dramática a "*ver*" a Dios en lo más normal, sencillo y necesitado del mundo. Así es el descubrimiento de unos buscadores inquietos y profundos. Todos los anhelos de su inquietud por una humanidad distinta y grande los encuentran expresados en la imagen de un niño, pequeño y pobre, necesitado y dependiente de la ayuda de otros.

La grandeza, la abundancia, la profundidad de nuestro pensamiento y la trascendencia de nuestra inquietud está presente en el Niño de Belén. Él es la Palabra más sencilla y clara, la más expresiva y profunda de nuestra propia realidad de buscadores inquietos. Él es, también, la expresión más humana y comprensiva de lo que buscamos: Dios. Al fondo de nuestra profundidad inquieta e inquietante está Dios. Al fondo del horizonte hacia el que necesitamos caminar está, también, Dios. Él es nuestro futuro y nuestro mejor regalo en el presente.

EL BAUTISMO DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 40, 1-5.9-11): *Mirad, el Señor llega con poder.*

Salmo (103, 1b-4.24-25.27-30): *«Bendice, alma mía, al Señor: ¡Dios mío, qué grande eres!».*

2ª lectura (Tito 2, 11-14; 3, 4-7): *La gracia de Dios, trae la salvación para todos los hombres.*

Evangelio (Lucas 3, 15-16.21-22): *No merezco desatarle la correa de sus sandalias.*

En el bautismo de Jesús en el Jordán el Padre Eterno quiso revelar solemnemente que Él era su Hijo, y esto lo hizo enviando sobre Él al Espíritu Santo. Ningún poder humano, ni cancillería imperial, tenía poder suficiente para proclamar que el hijo de María, el llamado Nazareno, era verdaderamente el Hijo del Altísimo. Esa manifestación desde lo alto del cielo está avalada como teofanía ratificada por el testimonio de quien venía anunciando su proximidad. Juan el Bautista, el último de los profetas que hablan en nombre de Dios, reconoce en Jesús que Él es la realización y cumplimiento de lo que él venía anunciando.

La fórmula de las credenciales es bien clara: *«Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto»*. Cuando la Iglesia, heredera de la tarea salvífica del Hijo de Dios Encarnado, administra y realiza, con la asistencia del Espíritu Santo, las riquezas insondables que el Padre puso en las manos de Jesús, comienza ofreciendo a quienes lo desean el primer paso que nos introduce en esa dinámica divina que es regalarnos una participación de la propia vida de Dios a través de la gracia bautismal.

Lo que todo el mundo que acudía al bautismo de Juan veía y deseaba era sólo una preparación, inspirada por la acción profética del Bautista que operaba sólo con elementos naturales que él convertía en señal visible de la esperanza de que se cumpliera la promesa: la llegada de un Salvador, del Mesías, el Señor. La presencia de Jesús como el Mesías Esperado, como el que realiza y lleva a feliz término el anuncio del profeta es indicada por el propio Juan, pero el aval y garante de ese cumplimiento es la voz de lo alto cuando asegura que esa naturaleza humana que ante Juan se presenta es el propio Hijo de Dios, que quiere transformar y convertir de verdad una naturaleza humana sometida al pecado en portadora de la gracia divina que nos hace partícipes de la naturaleza de Dios.

Cuando la Iglesia, los Apóstoles, los discípulos de Jesús, fueron constituidos en testigos de esa presencia del Espíritu, solemnemente celebrada el día de Pentecostés, recibieron el encargo de ir por todo el mundo anunciando el evangelio y bautizando en el nombre de las Tres Divinas Personas. Así se dispuso la administración de este primer paso de admisión como discípulo de Jesús, como su seguidor, y por eso en el bautismo cristiano el bautizado queda conformado, configurado con Cristo, para vivir la vida de Dios en su propia condición humana. Hablamos de primer paso porque luego la misma Iglesia dispondrá de otros pasos, con carácter sacramental, que el cristiano deberá dar para llevar a feliz cumplimiento el significado de vivir nuestro bautismo.

La fraternidad es un compromiso del seguidor de Jesús. No se trata de un imperativo ético o una norma fría, sino que es consecuencia del amor que Dios nos tiene. En la Escritura (y en nuestra vida) vemos y experimentamos cómo Dios cuida de nosotros y, al mismo tiempo, nos invita a establecer nuevas relaciones entre todas las personas, más allá de su sexo, raza o religión. Hoy, como ayer, hay mucho “*desconsuelo*” en el sufrimiento que padecen las personas y las familias. Ya sea por motivos económicos, sociales, afectivos, de salud..., el dolor de las personas es escuchado por Dios que nos envía a ser bálsamo y curación para ellos.

El consuelo que viene de Dios es mucho más que unas palabras tranquilizadoras. Se trata de procurar el bien de mi prójimo y alcanzar la justicia en las sociedades. La proximidad con quien sufre y lo pasa mal es el punto de arranque para una vida que se compromete con las causas justas a favor de todos. Las personas no podemos permanecer indiferentes ante nuestros hermanos. Como ciudadanos y cristianos estamos llamados a promover iniciativas que, desde la cercanía con el prójimo, ayuden a salir del sufrimiento. La caridad es la compasión ante el prójimo y el compromiso con la justicia social que se consigue desde un cambio de mirada y con acciones concretas y visibles.

La vida no es igual para todos. Hay personas que sobreviven o, simplemente, malviven. Al mismo tiempo hay quienes gastan la vida de forma superficial o buscando, simplemente, una satisfacción inmediata a sus necesidades. Sin embargo, la propuesta para el creyente es llevar una vida “*sobria, justa y piadosa*”. Tres actitudes que nos ayudan en el camino de la felicidad y del compromiso con el hermano. Se trata de una buena definición de lo que sería una “*vida plena*” apoyada en Dios y su proyecto de amor sobre todas las personas y sobre el mundo; una vida que, disponiendo de lo necesario para vivir, no piense en almacenar y derrochar como estilo de vida; una vida justa que promueva el encuentro de todos y la equidad en las sociedades.

«Tú eres mi Hijo, el amado; en ti me complazco». Así se dirige el Padre Dios a Jesús y así se dirige a nosotros. El bautismo es la puerta de entrada a la vida “*sobria, justa y piadosa*” y la incorporación al proyecto de Dios con la humanidad. Es la vida plena de los creyentes a la que estamos convocados. Vivir el bautismo es recorrer el camino de la vida desde la respuesta generosa a la llamada de Dios.

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 62, 1-5): *Los pueblos verán tu justicia.*

Salmo (95, 1-3.7-8a.9-10): *«Contad las maravillas del Señor a todas las naciones».*

2ª lectura (1ª Corintios 12, 5-11): *Hay diversidad de carismas, pero un mismo Espíritu.*

Evangelio (Juan 5, 1-11): *Haced lo que él os diga.*

Jesús, María y los discípulos están invitados a una boda. Con frecuencia nos fijamos más en la imagen que ofrecen los novios (el traje que han elegido, el número de invitados, que el restaurante esté a la altura...) que en el significado de fondo de una relación de amor que quiere ser compartida con aquellas personas que significan algo importante para los novios. El evangelista Juan se fija en unos invitados determinados: María ya estaba allí y Jesús y los discípulos llegan después.

Lo que le importa a María es que se han quedado sin el elemento “vino”, símbolo de la fiesta del amor de unos novios que se comparte. Ante este percance, María informa a Jesús: **«no tienen vino»**. La respuesta de Jesús desconcierta por ser una respuesta a su madre: **«Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo? Todavía no ha llegado mi hora»**. Pero el evangelista pone de relieve la fe de María, diciéndoles a los sirvientes: **«Haced lo que él os diga»**. ¿Qué es primero, la fe o el amor? Nos resulta difícil creer en el amor de Dios porque se manifiesta en la realidad ordinaria y solo la fe lo percibe. María confía, cree en su Hijo, y Jesús obedece a su Madre de quien aprendió el amor humano. Por ello, en este signo, lo humano y lo divino van de la mano.

La Eucaristía celebra y actualiza las bodas eternas anunciadas en el Apocalipsis. Sin embargo, la Eucaristía dominical se ha convertido en algo tan social y rutinario que da la impresión de no celebrar ni actualizar nada, excepto la tranquilidad de conciencia. ¿Es Jesús el esposo esperado y el vino deseado? Para que la Eucaristía pueda ser realmente celebrada como amor gratuito, es necesario que nuestro amor se manifieste en toda nuestra vida, especialmente en aquellas realidades que nos obligan a salir de nosotros mismos: amistad, amor de pareja donde experimentamos la incondicionalidad y la fidelidad, por ejemplo.

Para el evangelista Juan los milagros son los signos que revelan el poder de Dios y lo hacen manifestando algo más de lo que por sí significarían los hechos narrados. El relato de las bodas de Caná significa el comienzo de la actividad pública de Jesús; hasta entonces Jesús no se había dado a conocer en su dimensión de Hijo de Dios de una manera patente que sus contemporáneos pudieran reconocer por medio de una acción que trascendía las posibilidades humanas y por tanto señalaban el poder trascendente de un Dios visible entre los hombres.

Esta sería la razón por la que la liturgia de la Iglesia presenta este evangelio como el último panel del tríptico de la Epifanía del Señor, junto con la Adoración de los Magos y el Bautismo del Jordán. El valor simbólico del relato es, sin duda alguna, una intencionalidad clara del evangelista Juan, a quien podemos considerar como el maestro en la exposición simbólica de todos los acontecimientos de la vida de Jesús.

La boda de Caná sustenta y unifica los símbolos entorno al amor de Dios, centro y fundamento de toda teofanía. El matrimonio ya había sido utilizado en el Antiguo Testamento como símbolo del amor de Yahvé por la comunidad, personificada unas veces como la capital (Jerusalén) y otras veces como la esposa infiel, a quien Dios no repudia, sino que la convierte hablándole al corazón y haciéndole sentir de nuevo su amor. En el Nuevo Testamento la relación sponsal es símbolo de la unión del Mesías con la Iglesia tal como expresará de una forma contundente Pablo en sus cartas a los efesios y a los corintios. También el Apocalipsis hará alusión explícita al tema de la boda del Cordero en un contexto de victoria, al recordar la boda cantada por Is 62,1-9 y el Sal 45 en el que celebra el amor del rey que entra victorioso en la ciudad, de la que se enamora.

Detrás de esta lectura simbólica resuena con una fuerza nueva la referencia al vino como don del amor celebrado ampliamente en el Cantar de los Cantares: **«... ¡tu boca es un vino generoso que fluye acariciando y me moja los labios y los dientes! ... te daría a beber vino aromado ...»**. Es el vino como don mesiánico anunciado por los profetas como signo de la llegada del día de la restauración: **«plantarán viñas y beberán su vino, cultivarán huertos y comerán sus frutos»**. Jesús conoce bien los textos del Antiguo Testamento y sabe que Él es quien trae esta restauración a su pueblo y que todavía no se había manifestado en público hasta que no llegó su hora. Ese sería el sentido de la respuesta de Jesús a María, que ya conoce la misión que Jesús trae al mundo, y pide anhelante a su hijo que anticipe la hora. Jesús no puede cambiar la voluntad de su Padre, pero concede a su madre en la tierra una señal eficaz e inequívoca de su poder salvífico.

Entendemos que, con este signo, el primero que Jesús realiza en su vida pública, anticipa lo que llegada la hora proclamará solemnemente en la oración sacerdotal en vísperas de su Pasión y Muerte: **«Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad sino la tuya»**; esta oración es a la vez la revelación de la intimidad de Jesús con el Padre, que en el momento en que habla, en la frontera de cielo y tierra, vida y muerte, revela también la conjunción de lo divino y lo humano. Esa unión ha quedado sellada definitivamente en la boda del Cordero degollado.

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Nehemías 8, 2-4a.5-6.8-10): *Este día está consagrado al Señor, tu Dios.*

Salmo (18, 8-10.15): *«Tus palabras, Señor, son espíritu y vida».*

2ª lectura (1ª Corintios 12, 12-30): *Sois el cuerpo de Cristo y cada uno es un miembro.*

Evangelio (Lucas 1, 1-4; 4, 14-21): *Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír.*

Nadie como Jesús fue capaz de hablar de Dios con tanto acierto y tanto encanto. Nos narra el evangelio que todos estaban pendientes de su palabra, que ponía de manifiesto el cumplimiento de cuanto habían dicho los profetas. La noticia que Jesús trae es salud y bienestar para los pobres, libertad para los esclavos y oprimidos, y luz para los ciegos. Aquello que el profeta Isaías anunciaba del Mesías, el Enviado del Señor, resulta ser verdad histórica en la persona de Jesús. Es esta una noticia que rompe el esquema de toda expectativa mesiánica que intenta comprender el designio divino desde las aspiraciones humanas. Estas pronto acaban requiriendo un bienestar espléndido en el que no cabe la pobreza, la esclavitud, la opresión o los interrogantes. En cambio, Jesús enseña que Él viene a afrontar ese mundo falto de libertad, de luz y de verdad, aportando la fuerza y vitalidad necesaria para superar esos obstáculos que impiden al ser humano participar plenamente del designio salvífico.

La forma como se va a desarrollar esa tarea mesiánica sorprende a quienes esperaban del Mesías una liberación radiante que eliminase de una vez para siempre a la humanidad de todo obstáculo que la hace sufrir. Jesús no elimina el sufrimiento de la vida del ser humano; lo asume y lo sublima convirtiéndolo en acto redentor. Podríamos decir que transforma la condición de toda criatura humana, con todas sus deficiencias, en una condición noble y dignísima al elevarla a la categoría de filiación divina.

Jesús se presenta como el iniciador de ese proceso de filiación, y lo hace de una manera absolutamente eficaz. Jesús es el mismo Hijo de Dios, el predilecto del Padre, que anuncia e inicia esta era de filiación divina en la humanidad. De esta forma la pluralidad de judíos y gentiles, esclavos y libres, queda incorporada en la unidad del Espíritu de filiación que nos ha regalado Cristo Jesús. No anula ni suprime las características peculiares de cada persona humana, sino que la reviste de esa dignidad que nos hace sentirnos unidos e incorporados como los diversos miembros de un mismo cuerpo.

¡Qué fácil sería vivir el grado máximo de dignidad humana si viviéramos más conscientes de nuestra condición de hijos de Dios! Sabedores de que Cristo ha transformado el sentido de nuestra existencia incorporándonos a su condición divina nos sentimos más fuertes frente al dolor y al sufrimiento, y cuando tenemos los ojos puestos en Él somos capaces de leer las discrepancias y diferencias como un síntoma de riqueza y pluralidad a la vez que ocasión propicia para no detenemos en nuestras flaquezas y deficiencias.

Si reflexionamos ahora sobre la fe, llegaremos a la conclusión de que la fe cristiana, al menos en ambientes occidentales, no es ilusionante. Todos recordamos otros tiempos donde la fe era motor de actividades, de propuestas novedosas, de tomas de postura radicales. La fe, hoy en día, ha pasado al cajón de lo caduco, de lo obsoleto, de lo rancio, de lo prescindible. Así es, por desgracia; antes pensábamos, en muchos ambientes, que era imposible vivir en plenitud sin un planteamiento serio de fe. Hoy en día muchos proponen que se puede ser “razonablemente” feliz al margen de la fe. Nosotros, como creyentes de este siglo XXI, ¿qué decimos?, ¿qué caminos nuevos estamos dispuestos a transitar?, ¿qué rutas antiguas estamos dispuestos a mantener para proclamar que la fe cristiana ni está pasada de fecha, ni es incapaz de dar sentido en plenitud a la vida?

El Evangelio ha triunfado desde sus inicios por su frescura. En el texto evangélico de hoy contemplamos a un Jesús que va a la Sinagoga, y que, delante de sus paisanos que lo conocían, se atreve a anunciar que comienza algo nuevo: **«Hoy se cumple la Escritura»**. No es un “hoy” cronológico sino salvífico, pues en Jesús da comienzo la novedad radical. No es un “hoy” que se agote en el calendario, sino que se prolonga y se renueva continuamente en cada generación. El “hoy” de Jesús es el “hoy” de cada creyente que vive la novedad radical del Evangelio en su vida inmediata. Dios no quiere un mundo fracasado, hundido, asfixiado. Dios quiere que allí donde haya una persona, haya vida en abundancia: ni esclavos, ni empobrecidos, ni abusados, ni excluidos. Jesús anuncia que este tiempo es posible y que Él lo ha inaugurado. Dios lo ha **«ungido»** para llevar adelante esta misión.

Si volvemos al inicio de nuestra reflexión, debemos preguntarnos: si Jesús nos capacita para llevar a cabo esta novedad radical “hoy”, ¿de dónde viene este cansancio, esta rutina, esta desilusión? Una respuesta sociológica es que las instituciones tienen que sobrellevar el peso enorme de su propia historia; la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, esposa de Cristo, tiene que sobrellevar así mismo en cuanto institución humana el peso de su historia. Una respuesta creyente es que la fe es un proceso: nunca llegamos a ser cristianos del todo; tenemos que convertirnos continuamente. Una respuesta teológica es que Dios lo hace todo nuevo, pero con nuestra inteligencia, creatividad y esfuerzo. No valen las soluciones del siglo pasado para los retos de este siglo. Jesús sigue proclamando su Buena Noticia con la misma fuerza y la misma capacidad de ilusión que lo hizo en Nazaret. Fe sí, pero con frescura. Evangelio sí, pero sin recurrir a fórmulas agotadas.

LA PRESENTACIÓN DE JESÚS EN EL TEMPLO

1ª lectura (Malaquías 3, 1-4): *Mirad que está llegando.*

Salmo (23, 7.8.9.10): *«El Señor, Dios de los ejércitos, él es el Rey de la gloria»*

2ª lectura (Hebreos 2, 14-18): *Tenía que parecerse en todo a nosotros.*

Evangelio (Lucas 2, 22-32): *Ahora, Señor, puedes dejar marchar a tu siervo.*

Celebramos hoy la fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo y de la Purificación de María. Según lo marcado por la ley de Moisés, José y María debían subir al Templo para presentar y ofrecer al Señor a su hijo primogénito y para entregar la ofrenda de purificación de la madre: un par de tórtolas o dos pichones.

Así lo hicieron los esposos José y María con Jesús, su primogénito. Hemos de descubrir que esta liturgia de la Palabra es toda ella un canto de luz, de esperanza y de salvación que los cristianos escuchamos y celebramos en el templo que, continúa siendo el lugar de nuestro encuentro con Dios.

En la primera lectura, el profeta Malaquías nos ha hablado de este encuentro cuando dice: *«Voy a enviar a mi mensajero para que prepare el camino ante mí. De repente llegará a su santuario el Señor a quien vosotros andáis buscando, [...] mirad que está llegando»*. Pero en este caso fue Dios quien presentó a su Hijo a los hombres, por medio del anciano Simeón y la profetisa Ana.

Estos, lo presentaron como: *«Luz para alumbrar a las naciones y gloria de su pueblo Israel»*. Simeón reconoció al Mesías y así lo proclamó. Pocas palabras como las de Simeón, pueden expresar la plenitud de una vida colmada en la espera del Mesías y coronada al verle: *«Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz porque mis ojos, al fin, han visto tu Salvación, la luz de las naciones y la gloria de tu pueblo»*.

Pero Simeón no se paró aquí, siguió hablándole a María: *«Mira, este niño va a ser motivo de que muchos caigan o se levanten en Israel. Será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón»*. María, la madre, está unida desde el primer momento al sufrimiento de aquel que será como una bandera discutida, aceptado por unos y rechazado por otros hasta la cruz.

Recordando este hecho que nos narra el evangelio de Lucas, muy pronto en Oriente se celebró una fiesta llamada “Hipapanté” o fiesta del “encuentro”, acogida posteriormente en Occidente, y recordando las palabras de Simeón *«Luz para alumbrar a las naciones»* se añadió a la fiesta el rito de la bendición de las candelas, tomando el nombre popular de la “Candelaria”.

La liturgia nos invita a salir, con nuestras lámparas encendidas, al encuentro de aquel que es reconocido por el anciano Simeón, y según palabras de Jesús: *«Alumbra así vuestra luz a los hombres para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo»* (Mt 5,16). A imitación de Cristo, los cristianos estamos llamados a ser la luz del mundo.

La luz del cirio que encendieron el día de nuestro bautismo es el símbolo de la luz de la fe que hemos de conservar toda la vida hasta la hora de nuestro paso a la “otra vida” cuando desaparecerá la fe para ver la realidad de la luz eterna del cielo. La luz de la Candelaria es la luz de la fe que nos guía por el camino de la vida sin desentendernos de los demás que también caminan iluminados por Cristo. Todos hacemos el camino a la luz de la fe que ha de estar siempre encendida, no solo cuando estamos en la iglesia sino a lo largo de la vida de cada día.

Los creyentes en Cristo somos “Luz en el Señor”. Este es un don grande; pero, a la vez, es una grave responsabilidad. El evangelio que escuchamos nos invita a bendecir a Dios, que nos permite tomar en nuestras manos al que es la Luz del mundo y a ser portadores y testigos de esa luz en medio de las tinieblas de este mundo. *“Nosotros, los que vemos, ¿qué hemos hecho de la luz?”*.

Recuerdo una canción que escuché, por primera vez en la celebración del perdón de la primera comunión de mi hija Camino, que dice así:

“Gracias, Padre por la fe. / Gracias, Padre por la luz; / gracias, Padre porque puedo, / conocerte por Jesús.

Esta luz que en mis manos brilla / me la has encendido tú, / que brille siempre esperando / la venida de Jesús”.

La luz de la fe es también la que da calidez de amor para que nos amemos los unos a los otros, incluso a los enemigos, como nos ha mandado Jesús. Esa luz del amor la hemos de llevar siempre con nosotros para iluminar y amar a los de casa y a todas las personas con las que convivimos y nos encontramos cada día. Es una luz que sabe perdonar a todo el mundo porque da calidez y es una luz de amor.

Aunque se pierden muchas tradiciones, tanto populares como religiosas, la fiesta de la Candelaria, se continúa celebrando hoy, y con el encendido de las candelas se quiere expresar, con un signo visible, la luz de la fe en Jesús que ilumina a todos los pueblos.

La Eucaristía que celebramos en esta fiesta de la Presentación del Señor ha de ser un nuevo encuentro con el Señor Jesús que nos espera y nos acoge, a cada uno tal como somos. Es el encuentro con la luz y el amor de Dios que nos ilumina y nos salva.

DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 1, 4-5.17-19): *Te constituí profeta de las naciones.*

Salmo (70, 1-4a.5-6b.15ab9.17): *«Mi boca contará tu salvación, Señor».*

2ª lectura (1ª Corintios 12, 31 – 13,13): *El amor no pasa nunca.*

Evangelio (Lucas 4, 21-30): *Ningún profeta es aceptado en su pueblo.*

El propio evangelio dice que ningún profeta es bien mirado en su tierra. O lo que es lo mismo: la fuerza de la palabra del profeta no está en su verdad, ni siquiera en sus convicciones profundas, sino en el Dios que le ha seducido, le atrae y le arranca de su propio pueblo para hablar de Dios a todas las naciones. Su lenguaje adquiere una fuerza que traspasa las fronteras de la verdad conocida, de la verdad familiar a la que uno se habitúa y cree ya dominar. La palabra profética trasciende los deseos y aspiraciones del hombre; está enraizada en la propia intimidad de Dios, que se revela como un don vivido por el profeta.

Con demasiada facilidad aplicamos el título de profeta a quien se atreve a denunciar ciertos desmanes que nuestra convicción no tolera. En definitiva, vamos reconociendo como profetas a los que estimamos que dicen la verdad, y hasta nos atrevemos a exigirles la verdad que tienen que decirnos.

Algo así ocurrió en tiempos del profeta Jeremías; sus paisanos esperaban de él palabras de condena contra los paganos, contra los gentiles, contra los que no pertenecían al pueblo de Dios. Ellos eran siempre los malos. los otros, los no elegidos; y sobre ellos debía recaer toda condena. Pero Jeremías no ha recibido esa palabra de Dios; sus convicciones más profundas le llevan a estimar y a apreciar tanto a su pueblo, que está dispuesto a renunciar a su condición profética pues ya no puede más seguir hablando siempre contra su pueblo y negándole la paz que el pueblo desea. Esa decisión nos hubiera privado del mensaje profético de Jeremías si no hubiese sido él un auténtico profeta llamado por Dios con la fuerza de la verdad, que llegó a seducirle poniendo su libertad en la propia intimidad de Dios. Allí cedió Jeremías sus intereses personales, sus raíces y propias convicciones, al conocer el auténtico valor salvífico de unos oráculos totalmente desarraigados de los deseos y aspiraciones humanas.

Otro tanto parecido pasó en la sinagoga de Nazaret, donde acudió Jesús un sábado para comentar la lectura de Isaías. Lo hondo de su mensaje era que ahora se cumple la profecía y llega el año de gracia, el tiempo favorable de Dios para todos. No hace Jesús ninguna mención al desquite o venganza contra los extranjeros, contra los dominadores de la tierra que entiende ser suya el pueblo de Dios. Sus paisanos le hubiesen aplaudido y recibido con todos los honores si él les hubiese declarado los destinatarios preferidos del año de gracia. Pero él no lo hizo y ellos le exigen que haga un milagro como ha ido haciendo en otros lugares fuera de su territorio. Jesús responde recordándoles que el anuncio de la salvación, el favor de Dios, no está limitado a los que se consideran suyos, sino a todos aquellos a quienes Dios ama; también a los gentiles.

El pasaje evangélico de este domingo nos habla de la primera salida de Jesús, de su casa, de su familia y de su pueblo. Ha elegido un camino de futuro (bautismo de Juan), pero el Espíritu (en el desierto) lo va a conducir por otro, el de estar en medio de la gente con un estilo de vida diferente. Así es nuestra salida a la vida, al abandonar la casa de nuestra familia, y trasladarnos a otra casa, a otro país, dejamos atrás personas, costumbres, cosas que formaban parte de nuestra vida cotidiana y no nos habíamos planteado que tendríamos que dejar atrás con rutinas, relaciones y formas de vida. En ocasiones también hay salidas obligadas a causa de las guerras, de las persecuciones por motivos étnicos, religiosos o de género. En estos casos no sabemos lo que nos vamos a encontrar.

Estamos encontrándonos con personas de otros países en la calle, en el trabajo, en los centros de estudio, en el deporte y descubriendo, a la vez, que no todas esas personas reciben el mismo trato. Y, si alguna persona de entre nosotros hemos salido a otros países, nos ha sucedido lo mismo: no es igual ir de turista con dinero que dejas en el país en que vives, que ir a trabajar para mandar dinero, que ganas con tu esfuerzo, a tu propio país. En cualquier caso, tienes que abandonar una forma de vida que ya tenías, unas relaciones con personas que os ayudabais a crecer y a desarrollar vuestra propia personalidad. Con atención, búsqueda y trabajo vamos encontrando otras personas, otros estilos de relaciones y de maneras de estar en la sociedad nueva que has encontrado.

Quizá esto es lo más difícil. Nos cuesta tanto que entren “aires nuevos”, ni siquiera los que vienen del Espíritu y del proyecto de Jesús para este tiempo. Todas las novedades nos resultan extrañas y difíciles de acoger para que algo cambie en nosotros. Iglesia en salida. Desde todo lo anterior desbeberíamos entender que nuestra vida cristiana, nuestra vida comunitaria en la parroquia y nuestra vida diocesana no deben reducirse a “lo de siempre”. El papa Francisco nos invitó a revisar las estructuras eclesiales y también las formas de vida comunitaria, de las celebraciones de la fe y del servicio a los vulnerables de dentro y de fuera de la comunidad. **«Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación»** (Exhortación Apostólica “Evangelii Gaudium, 27”, de noviembre 2013). O lo que es igual: “Que tenemos que salir de nosotros mismos”.

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 6, 1-2a.3-8): *Está perdonado tu pecado.*

Salmo (137, 1b-5.7c-8): *«Delante de los ángeles tañeré para ti, Señor».*

2ª lectura (1ª Corintios 15, 1-11): *Cristo murió por nuestros pecados.*

Evangelio (Lucas 5, 1-11): *Por tu palabra, echaré las redes.*

La esfera de lo divino atrajo de tal forma al profeta Isaías, que no pudo menos que declarar su total adhesión al reclamo de Dios. El mismo que se había sentido totalmente incapaz de subsistir ante la grandeza y santidad de Dios siente en su interior la atracción inmensa de la verdad que acepta libremente y está dispuesto a proclamar. Para ello cuenta con la asistencia de un Dios, que purifica los labios del profeta y pone en su boca palabras que expresan la propia voluntad de Dios. Más tarde también Pablo de Tarso sentirá esa fuerza interior que fue capaz de transformarlo desde perseguidor de la Iglesia de Dios hasta Apóstol de los gentiles. Él mismo nos confiesa su indignidad personal cuando no era capaz de comprender la Buena Nueva, el Evangelio de Jesús, y se dedicó a perseguir con todas sus fuerzas a aquellos seguidores de la Nueva Alianza por no comprender que ellos mismos eran los continuadores de la única voluntad salvífica del Dios trascendente que ahora se había revelado en la persona de Jesús de Nazaret. **«No he sido yo»,** confiesa Pablo, **«sino la gracia de Dios conmigo, quien me ha llevado a la comprensión gozosa y entrega sin reserva a trabajar por el Evangelio de Jesús».**

En la misma línea vernos a los apóstoles que confiesen su ineficacia en la pesca durante toda la noche. Ellos se han esforzado, han buscado las mejores zonas y los mejores momentos, han pasado toda la noche bregando, pero no han conseguido nada. Pero llega Jesús y les pide que sigan faenando, que no abandonen la tarea, que no pierdan la fe ni se desalienten, que echen de nuevo las redes. Y así lo hacen; pero esta vez lo hacen en nombre de Jesús, porque creen en Él, porque reconocen que Él puede más que ellos, porque aceptan su autoridad. El resultado refuerza su adhesión a Jesús precisamente cuando reconocen su incapacidad al asombrarse ante el hecho admirable que en nombre de Jesús ellos mismos acaban de realizar.

No es pues Dios una fuerza inmensa que destruye el poder del hombre, sino una realidad trascendente que decide acercarse al hombre e invitarle a una participación en plan de colaboración libre en el propio designio de Dios. Lo admirable es que ese designio se manifiesta totalmente en favor del hombre. De ahí la gran responsabilidad de quienes, habiendo recibido el don de Dios para comunicar ese mensaje, no reconozcan su incapacidad y pronuncien con plena confianza y disponibilidad total las mismas palabras de Isaías, de Pablo y de los demás apóstoles, y consagradas por la boca y corazón de María en su respuesta al ángel: **«Aquí estoy, para hacer tu voluntad».**

Nos encontramos junto al lago de Genesaret. Varias barcas descansan en la orilla y, junto a ellas, unos pescadores lavan y reparan las redes. Un grupo de gente se agolpa en torno a alguien. Ese alguien es Jesús. Gente que lo buscan, que desean verlo, tocarlo, escucharlo. Casi lo empujan hacia el lago. Jesús pide ayuda a los pescadores. Necesita una de sus barcas y que la alejen unos metros de tierra. Pedro, que ha estado observando la escena, lo ayuda a subir a su barca y rema varios metros mar adentro. Qué contraste con la escena vivida en Nazaret, su pueblo, cuando lo empujaban hacia un precipicio con la intención de despeñarlo. Aquí sucede todo lo contrario. Hay gente que lo busca para escuchar su Palabra.

Siempre hay gente que busca a Jesús. Así comienza la vocación cristiana, por el deseo de conocerlo, por las ganas de verlo y escucharlo. Jesucristo no es una idea, una doctrina, una fría afirmación dogmática del catecismo. No, Jesús es real, es de verdad, y cuando permitimos que sus palabras nos lleguen adentro, comenzamos a sentirnos atraídos por él y nuestra vida cambia.

Pedro estaba tan ensimismado, escuchándolo, que le costó despertar y caer en la cuenta de que Jesús le pedía que remara mar adentro. Era pescador experimentado, pero no se imaginaba que Jesús le estuviera invitando a adentrarse más adentro, en el mar de la vida, de su vida y del mundo. Más adentro, allí donde nos jugamos el pan y el sentido, la dignidad de ser humanos, la utopía de vivir como hermanos.

Pedro no acababa de creérselo. Habían estado pescando toda la noche, no habían pescado nada y resulta que, ahora, Jesús les pide que echen las redes otra vez. No sabemos qué paso por su mente, pero sí sabemos lo que pasó en su corazón. El corazón de Pedro se fío de Jesús. **«Por tu palabra echaré las redes».** La fe es fiarse de Jesús, que siempre nos lleva mar adentro, más adentro en la vida.

Una vida cristiana que se queda en la orilla y en la superficie de los problemas reales poco tiene que ver con Jesús. Quizá por esto el cristianismo está en crisis en Europa. Porque seducidos por el consumismo preferimos vivir con un corazón anestesiado y una fe sin chispa y sin compromiso. En la exhortación “*Evangelii Gaudium*, 8” dice el papa Francisco: **«Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora».** ¿No sentís el deseo de fiaros de Jesús que nos pide remar mar adentro?

DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 17, 5-8): *Bendito quien confía en el Señor.*

Salmo (1, 1-4.6): *«Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor».*

2ª lectura (1ª Corintios 15, 12.16-20): *Si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido.*

Evangelio (Lucas 6, 17.20-26): *Alegraos ese día y saltad de gozo.*

Toda persona somos una grandeza y un misterio. Tenemos capacidades, derechos, razón, libertad, dignidad. Somos seres en proceso de vida y de aprendizaje. Pero lo más valioso es que somos hijos queridos de un Dios Padre; en sus manos vivimos y existimos, y nos vamos formando abiertos siempre a la grandeza de su amor.

Y somos limitados, frágiles, menesterosos. Necesitamos de los demás, y de Dios. Poco podemos si nos aislamos en cualquier orden de la vida. La vida es un continuo dar fe y confianza, apoyarse en los demás. Así se hace una persona y cualquier grupo y sociedad; no desde el recelo, ni el cálculo interesado, sino desde la apertura. No desde mirar “*que puedo sacar yo*” sino desde “*que puedo yo aportar*”.

Ocurre que a veces nos sentimos frágiles de verdad: el fracaso, la enfermedad, los retos, la muerte... Y entonces descubrimos que hay que apoyarse más (en la familia, los amigos, grupos). Claro que hay que hacerlo, pero sin encerrarnos en lo que creemos que nos da toda seguridad (que se cae pronto). Que nuestro vivir con los demás sea un punto para ir al apoyo en Dios Padre. Mirad cómo lo dice Jeremías: **«Maldito quien confía en el hombre y aparta su corazón del Señor; bendito quien pone en Él su confianza: será como un árbol plantado junto al agua que no deja de dar fruto»**. Poner la confianza en Dios, que no excluye a nadie, sino que incluye. Lo de Dios siempre es sumar, es garantía de plenitud, gozo, protección, firmeza, apertura.

El mejor apoyo en la vida, y para la vida plena, ya lo tenemos entre nosotros. No lo conseguimos por nuestros méritos. Dios nos lo da en Jesús Resucitado. Esta es la verdad más importante que nos llena de sentido. Todo es posible porque Jesús está vivo. Hemos recibido la plenitud de la vida ¿cómo es que hay algunos que no creen? La resurrección es la vida, el mejor resorte para vivir como resucitados. Y anunciar esto es nuestra tarea de cristianos y seguidores. Hay que vivir y anunciar la Resurrección de Jesús.

Sí, pero cómo anunciar la Resurrección. Pues viviendo como nos enseña Jesús. Haciendo posible y creíble la vida según las Bienaventuranzas, el estilo de vida plena que nos ofrece. Jesús llama dichosos, alegres, recompensados, a quienes eligen lo humilde, lo sencillo, la pobreza, a cuántos viven abiertos y son apoyo de los hermanos, a los que se dejan afectar por la necesidad de los demás. Bienaventurados y felices porque volveremos a convertirnos.

“Buenos y malos; bienaventurados y ¡ay de ellos!” A la hora de elegir nuestra posición en este listado parece que no hay duda de que preferimos el bien sobre el mal y el éxito sobre el fracaso. La dificultad surge cuando tenemos que tomar decisiones y frente a nosotros se nos presentan realidades que nos apetecen más que otras; es el momento en el que necesitamos ejercer nuestra libertad y vigilar que nuestra voluntad no sea pura víctima de lo apetecible. Ahí es donde necesitamos actuar las virtudes cardinales para que la sabiduría active nuestra templanza y la fortaleza nos ayude a aceptar y superar las dificultades que comporta una decisión justa. No olvidemos que Dios nos regala los dones del Espíritu para que nos sintamos asistidos con la fuerza de lo alto en el ejercicio de nuestra libertad.

Es precisamente la confianza en Dios y la obediencia a su voluntad el criterio inequívoco para discernir el bien y el mal. Jesús ha sido el Enviado del Padre para manifestar de una manera real y viva la Voluntad divina, que es puro Amor y deseo eficaz de que todos los hombres se salven y alcancen la felicidad. Y es en esta manifestación de la voluntad de Dios, donde tenemos que ver, entender y confiar lo que su Enviado nos ha comunicado en palabras y hechos.

De entre sus palabras hoy nos fijamos en las bienaventuranzas que rompen los esquemas mundanos sobre la felicidad; no negando las carencias y necesidades, ni tampoco las apetencias y bienestar, sino superando todo ello con el criterio de la confianza en Dios y con la esperanza firme de que la cruz que suponen las dificultades de vivir confiando más en Dios que en los hombres es camino seguro que nos lleva a la plenitud de vida: paciente aquí en la tierra y gloriosa en la eternidad. La tentación es evidente; y el profeta Jeremías, así como el primero de los Salmos, ya nos advierte con claridad cuál es el final de quien confía en el hombre y busca su fuerza en la carne (de por sí débil), apartando su corazón del Señor. Las bienaventuranzas vienen a ratificar esta advertencia profética y proclaman que la pobreza, el hambre, el llanto, el rechazo, los insultos e infamia, todo ello sufrido con el esfuerzo por superar la cruz que significa aceptarlo, se convierte en camino seguro de la verdadera felicidad.

El rechazo del programa de las bienaventuranzas supone fiarse sólo de la felicidad que procura la recompensa y consuelo aquí en la tierra y evitar el sufrimiento y la cruz que requiere la fidelidad al evangelio. No olvidemos que, si nuestra esperanza en Cristo acaba con esta vida, somos los hombres más desgraciados. ¡Pero no! Cristo ha resucitado y nos ha abierto con su resurrección el camino de la vida. La resurrección de Cristo es la afirmación de la voluntad divina de que la cruz y la muerte no se conviertan en el último desenlace de la vida humana, sino en la puerta que convierte la esperanza en el gozo de la gloria definitiva.

DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Samuel 26, 2.7-9.12-13.22-23): *Dios pone al enemigo en tu mano.*

Salmo (102, 1b-4.8.10.12-13): *«El Señor es compasivo y misericordioso».*

2ª lectura (1ª Corintios 15, 45-49): *Primero lo material y después lo espiritual.*

Evangelio (Lucas 6, 27-38): *Amad a vuestros enemigos y haced siempre el bien.*

La Palabra de Dios que hoy escuchamos, concretamente, el evangelio, es continuación del pasado domingo, donde veíamos el relato de las bienaventuranzas. Lucas, en este discurso de la llanura, propone cuáles tienen que ser las actitudes del discípulo de Jesús, del que quiere ser ciudadano del Reino. Para ello tendrá que remar “*contra corriente*”, no dejarse llevar por las tendencias de la sociedad, sino poner, por encima de todo, las exigencias del Reino. El Reino de Dios tiene sus propios criterios y valores que son los que tienen que marcar la vida del seguidor de Jesús, sabiendo que la mayoría de las veces, los criterios de Dios no son los criterios de los hombres.

En el mundo judío, se impuso la Ley del Talió: “*ojo por ojo diente por diente*”. Pero Jesús nos recuerda que estos son criterios humanos, pero no los criterios de Dios y el ciudadano del Reino no puede actuar así, por eso, hoy en el evangelio nos dice algo que rompe nuestra manera de pensar y ver las cosas: **«Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os injurian»**, o sea, ya no se trata solo de perdonar sino de amar a los enemigos.

Esto que, en tiempos de Jesús, chocaba de frente con la actitud de sus contemporáneos, sigue escandalizando hoy, incluso a los propios creyentes. Estamos en la sociedad del “*perdono, pero no olvido*”, la sociedad del individualismo, el revanchismo, etc. Pues en esta sociedad, en esta época también tenemos que manifestar en nuestra vida los valores del Reino si queremos ser, de verdad, seguidores de Jesús y ciudadanos del Reino.

Estos valores del Reino nos impiden utilizar todo tipo de violencia con los demás. Jesús pone un ejemplo extremo: **«Al que te pegue en una mejilla...»**. El golpear en la mejilla es mucho más que el daño físico, es la humillación que conlleva esa acción, es una injuria humillante. Pues ni en ese caso permite el Señor la venganza, el uso de la violencia: **«...Preséntale la otra»**. Es el mensaje de la Palabra de Dios en este domingo, una Palabra que rompe los esquemas del hombre que tiende a la respuesta a la injuria y a la violencia. El discípulo de Jesús, el seguidor del Maestro que quiere ser ciudadano del Reino tiene que llevar a la práctica de verdad, el mandamiento del amor, de tal manera que sea capaz de amar, incluso a los enemigos. Y esto lo hacemos porque el Señor nos dice: **«Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso»**.

A pesar de que no se puede negar que la ley de Talió en la historia del derecho es un claro progreso respecto a la ley de la venganza que castiga el doble, el séptuplo e incluso el décuplo, Jesús da un paso definitivo en la ley de relaciones humanas al proclamar que el amor al prójimo no puede limitarse al amor a los amigos. Él mismo da testimonio con su propia vida de lo que significa amar a los enemigos ya que sintiendo el agravio y ofensa contra su Padre, se ofrece para repararla y facilita así la amnistía que libre al enemigo del odio que genera.

Este amor que restablece el equilibrio y la paz se nutre de la energía y fuerza creadora que anida en el corazón del hombre. Se trata de una acción personal del propio Dios en la intimidad del ser humano, allí donde tiene su origen todo pensamiento y estima que le mueven a tomar decisiones en su vida personal. Cuando no es el amor, la verdadera apreciación de los valores sólidos inherentes en la realidad que nos envuelve cunde con mucha facilidad la confusión, seducción o engaño que nos lleva a estimar lo que no es capaz de generar en nosotros el verdadero bienestar y paz interior. La mejor arma para destruir al enemigo es no darle consistencia y si se trata de un ser personal que nos ofende, perdonarle y no aplicar la ley del Talió con lo que perpetuaríamos la enemistad.

La resurrección de Cristo es la garantía de nuestra fe y de la esperanza que nos conforta y mantiene firmes aguardando con paciencia, es decir sufriendo las carencias de una recompensa que con frecuencia se nos hace urgente. Lo más significativo es que esta actitud de confianza en Cristo no anula nuestra libertad, sino que nos permite hacer ejercicio de ella sin privarnos del dominio de nuestra voluntad. Dios es el único que no nos pasa factura ni tiene en cuenta nuestros delitos a la hora de concedernos el perdón de nuestras culpas. Sólo quiere que seamos nosotros los que le pidamos perdón y hasta podemos decir con seguridad que Él mismo toma la iniciativa en ese acto de conversión; a nosotros solo nos corresponde conformar nuestro querer con el querer de Dios.

Así entendida la acción del amor divino, causa y origen de todo verdadero amor humano, comprendemos mejor el nuevo mandato que Jesús nos propone: amar a nuestros enemigos no es bendecir ni aprobar sus malas acciones, sino desearles el máximo bien que consiste en que se conviertan, es decir, que cambien de mentalidad y reconozcan que sus obras no corresponden al imperativo cristiano del amor. La misma ternura divina con la que Dios nos trata para que de este modo lleguemos a reconocer nuestros pecados es la que deberíamos sentir en forma de comprensión compasiva antes de condenar a quienes nos disgustan tratándonos como enemigos e incluso a los que quieren privarnos de unos bienes, que nosotros hemos considerado menos importantes que los que nos garantiza el amor de Dios.

DOMINGO VIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 27, 4-7): *La palabra revela el corazón de la persona.*

Salmo (91, 2-3.13-16): *«Es bueno darte gracias, Señor».*

2ª lectura (1ª Corintios 15, 54-58): *¿Dónde está, muerte, tu victoria?*

Evangelio (Lucas 6, 39-45): *Sácate primero la viga de tu ojo.*

Tenemos que estar atentos para entender bien las palabras que se utilizan en un sentido figurado. Resulta evidente que el evangelio de Lucas no nos habla de la ceguera física y su alusión a los ojos del cuerpo tiene un valor netamente metafórico. Hasta el punto de comprender que la ceguera de la que habla el texto del evangelio es la falta de visión que todos sufrimos cuando ni entendemos ni sabemos; es lo que nos impide comprender y ver con claridad el misterio que nos revela una palabra o acontecimiento que nos desborda. Si todos pues somos ciegos no pretendamos guiar a los demás con la visión deficiente que tenemos; el evangelio nos recuerda que ve menos el que tiene una viga en el ojo que el que apenas tiene una mota que distorsiona su visión.

Antes de querer guiar, dirigir la conducta de otro, corregirle o quitarle la mota de su ojo para que vea, hay que eliminar todo aquello que no nos permite ver bien, la viga inmensa que entorpece nuestra visión. Eso supone evitar todo aquello que nos impide ver la claridad de la luz divina, que no sólo nos ilumina, sino que nos hace ver con la misma profundidad y transparencia que ve Dios. Él sí puede guiarnos y devolvernos la visión correcta de la realidad. Fiarnos de Él y confiar en su luz es aceptar la fe como la verdadera visión de las cosas y no como un añadido que aplicamos sólo para determinadas cuestiones que tienen que ver con Dios. Ese añadido no es la verdadera fe ya que le estamos poniendo dificultades o reduciendo su campo de visión.

La fe es la luz divina que aumenta nuestro campo de visión sin perder por ello la profundidad y claridad de cada uno de los detalles de la realidad contemplada. Más todavía, precisamente por iluminar cada uno de los detalles sin abandonar la visión global de toda la realidad nos facilita una mayor comprensión de la misma. El reconocimiento de nuestras deficiencias es uno de los primeros síntomas de que vemos mucho mejor guiado por la fe, y ello nos permite además ver con claridad la forma de superarlas. Somos nosotros lo que tenemos que recorrer el camino de la vida, lo que tenemos que afrontar los problemas y dificultades que surgen, pero no podemos contentarnos con nuestra visión deficiente; necesitamos un guía que vea sin esa limitación o mota en el ojo, esa es la luz verdadera que ilumina, esa es la fe.

Los síntomas de que vemos las cosas tal como ellas son, y no distorsionadas por vigas o pajas en nuestros ojos, es que caminamos por la luz de la verdad y de la bondad, valoramos las dificultades y obstáculos como ocasiones para activar la virtud de la fortaleza templada por la sabiduría. que nos impedirá obrar injustamente o tomar decisiones equivocadas. La gran tentación es cerrar los ojos, permanecer ciegos o dejarnos guiar por otros ciegos, y tratar de huir de esa visión clara que nos enfrenta con la cruz de cada día.

La Palabra de Jesús es profunda, es admirable porque llega directa al corazón, porque es una enseñanza que promueve un estilo de vida y una concepción de la persona anclada en el bien y no en el mal. La propuesta de Jesús está teñida de humanidad. Y de eso nos habla siempre el Evangelio, hoy muy claramente.

¿Qué podemos aprender de esa imagen de un ciego guiando a otro? Que no puede ser, que alguien que no ve o que no sabe pueda hacer de guía. Muchos, la mayoría, no estamos ciegos, pero tampoco lo sabemos todo y tampoco lo vemos todo. Pues, aunque tengamos la vista física (¡y menudo regalo!), se nos pueden escapar muchas cosas. Así que será necesario que aceptemos nuestras propias cegueras, nuestras propias insuficiencias o que aceptemos que no lo podemos saber todo, que no lo podemos remediar todo, que no existimos solos en este universo. Sí, se puede decir de una forma más sencilla y más breve: “*humildad*”. Actitud necesaria para ser discípulo de Jesús. Tan necesaria como difícil de practicar y vivir. Primera enseñanza que podemos extraer de las palabras de Jesús.

Vamos a por la segunda. Aquí la enseñanza vuelve a ser fácil de entender. No podemos ver siempre lo malo en los demás. No debemos pensar que son siempre los otros, los que se equivocan, los que no dan la talla, los que solo quieren protagonismo... Quizá el que solo ve los defectos en el prójimo es que nunca se para y mira su propia vida. Jesús nos pide que nos reconozcamos a nosotros mismos, que miremos nuestra vida antes que la de nadie. Que paremos el ritmo, que miremos al otro con ojos limpios, dándole siempre el beneficio de la bondad. No viene a engañarnos, ni a aprovecharse de nosotros. Quizá si alguien que llega hasta nosotros parece que tiene una “*mota*” en el ojo, eso se puede deber a mil causas. Quizá detrás de un comportamiento irregular, egoísta, negativo... hay una persona que está viviendo un drama y que con su comportamiento nos está gritando que necesita auxilio.

Nunca lo sabremos bien, por eso, mejor amar y ser acogedores que juzgar. Nos podremos equivocar sí, pero habremos hecho lo que Jesús nos pide. Al final es esta la enseñanza de Jesús a la que nos gustaría llegar. ¿A quién no le gustaría ser un árbol bueno que diera siempre, y solo, frutos buenos? A todos, claro. Estamos en camino, no conviene desanimarse. Al contrario, siempre en positivo. Tenemos vida para intentar poner en práctica las enseñanzas del Señor, y seguir siempre hacia delante.

MIÉRCOLES DE CENIZA

1ª lectura (Joel 2, 12-18): *Rasgad vuestros corazones, no vuestros vestidos.*

Salmo (50, 3-6b.12-14.17): *«Misericordia, Señor, hemos pecado».*

2ª lectura (2ª Corintios 5, 20 – 6, 2): *Os pedimos que os reconciliéis con Dios.*

Evangelio (Mateo 6, 1-6.16-18): *Tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.*

No se trata del tiempo histórico ni del tiempo meteorológico, sino del tiempo en el que se brinda al hombre la oportunidad de instalarse en la esfera divina. Para conseguir esta nueva instalación se requiere la conversión, el cambio de criterio y de valoración de todos aquellos elementos que componen nuestra existencia: bienes materiales y espirituales, pero también las diversas decisiones y actuaciones que tejen nuestra relación con Dios, con las personas y con todas las demás criaturas con las que convivimos. La conversión no es sólo un acto puntual por el cual nos arrepentimos de nuestras fechorías y prometemos no volver a hacerlas; eso es relativamente fácil y terriblemente engañoso, pues puede llevarnos a abusar de la benevolencia divina al experimentar que Él no tiene en cuenta nuestros pecados y nos perdona sin límites. La confesión como acto puntual del perdón requiere confesar que Dios es nuestro Padre y que su Bondad nos acoge sin límites, pero sin embargo cada vez más cunde la idea de que no sirve para nada esta confesión pues no supone un verdadero cambio de vida.

Frente a esta monotonía del pecado y de la confesión el miércoles de ceniza nos recuerda la necesidad de reconciliarnos con Dios mediante una auténtica conversión que supone una revisión de los motivos de nuestra vida, de nuestros deseos y aspiraciones, de nuestro interés por forjar nuestro criterio de acuerdo con el criterio de Dios. En este día que comienza la cuaresma se nos invita a no perder nuestro tiempo permaneciendo instalados en la caducidad, y para ello se nos brinda a pensar en el tiempo favorable que Dios nos concede para comenzar a forjar nuestra vida eterna. Esta es la verdadera tarea en la que deberíamos emplear nuestro tiempo: profundizar en el conocimiento de nuestra fe. Ella nos facilita una visión nueva de nuestra existencia, que sin dejar de ser nuestra se abre a una fecunda participación de la propia vida de Dios.

Mediante la fe, como virtud por la que ejercitamos nuestra adhesión al don divino, cobramos mayor conocimiento del sentido de las cosas, adquirimos mayor sensatez y paciencia en los momentos difíciles, sentimos la garantía de una esperanza que va más allá de nuestras posibilidades y en definitiva nos atrevemos a tomar decisiones con criterios más evangélicos. Esta transformación de nuestra manera de ser no se apoya en el cambio de nuestra conducta como una condición previa para convertirnos; antes es necesario cambiar de mentalidad, revisar nuestra jerarquía de valores y aceptar decididamente el criterio de Dios como el juicio más favorable para nuestro comportamiento. Esta dimensión sapiencial de la palabra de Dios ayuda a entender la fe como un don divino que nos beneficia y no sólo como una propuesta indiscutible que hay que creer sin saber por qué.

Tenemos una historia de interpretación de toda nuestra religiosidad como una vivencia moralizante que todo lo ha convertido en exigencia de prácticas de purificación y expiación para limpiar nuestras almas y poder presentarnos así ante Dios de una manera digna. Hemos olvidado que nuestra condición humana es ser de barro, algo que pringa, ensucia y hace impresentables. Por más que nos lavemos quedarán marcas del barro que somos. Nunca estaremos presentables del todo. Pero unos padres que ven a su hijo en esas condiciones no esperan a lavarlo para darle un abrazo. Primero lo distinguen, lo envuelven con su cariño y más tarde hablarán de su limpieza. Y el hijo no se aparta del abrazo por indigno, sino que, en su condición, se agarra al abrazo, se llena de alegría, se emociona por el cariño. Ya habrá tiempo de lavarse. Ahora es el tiempo de la alegría. La ducha es posterior al encuentro y a la emoción.

Pablo, que venía de una tradición religiosa llena de penitencias, sacrificios y ritos de limpieza, ha encontrado en Jesús, al Dios de la alegría y la esperanza. No es el Dios de las purificaciones, de los sacrificios esforzados para ganar méritos ante Dios y que nos ponga buena cara a pesar de nuestros pecados. Pablo nos pide expresamente que nos reconciliemos con Dios, es decir, que desterremos de una vez esa imagen terrible del Dios justiciero. Ante ese Dios Jesús ha hecho ya todo lo que se podía hacer. Nos ha conseguido su benevolencia llena de ternura. No echemos en saco roto su regalo, el de la simpatía y el cariño. Cambiemos a la alegría. Nuestro Dios es el de la salvación. Convirtamos nuestra religiosidad y dejemos atrás la imagen del Dios Juez para asumir la del Dios Padre bueno de todos.

Por eso nuestra conversión es dar la vuelta a la comprensión de Dios. No se trata de hacer cosas externas. Es cuestión de meter en nuestro interior el sentido de las palabras que Jesús nos trae como Evangelio, Buena Noticia. Dios es distinto a como nos habían anunciado nuestros mayores. ¡Vamos a creer a Jesús! Él es el mensajero. Él es la Palabra verdadera. ¡Él es el Señor! Este tiempo de Cuaresma que comenzamos es invitación a hacer ese esfuerzo psicológico de un cambio que, siendo tan positivo y alegre, nos cuesta, porque supone romper con la mentalidad integrada desde una educación religiosa que puso más empeño en hacer ciudadanos de orden que cristianos creyentes. ¡Es el tiempo de conversión! Aunque nos duela y nos cueste, vamos a ponernos en marcha. Hagámonos seguidores de Jesús, para eso es nuestro hermano. ¡Disfrutemos de que Dios es nuestro Padre!

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

1ª lectura (Deuteronomio 26, 4-10): *Pondrás las primicias de tus frutos ante el altar del Señor.*

Salmo (90, 1-2.10-15): *«Quédate conmigo, Señor, en la tribulación».*

2ª lectura (Romanos 10, 8-13): *Nadie que crea en él quedará confundido.*

Evangelio (Lucas 4, 1-13): *No solo de pan vive el hombre.*

Al comienzo de la Cuaresma el evangelio nos sitúa en el contexto de los cuarenta años durante los que el pueblo sufrió la prueba del desierto y en el ayuno de cuarenta días que ya observaron Moisés y Elías cerca de la montaña santa. Jesús recorre el mismo camino de los grandes líderes del pueblo de Dios, pues quiere con su conducta reafirmar la fidelidad y cumplimiento del proyecto salvífico de su Padre. También Jesús es líder e inicia una nueva etapa, esta vez definitiva, de la historia de su pueblo. En este empeño surgirá la prueba en la que aparece como antagonista del proyecto divino el adversario por antonomasia: Satanás, esa fuerza oscura que impide ver con claridad la forma de superar la prueba. Su espíritu confundidor introduce una visión distorsionada de la prueba y la convierte en tentación al ofrecer soluciones abiertamente contrarias al proyecto divino.

La tentación se apoya en el engaño y mentira que el Diablo ofrece como verdad apetecible ante el hombre necesitado de satisfacer su hambre de pan, de poder o de gloria. El hambre llevó a los hijos de Jacob a desplazarse a Egipto, que se convirtió en la gran tentación que acabó reduciéndolos a esclavos del Faraón. El bienestar que Egipto les brindó les hizo olvidar su condición de beneficiarios de la promesa hecha a su padre Abraham y así vivieron cuatrocientos años lejos de la tierra prometida. Y es que no solo de pan vive el hombre, también la promesa divina y su cumplimiento son vitales para dar plenitud al designio divino sobre su pueblo.

El poder y las alianzas con los demás pueblos pudieron ser la tentación de los grandes reyes de Israel, pero la historia a través de la cual se instala el designio divino en las sucesivas generaciones descendientes de Abraham se encarga de desenmascarar ese engaño y seducción reduciendo al pueblo al destierro en Babilonia, que sirvió para una reflexión profunda en torno a la verdadera alianza y fidelidad a la soberanía de Dios. Ningún otro poder o reino puede reclamar el tributo que sólo a Dios corresponde.

El Diablo se presenta ante Jesús como el señor del mundo y capaz de disponer de él a su antojo. La propuesta diabólica exige del Hijo de Dios que se postre ante Satanás y que reconozca su dominio y sus leyes para triunfar. Esta vez no es el hambre sino la ambición la prueba que Jesús tiene que superar, enseñando a los suyos, a los hijos de Abraham, que no deben sucumbir ante la propuesta diabólica que es la tentación de una ambición desmesurada.

La última prueba consiste en superar la tentación de abusar de la confianza en Dios y pedirle con exigencia milagros injustificados. Es Dios quien nos pone a prueba, nunca el hombre debe poner a prueba a Dios. Su soberanía y su bondad son las que inspiran nuestra confianza en Él, la tentación radica en que confiemos más en nosotros que ni somos soberanos ni siquiera buenos.

El tiempo de Cuaresma, nos ayuda a revisar nuestra vida de fe y a incrementar nuestro compromiso con el Señor. El color morado de las vestiduras litúrgicas nos recuerda la necesaria preparación y entrenamiento en la vida del creyente: es la conversión. Algo grande va a suceder y tenemos que estar bien dispuestos. La sencillez en la liturgia nos invita a fijarnos en lo esencial de nuestra fe: el encuentro con el Señor y el compromiso con el prójimo. La llamada a la oración, al ayuno y a la limosna son ejercicios donde la piedad y la vida van de la mano y nos ayudan a vivir la fe. Son unas semanas para crecer en la fe y renovar el encuentro con el Señor y nuestro compromiso eclesial.

El evangelio de las tentaciones de Jesús nos recuerda que el Señor también atravesó la tentación y la duda en distintos momentos de su vida. Este hecho nos puede resultar escandaloso o difícil de encajar, pero, al mismo tiempo, nos ayuda en nuestro camino de fe saber que nuestro Maestro también pasó por ellas. Los dilemas y la indecisión forman parte de la vida. Hoy ponemos nuestra mirada en Jesús para que nos ayude a superarlas. La satisfacción inmediata de un poco de alimento, el espejismo del poder sobre todas las cosas o la espectacularidad de las apariencias no despistaron a Jesús del auténtico Norte de su vida: acoger y cumplir la voluntad del Padre Dios. Eso siempre fue lo primero para Él y esa es la garantía en la lucha contra lo que nos aleja de Dios.

El pueblo de Israel también tuvo momentos de inseguridad y de duda en su relación con el Señor a pesar que había experimentado el compromiso de Dios con ellos como garantía de su fe. Creían porque Dios les había liberado y guiado en su camino hacia la libertad. Su itinerario hacia la tierra prometida no había sido fácil, sin embargo, sabían que Dios le había acompañado en todo momento. Su fe es la respuesta a su gran historia de salvación y de vida.

También nosotros podemos contemplar nuestra particular historia de salvación en la que descubrimos y sentimos la presencia del Señor que nos ha dado la vida y nos acompaña en todo momento, que nos ofrece un horizonte y nos propone un camino para alcanzarlo, que nos regala una familia, la Iglesia, con quienes vivir esta gran experiencia de amor. Con los labios y con el corazón también nosotros expresamos que hemos reconocido al Señor en nuestra vida y queremos acoger su voluntad y seguir sus pasos.

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 15, 5-12.17-18): *Así será tu descendencia.*

Salmo (26, 1bcd.7-9d.13-14): *«El Señor es mi luz y mi salvación».*

2ª lectura (Filipenses 3, 17 – 4, 1): *Él transformará nuestro cuerpo humilde.*

Evangelio (Lucas 9, 28b-36): *¡Qué bueno es que estemos aquí!*

Sólo la Palabra de Dios podría abrirnos una esperanza tan dinamizadora cuando vamos creciendo en la experiencia de la debilidad y deficiencias de nuestro cuerpo. “*Nuestro destino último no es la muerte*”. Al acabar nuestra existencia aquí en la tierra, Dios nos brinda a todas sus criaturas la incorporación a su Reino. Una invitación a ser “*ciudadanos del cielo*”, que pasa por la aceptación libre y responsable de ese don.

Soy consciente de que la sociedad española actual, y probablemente alguna más, no tiene demasiada confianza en las promesas. Sin embargo, el ser humano se estructura por dentro en su crecimiento humano y religioso a través de las promesas que realizan los padres a los niños pequeños. Cuando un progenitor promete al hijo que le dará lo que le gusta después de que coma lo que le gusta menos, no le está negando el cumplimiento de una promesa, sino que le ayuda a aplazar el cumplimiento de esa promesa. De esa forma, el ser humano (el niño) aprende así a esperar, ya que quien le ha prometido lo que le gusta es alguien en quien el niño confía y cree.

Para una persona cuya fuente de ingresos es la ganadería, la trashumancia en busca de pastos para sus ganados es obligatoria en la época de Abrahán (en torno al siglo XVII a.C.). La promesa de una tierra estable es seductora y pregunta: ¿cómo sabré que voy a poseerla? Dios hace una alianza con Abrahán integrando la promesa de ambas realidades: **«A tus descendientes les daré esta tierra»**. La fe en alguien implica un conocimiento relacional que es conocimiento de amor interpersonal. Por ello, se le cuenta como justicia (justicia de Dios, preñada de misericordia cuando el creyente reconoce su infidelidad o pecado).

Abrahán no consiguió la propiedad de la tierra, pero sí la descendencia en su hijo Isaac. Una promesa la vio cumplida y otra no. Dios, en su libérrima pedagogía, realiza las promesas cuando cree conveniente hacerlo. De esa forma, enseña al ser humano a esperar. De esa forma, enseña al ser humano a ser libre frente a la realización de las promesas: Dios promete descendencia, pero para que la fe de Abrahán no se fundamente en el don de Isaac, pedirá que lo sacrifique para que su fe se fundamente en Dios solamente.

La promesa hecha a Abraham es que sus hijos, su descendencia, serán como las estrellas del cielo. Sin quedarnos en la mera connotación numérica, cosa que escapa a nuestra comprobación, entendemos el diálogo de Dios como una invitación a mirar el futuro en lo alto, en el espacio celeste, y no agobiarse por la realidad terrestre que tanto limita nuestra existencia. No habrá futuro sin esa referencia clara al cielo, pero habrá que fraguarlo aquí en la tierra. De hecho, a la descendencia que se le asegura a Abraham desde su mirada al cielo se le promete la posesión de la tierra.

Es el primer apunte de nuestra ciudadanía extraterrestre; no somos sólo masa corruptible que abona y fertiliza en nueva masa hasta su destrucción definitiva. Somos como las estrellas, ciudadanos del cielo, llamados por Dios a ser copartícipes de su gloria e instalarnos definitivamente en el espacio divino. Partiendo de esa condición a la que hemos sido llamados como descendencia de Abraham hemos de seguir su historia viviendo esos hitos personales que definen la realización de nuestra fe.

Esta realidad vocacional que se apoya en nuestra libre respuesta a la invitación divina requiere elevar nuestra mirada al cielo para no olvidar ni deformar nuestra condición de invitados a poseer y dominar la tierra que nos ha sido confiada. No vale quedarnos absortos mirando al cielo y olvidarnos de que es aquí, en la tierra, donde está el entramado en el que nos movemos peregrinos hacia nuestra meta definitiva. Jesús es el modelo de respuesta a esta invitación ya que él mismo garantizó en su encuentro con el hombre la realización de ese caminar hacia el cielo venciendo todos los obstáculos que surgen en el entramado terrestre.

Es ahí, en la realidad de cada día, donde Dios nos cita y nos brinda la posibilidad de descubrir nuestra morada definitiva en el cielo. La voz de Dios que se percibe en los distintos hitos de nuestra historia personal se hizo realidad histórica en Jesús, pero siempre conservó esa dimensión de misterio que ofrece el rostro de Dios. Subir la montaña y contemplar la gloria de Dios no es un hecho fácil, ni siquiera podemos hacerlo solos. Necesitamos la humanidad de Jesús que nos invita a subir con él y allí, mirando al cielo, descubrimos esa confluencia de lo divino y humano al escuchar la voz de lo alto que nos presenta al hijo del hombre, al Jesús que vive y sufre la vida humana, como el Hijo predilecto de Dios.

El cristiano es el que cree en ese Jesús que no permite a los suyos instalar tres tiendas en lo alto de la montaña, sino que les urge que le acompañen hasta Jerusalén para ser testigos de su pasión y muerte, etapas previas de su resurrección. No podemos alardear de ser ciudadanos del cielo para menospreciar o rehuir las exigencias de nuestra vida en la tierra, pero es bueno hacer un esfuerzo por llegar a la cima de la montaña y cobrar fuerzas al contemplar la gloria que nos espera.

SAN JOSÉ, ESPOSO DE MARÍA

1ª lectura (2º Samuel 7, 4-5a.12-14a.16): *El Señor Dios le dará el trono de David.*

Salmo (88, 2-3.4-5.27 y 29): *«Su linaje será perpetuo».*

2ª lectura (Romanos 4, 13.16-18.22): *Creyó contra toda esperanza.*

Evangelio (Mateo 1, 16.18-21.24a): *José hizo lo que le mandó el ángel del Señor.*

Hoy se celebra la fiesta del Padre, conmemorando a San José, que fue santo y cumplió de una forma singularísima la función de padre del Hijo de Dios. Es curioso que este santo no fue un Santo Padre, título que damos al Sumo Pontífice; ni mucho menos el Padre Santo, título que reservamos para referirnos a nuestro Padre del Cielo, como primera persona de la Santísima Trinidad. Pero él fue el primero en aceptar el misterio de una paternidad divina que se hace histórica en el seno virginal de su esposa María Santísima.

Celebrar la fiesta de San José es sumarnos a esa actitud de fe frente al misterio del que llamamos también patriarca por su homogeneidad en la fe de Abrahán. Fe en el Dios que puede sacar hijos de Abrahán de las piedras como indicándonos un nuevo tipo de filiación que no se limita a la descendencia carnal, pero no por ello menos real. Abrahán fue el primero que profesó esta fe en la paternidad divina al creer convencido de que el sacrificio de su hijo no le iba a privar de esa descendencia que Dios le había asegurado.

Sólo desde el respeto que merece el misterio insondable de la Encarnación se puede venerar al varón honrado y justo que fue San José. A él le correspondió la difícil tarea de salvaguardar la maternidad de María como obra del Espíritu Santo. El texto bíblico nos habla de la dificultad enorme que entrañaba esta tarea, y describe a José sumido en la duda sobre el embarazo de María. Pocas noticias nos da el evangelio sobre José, pero sí las suficientes para admirar la exquisitez de un varón honrado que no quiere empañar lo más mínimo la incipiente y misteriosa maternidad de su esposa.

San José nos introduce de lleno en el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios y es el primero que vive en su propia carne ese misterio que comparte con su esposa María. Ningún razonamiento humano es de por sí suficiente para quitar las dudas ni a José ni a María; solo la fe de ambos, su confianza plena en la palabra de Dios que acogen sin reserva, les abren un nuevo horizonte y les convierte en los colaboradores singulares de esa acción histórica de la Encarnación del Hijo de Dios.

Esta paternidad singular de José pone de relieve que toda paternidad humana es pura analogía con la paternidad de Dios, de quien procede toda generación, dado que es el origen y causa de todas las cosas. Abrahán fue el primero que profesó esta fe en la paternidad divina al creer convencido de que el sacrificio de su hijo no le iba a privar de esa descendencia que Dios le había asegurado.

San José se convierte así en padre singular, que de forma extraordinaria pone de relieve que toda paternidad tiene su origen y última causa en Dios. Esa es la dimensión religiosa y creyente por la cual San José puede ser considerado modelo de paternidad y en su día puedan los creyentes celebrar el “*día del padre*”. Al mismo tiempo la fe recuerda a los padres naturales que sus hijos llegan a la plenitud de la filiación cuando participan de la filiación divina.

La figura de San José queda dignificada cuando muestra esa dimensión de fe, que le hace aceptar la voluntad divina con la alegría de saber que no tiene que abandonar a María su esposa, y que además ha sido considerado digno de cuidar como padre al propio Hijo de Dios encarnado. Debemos cuidar esta visión religiosa de San José y aprender a aceptar las tareas que Dios nos confía sin temor a que las dificultades que conlleva acaben echándonos atrás y abandonando la misión o tarea que se nos confía. Y es que la fuerza de Dios no anula el vigor humano, sino que le aleja del deterioro que produce todo consumo y le orienta hacia la plenitud y consumación definitiva en el cumplimiento de la voluntad divina.

Nadie como José pudo compartir con María la vivencia del misterio de la Encarnación. A él ningún ser humano podía explicarle un misterio que tampoco él podía negar; sólo un ángel, una voz caída del cielo, pudo serenar su ánimo e infundirle la misma actitud de respeto por la acción del Espíritu que la que había llevado a María a convertirse en madre del propio Hijo de Dios. ***«No tengas reparo en acoger a María como esposa tuya, pues lo que ha concebido es obra del Espíritu Santo».***

Ninguna razón humana, que no fuera el gran amor y cariño que José ciertamente sentía por María, pudo aprobar la voz del ángel. Ahí es donde brilla el amor del esposo de María, el amor de quien quiere a su esposa más allá del beneficio inmediato, el amor de quien acepta en su esposa una maternidad que trasciende sus propias posibilidades. Ser padre ante los hombres sin ser obstáculo para la paternidad de Dios, la que el Espíritu Santo se encargó de hacer fecunda en las entrañas de María, no resultó para José una tarea fácil. Pero su fe en Dios, al igual que la fe de Abrahán, le hizo comprender lo que más tarde proclamaría su Hijo Jesús a sus contemporáneos: ***«No llaméis padre a nadie, pues uno sólo es vuestro Padre, el del cielo».***

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

1ª lectura (Éxodo 3, 1-8a.13-15): *Yo soy el que Soy.*

Salmo (102, 1b-4.6-8.11): *«El Señor es compasivo y misericordioso».*

2ª lectura (1ª Corintios 10, 1-6.10-12): *La mayoría no agradaron a Dios.*

Evangelio (Lucas 13, 1-9): *Si no os convertís, todos pereceréis.*

¿En qué Dios creemos los que creemos en Dios? No es un juego fácil de palabras, sino una pregunta necesaria y no fácil de contestar. Todos conocemos a personas que dicen ser “*muy creyentes*” y luego ser injustos, duros e inmisericordes. Estas personas hacen sus juicios y sus condenas, y las proyectan en Dios, de forma que están convencidos de que Dios es como ellos: duro, justiciero e inmisericorde. Estas personas tienen más una fe ideológica (sea la ideología que sea) que una fe de encuentro con el Dios que se revela en Jesús.

La conversión tiene precisamente esta misión. No dejarnos en nuestros esquemas, en nuestras “*zonas de confort*”, como se dice ahora. La conversión nos obliga a salir de nosotros mismos, a ponernos en camino, a arriesgar; incluso a tener que desprendernos de antiguos lastres y aceptar una nueva visión del mundo, de la fe, de Dios mismo. Convertirse es permitir que Dios entre en nuestra vida.

Dios siempre sorprende. El Dios bíblico es sorprendente. Moisés no buscaba apasionadamente a Dios. Quizá no tenía demasiado interés en él. Dios, sin embargo, se le aparece de repente, por sorpresa. Como Moisés no sabe con quién está hablando, se tiene que identificar: *«soy el Dios de tus padres»*. Pero más aún, Moisés se queda sorprendido por esta manifestación: no sabe ni con quién se está comunicando ni qué quiere. Dios se revela como YHWH, como el Señor: Señor de la historia y de la humanidad. Es un Dios de libertad que quiere que su pueblo sea libre. Moisés asiste asombrado a esta irrupción de Dios y a un cambio radical de su vida. Cuando Dios entra en nuestra vida, la transforma.

Una vida sin sentido ha dado origen a muchas gentes a entrar en un grado de desánimo que les ha convertido en auténticos parásitos de la sociedad. La solución no es eliminarlos de cuajo, tal como sugiere la primera expresión del evangelio ante el agricultor que se encontró con esa higuera que no da fruto. ¿Para qué va a ocupar terreno de balde?

Hay que salir de nuestras fijaciones, seguridades y controles para atrevernos a caminar y avanzar en el plan de Dios de Jesús. No basta con estar instalados, plantados, arraigados. Jesús en el evangelio nos invita a esta transformación interior, a este atrevernos a cambiar, a dar buenos frutos. La higuera no es un árbol para dar sombra, o para madera, sino para dar frutos. Una higuera que no da frutos es como un seto que no separa ni oculta, o una flor que no da ni buen olor ni tiene un color llamativo. Jesús, como debe ser, le pide frutos a la higuera, pero ¿y si no está regada? ¿y si es un mal año? La parábola concluye reflexionando que hay que saber esperar. Así es Dios, tiene paciencia, más que nosotros. Dios nos pide que crezcamos como personas, como creyentes, y al mismo tiempo siempre nos sabe dar tiempo para que hagamos nuestro propio camino.

El evangelio nos ofrece una propuesta de cambio radical. Si queremos seguir en el símil agrícola descubrimos que cavar alrededor, sanear sus raíces y alimentarlas con abono fecundante abre una esperanza de recuperación y pervivencia. Es lo que llamaríamos en términos cuaresmales profundizar en las razones de nuestra existencia, purificar las fuentes de nuestra vida y transformar nuestros males en ocasiones fecundas que alimentan nuestra humildad y nos hacen sentir la necesidad de elevar nuestra mente a lo alto y crecer en virtud.

La cuaresma sería ese espacio de tiempo para abordar el tratamiento de esa higuera (símil evangélico de nuestra existencia), para que al final del mismo no presente ese aspecto de esterilidad y sin sentido que nos haría ocupar un terreno en balde. La conversión como terapéutica reconstituyente necesita un espacio y un tiempo para producir sus frutos. No basta una decisión precipitada, sino que tiene que venir acompañada de reflexiones profundas y meditadas capaces de oxigenar la tierra en que nos movemos, los criterios por los que nos regimos y facilitar el crecimiento de nuestra libre voluntad.

Si la conversión no es una auténtica renovación de nuestra existencia corremos el riesgo de ir perdiendo lozanía a pesar de que alguien acuda a cobijarse bajo nuestra sombra cada vez menos frondosa. El evangelio advierte el riesgo de ese descuido que puede llegar a convertir nuestra vida en un árbol árido, incapaz ya de dar frutos. No quiere el evangelio insistir en que ya llegó el tiempo de la siega, sino en la posibilidad de recuperar el tiempo perdido, de acometer una acción eficaz y transformadora, capaz de devolver el sentido a nuestra vida vacía y sin sentido.

Agradar a Dios es dar frutos en nuestra vida, es tomar decisiones y realizar aquellas obras que cumplen el designio divino que dio origen y sentido a nuestra existencia. Nadie debería sentirse satisfecho de la frondosidad y fecundidad de su vida, ya que los frutos no son aquellos que puedan parecernos sabrosos a nosotros mismos, sino los que agradan al dueño de la higuera, a nuestro Padre que nos plantó en su viña.

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

1ª lectura (Josué 5, 9a.10-12): *Los hijos de Israel celebraron la Pascua el día 14 del mes.*

Salmo (33, 2-7): *«Gustad y ved qué bueno es el Señor».*

2ª lectura (2ª Corintios 5, 17-21): *Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo.*

Evangelio (Lucas 15, 1-3.11-32): *Padre, he pecado contra el cielo y contra ti.*

En muchas ocasiones y de muchas maneras diferentes sucede que en nuestro caminar por la vida nos encontramos con dificultades, tanto dentro como fuera de nosotros mismos, personas en construcción común, de nuestra casa común y de las cosas materiales para llegar a ser lo que somos, a hacer lo que debemos y a tener lo necesario para hacerlo. Pero hay que decir también que, en algunos casos, también tenemos la dicha de encontrar en esa construcción los materiales necesarios, las personas adecuadas y los planes convenientes y seguros que personas anteriores a nosotros ya construyeron una vida digna.

El evangelio de Lucas nos presenta la parábola más conocida como “*la parábola del hijo pródigo*”, que bien podría llamarse “*la parábola del padre amoroso*”. Todo el relato parece un comentario amplio de la antigua afirmación del salmista: **«Como un padre se enternece con sus hijos, así se enternece el Señor con sus fieles»** (Salmo 103, 13).

Ha sido necesario recurrir a esta imagen de la paternidad amorosa de Dios para explicar lo que significa el proceso abierto en el corazón del hombre pecador, que sigue fiel a su condición de hijo de Dios. Porque es claro que el perdón divino no es un seguro de impunidad, como si Dios no se enterase del mal que hacen los hombres. Así piensa el presuntuoso que se atreve a desafiar a Dios diciendo: “¿*Lo va a saber Dios, se va a enterar el Altísimo?*”. Algo similar a lo que el hijo pródigo hace con su padre al exigirle que le dé la parte que le corresponde.

El hijo menor, quiere tener su casa para él solo; vivir a su aire sin pensar en el futuro; trabajar solo si lo necesita para comer, aunque no es él el que pone las condiciones del contrato. Su vida se va a parecer más a la de los cerdos que a la de las personas. **«Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, (...) trátame como a uno de tus jornaleros»**. Busca una segunda oportunidad, un comenzar de nuevo, aunque sea en otra condición, la de jornalero y no la de hijo. Pero se va a llevar una sorpresa porque el buen padre no acepta ese camino. Las personas somos sus hijos siempre y no jornaleros. Y también hermanos.

Dios Padre no abandona a su hijo a pesar de que el hijo abandone la casa paterna. La palabra de Dios nos advierte que no valen esas condenas fáciles que auguran desgracias continuas a quienes se apartan de la Ley de Dios. No es ese el tenor del corazón de Dios. Su amor paternal no cesa por el hecho de que el hijo haya optado por la rebelión; Dios continúa queriendo como padre a su hijo rebelde a pesar de no aprobar su rebeldía; espera con paciencia y alienta el retorno de su hijo.

El hijo mayor forma parte de los “*viejos*” israelitas: **«Cuando comenzaron a comer del fruto de la tierra, cesó el maná. Los israelitas ya no tuvieron maná, sino que aquel año comieron de la cosecha de la tierra de Canaán»**, quiere seguir comiendo maná y no la cosecha de la tierra que es de todas las personas, que la trabajan todos y que la disfrutan todos en la cosecha y en la comida compartida. *¿Dónde queda entonces la justicia, los derechos y beneficios de los justos, de aquellos que nunca ofendieron a su Padre?* Esa es la voz del hijo mayor que no comprende la alegría de su padre por el retorno de su hermano; es la voz del que reclama para sí como un derecho lo que es pura benevolencia paterna.

La respuesta la da el padre: **«Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo»**. También el amor paterno, la benevolencia y la alegría por el retorno de su hermano debería apaciguar las exigencias de una reclamación que mucho se parece a la del hermano menor cuando pedía a su padre que le diera todo lo que le correspondía. La diferencia la marcaba la fidelidad del hermano mayor frente a las exigencias del menor. La casa del padre eclipsa estas diferencias y une a ambos hermanos en un clima donde la benevolencia del padre satisface con creces todas las exigencias.

Pero, **¿Cómo termina la parábola?** Esto es lo mejor, la parábola parece que no tiene final. No dice si el hijo mayor entró a la fiesta. Y del pequeño tampoco sabemos si se quedó en la casa o se volvió a marchar. Solo sabemos que el padre se quedaría a cuidar la casa, a acoger a los que vuelven, a mostrar que todo lo que hay en la casa, trabajo incluido, es de todos los que viven en ella. Y, cuando sientan la necesidad de hacer fiesta, de amigos, cuenten con la casa común y con lo que hay en ella, que para eso está.

El Padre, ha preparado la casa para todas las personas; para las que viven y trabajan en ella, para las que se van y vuelven cuando lo sienten necesario. Hay trajes y otros signos para vestirse de fiesta. Ropas adecuadas, comida abundante para las gentes que entran al banquete. San Pablo nos lo dice de otra manera: **«El que es de Cristo es una criatura nueva. Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado»**. La construcción vieja de una casa para cada uno la vamos abandonando por una casa común en la que todas las personas encontremos nuestro sitio y nuestra tarea, y la desarrollemos con responsabilidad.

DOMINGO QUINTO DE CUARESMA

1ª lectura (Isaías 43, 16-21): *Mirad que realizo algo nuevo.*

Salmo (125, 1b-6): *«El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres».*

2ª lectura (2ª Filipenses 3, 8-14): *Yo lo persigo, a ver si lo alcanzo.*

Evangelio (Lucas 8, 1-11): *El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra.*

Es el inicio de la mañana, Jesús viene de estar a solas, en silencio, en el monte de los Olivos, como tantas madrugadas. Se sienta en la plaza del templo, escucha y habla con la gente. Jesús les habla de un Dios saludable, de un Dios que es infinita misericordia. Y las palabras de aquel profeta sanaban su mente y su alma de imágenes inhumanas y malsanas sobre Dios. Ese día, la calma de la mañana es rota muy pronto por la algarabía de un grupo de hombres que vienen hacia el templo trayendo a empujones y a rastras a una mujer. La van a apedrear. Es lo que manda hacer la ley con las adúlteras.

Y se plantan delante de Jesús. Lo que le preguntan ya lo sabemos. La mujer está allí, en medio de aquella jauría, temblando de miedo. Sabe que la van a matar. El griterío no cesa. Por fin, Jesús sin ponerse en pie y buscando su mirada les dice: **«El que esté libre de pecado que le tire la primera piedra»**. Al poco, el griterío desciende, apenas va quedando en un murmullo, hasta que únicamente queda el silencio. El mal suele hacer mucho ruido, en cambio el bien actúa en silencio. La mujer no acierta a explicarse qué ha sucedido. Ni siquiera es consciente de las palabras de Jesús, tanto es el miedo que tiene. Ve que sus acusadores se van, que se alejan y que ella se queda allí, sola, en mitad de la plaza, en medio del mundo, frente a este hombre que con su palabra ha puesto en fuga a quienes querían matarla en nombre de la ley, en nombre de Dios. Jesús se incorporó de nuevo y cuando sus ojos se encontraron ella se sintió salvada. Hay miradas que matan y miradas que salvan.

¿Qué escribía Jesús en el suelo? Me lo pregunto siempre que releo este texto. ¿Qué escribía? Antonio Buero Vallejo también se lo preguntaba en la obra teatral *“Las palabras en la arena”* (1949). Hagamos un esfuerzo por adivinar. Entremos en la escena. ¿Qué escribía Jesús en el suelo? Antonio Buero Vallejo dice al final de la obra, poniendo fin a la intriga y al misterio, que Jesús escribía esta palabra: *“asesinos”*. Es posible. Yo quiero pensar que Jesús escribía, en una sola palabra, el nombre de todas las mujeres que a lo largo de la historia han sido silenciadas, arrinconadas, maltratadas y asesinadas y, todo ello, justificado por culturas machistas, por leyes civiles y religiosas hechas por varones. Permitamos que Jesús nos mire a los ojos y nos diga, por tantas cosas que pensamos, decimos y hacemos: **«el que esté libre de pecado que le tire la primera piedra»**.

Resulta evidente que la misión de Jesús es salvar lo que está perdido. Nada escapa a su acción salvífica, ni siquiera el propio pecador, a quien Jesús no condena. No se trata de una condescendencia del Hijo de Dios con el pecado, sino de una acción que busca eliminar al pecado liberando al pecador de la esclavitud de Satanás. Cuando Jesús se encuentra con la mujer pecadora, a quien están dispuestos a apedrear los escribas y fariseos dando así cumplimiento a la ley, el Maestro se atreve a enfrentarse con los maestros de la ley enseñándoles con autoridad que no es la justicia de la ley la que salva, sino la justicia de Dios que se apoya en la fe en Él. Reconocer al Señor, nuestro Dios, en Cristo es una tarea que solo acabará cuando hayamos sido capaces de aceptar su vida como el prototipo de nuestra existencia, hasta el punto de poder decir que es Cristo quien vive en mí.

La identificación de nuestra existencia con la condición teátrica (Dios-hombre) de Cristo es la que nos hace capaces de correr aún a sabiendas de que no hemos alcanzado la meta, pues esta pasa por llegar a morir la misma muerte de Cristo y conseguir así, por pura gracia, el mismo premio que Él ya obtuvo para nosotros. De nada vale nuestro pasado si no es punto de arranque para seguir adelante. El profeta Isaías lo formula con gran contundencia: **«No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis?»**. Tenemos que olvidarnos de lo que queda atrás y mirar hacia adelante. Resulta mezquino y, en el caso que nos presenta el evangelio, injusto condenar por el pasado sin abrir nuevos horizontes salvíficos.

Jesús no condena a la adúltera, y por supuesto considera injusto que sus acusadores la apedreen. Para impedir lo que ellos están dispuestos a ejecutar observando la ley, les recuerda su condición de pecadores y por tanto faltos de autoridad moral para condenar. Jesús sí tiene esa autoridad y sin embargo Él no condena, porque su misión es salvar y no condenar. Él ha venido a salvar a los pecadores, a convertir su corazón contaminado en un corazón puro y agradecido. Para ello invita a la pecadora a mirar hacia adelante con ese corazón nuevo que le ha procurado la misericordia y bondad del Hijo de Dios.

Volver al pasado, detenerse en él y en sus consecuencias, es mermar fuerzas necesarias para colaborar con ese regalo generoso que Dios nos hace al invitarnos a mirar hacia adelante y continuar corriendo hacia la meta de nuestra vida. ¡Cuánto tiempo perdido mirando hacia atrás! Conviene recordar la historia bíblica de la mujer de Lot, la dignidad que requiere seguir a Jesús el Salvador, que no nos permite echar una mirada atrás; pero sobre todo nos conviene recordar que nuestra vida está al final de nuestra existencia y que es allí donde nos espera el premio que Dios nos tiene reservado.

DOMINGO DE RAMOS

Evangelio (Lucas 19, 28-40): *Os digo que, si estos callan, gritarán las piedras.*

1ª lectura (Isaías 50, 4-7): *El Señor Dios me ayuda.*

Salmo (21, 9-9.17-18a.19-20.23-24): *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»*

2ª lectura (Filipenses 2, 6-11): *Cristo Jesús, se despojó de sí mismo.*

Pasión (Lucas 22, 14 – 23, 56): *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.*

Comenzamos los días más importantes para los cristianos, en los que vemos a Jesús entrando en Jerusalén, dándose a todos como Alimento, haciéndose servidor humilde, muriendo en la Cruz, y resucitando para vencer la muerte. Hondas lecciones de Amor, de Obediencia, de entrega y de Vida Plena. Lecciones para el mundo entero, y para nosotros, que queremos seguirlo. Pero no son unas “fiestas más”, unos días de celebración que ya tocan. Nos metemos de lleno en lo esencial de nuestra fe: todo es preparación de lo nuclear, la resurrección. Ya lo dirá Pablo: **«Si Cristo no ha resucitado nuestra fe no sirve de nada»**.

Al narrarnos el evangelista la entrada solemne de Jesús en Jerusalén ha querido marcar el carácter pacífico de su realeza. En la tradición antigua de Israel los reyes entraban victoriosos en la ciudad montados sobre un asno y no sobre un caballo que era más bien la cabalgadura de los guerreros. El texto profético de Isaías presta las imágenes al evangelista para narrarnos la gran liberación que va afectar esta vez a toda la humanidad. Lo que no pudieron conseguir las armas, ni las alianzas humanas, lo consigue el Mesías, rey pacífico que anuncia el nuevo orden definitivo, el que comenzará cuando haya vencido al último enemigo, a la misma muerte.

La entrada en Jerusalén no es la apoteosis de un guerrero vencedor, sino la proclamación del Mesías soberano en clave de paz. Es el preludio de la semana grande en la que el Siervo de Yahvé culminará su tarea como Mesías. Su victoria consiste en que no sucumbirá ante los enemigos, antes bien recibirá el honor y la gloria del justo, del que es proclamado Señor del universo.

El Mesías, rey pacífico, destruye la esperanza de todos los mesianismos poderosos y triunfantes, que anhelaban la liberación de las potencias extranjeras y su dominio sobre ellas. Jesús, en cambio, se rebajó hasta someterse a la muerte, y una muerte de cruz, sin perder por ello la gloria del Mesías vencedor. Esa es la gran lección que aprenden los primeros cristianos de cuanto le ha sucedido a Jesús en su pasión y muerte. Iluminados por la acción del Espíritu descubren que el dolor y la cruz no son la meta, sino el camino de la salvación. La meta es la gloria de la resurrección.

Esa mezcla de gloria y de dolor la ha conservado la liturgia de la Iglesia en la celebración del domingo de Ramos exaltando por una parte al Rey pacífico que entra aclamado en la ciudad de Jerusalén, y por otra nos narra con amplios detalles la pasión y muerte del Siervo de Dios, el Mesías anunciado por el profeta. No es un clima de fracaso el que respira el cristiano que participa con respeto en la liturgia, pero sí se siente sumido en el misterio del dolor de la cruz, cuando acompaña al propio Dios hecho hombre que no ha eliminado el sufrimiento en la realización de su tarea salvífica.

El Domingo de Ramos es el inicio de estos días en que nos sentimos invitados a acompañar a Jesús, y a identificarnos tanto con Él que de verdad sepamos llevar su Amor a los hermanos. Jesús viene en nombre del Señor, y lo aclamamos también con ramos y cantos porque es nuestra Paz. Montado en un pollino, que es tanto como decirnos que es posible la sencillez, la entrega y la paz entre todos, y la reconciliación entre las personas y los pueblos

Ante la dificultad, la negación de los suyos, el abandono de los cercanos y hasta el aparente abandono de Dios, ni se resiste ni se echa atrás. Confía en la entrega del Padre, y sabe que nunca quedará defraudado. De condición divina ¡el Hijo de Dios! Toma obediente la condición de esclavo y se humilla hasta la entrega total. Por eso Dios lo exalta y le da el Nombre sobre todo nombre. Clavado en una Cruz sigue siendo Vida y acogiendo con Él a todos los crucificados de la vida por el desamor, la duda y la violencia. Hasta en la Cruz se apunta la Vida para Jesús y para todos.

¿Por qué el sufrimiento, la cruz y hasta la muerte continúa amenazando al hombre con su implacable presencia? Esa es la condición humana que Cristo no rehuyó asumir a pesar de ser Dios. Jesús es la respuesta al dolor y al sufrimiento, no la causa del mismo; la causa hay que buscarla en el desequilibrio que introdujo el pecado en el mundo. La Cruz es sementera de Vida Resucitada. Donde parece reinar la muerte, hay promesa de Vida. Volvamos al evangelio que hoy proclamamos. Algunas Palabras de Jesús las conocemos ya, todas son de perdón, de confianza y de entrega a Dios: - **«Tomad esto, repartirlo entre vosotros; Pan y Vino, Cuerpo y Sangre que se entrega para la Vida del mundo»**- (Eucaristía): - **«Entre vosotros, quien quiera ser el mayor, que se haga el esclavo de todos»**- (Servicio): - **«No se haga mi voluntad, sino la Tuya»**- (Obediencia): - **«Tú lo has dicho: soy el Hijo de Dios, el rey de los judíos»**- (Grandeza): - **«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»**- (Perdón): - **«Hoy estarás conmigo en el Paraíso»**- (Promesa): - **«Padre, en Tus manos encomiendo mi espíritu»**- (Confianza en Dios).

JUEVES SANTO

1ª lectura (Éxodo 12, 1-8.11-14): *Es la Pascua, el Paso del Señor.*

Salmo (115, 12-13.15-18): *«El cáliz de la bendición es comunión de la sangre de Cristo»*

2ª lectura (1ª Corintios 11, 23-26): *Haced esto en memoria mía.*

Evangelio (Juan 13, 1-15): *No todos estáis limpios.*

Lo que sucedió puntualmente en la primera alianza en el Sinaí se reanuda en la nueva alianza que consagra definitivamente el amor de Dios como acto sublime de servicio y sacrificio sin reservas, es la entrega, el don sin límites, que alimenta cada día a los hombres. Es el amor, el amor de Dios que se hace vivo en el amor de cada día.

La celebración de la Pascua, anticipada por Cristo en la Última Cena con sus discípulos, constituye el marco en el cual Jesús consagra el amor desde el servicio al sacrificio. El recuerdo de la salida de Egipto, verdadero memorial de la acción salvífica de Dios, aporta elementos de reflexión sobre la esclavitud a la que el hombre estaba sometido antes de esa acción liberadora. La esclavitud degrada al hombre en su condición de servidor, de colaborador en la tarea de desarrollo y crecimiento del proyecto creador de Dios. Nadie, ni amo ni servidor, puede obligar o ser obligado a esta tarea de colaboración.

Un año más, nos reunimos convocados alrededor del altar, y el motivo central de esta celebración es la institución de la Eucaristía, cuando el Señor se reúne con los discípulos a celebrar la Pascua. Pero la Eucaristía que el Señor instituye es la manifestación del amor de Dios, por lo que de la institución deriva el gran mandamiento de la nueva Ley: **el Mandamiento del Amor**. A la vez y, para perpetuar su sacrificio hasta su segunda venida, capacita a los doce para que realicen este mismo gesto hasta su vuelta, por lo que podemos considerar este Jueves Santo, también, como el día de la institución del sacerdocio.

En la celebración pascual, el Señor instituye el que será el memorial del único sacrificio redentor, sacrificio, no de animales, sino del único Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, banquete de comunión en que Cristo mismo se da como alimento. El pan partido será su cuerpo entregado; la copa de vino, su sangre derramada. Instituyendo este memorial, el Señor nos indica la participación sacramental de los discípulos en el sacrificio redentor y nos introduce hasta el fondo del misterio eucarístico haciéndonos llegar a cada uno el don divino hecho al mundo en la Encarnación. Por tanto, el cristiano que, mediante el banquete de comunión participa de este sacrificio se convierte en miembro de Cristo. Es pues la Eucaristía la que hace la Iglesia.

Si la Eucaristía es la manifestación del amor de un Dios que haciéndose carne y muriendo por nosotros nos hace miembros de su cuerpo, al participar del banquete eucarístico, adquirimos el compromiso de manifestar al mundo el mandamiento del amor. Porque Dios nos ha amado primero, tenemos que amarnos unos a otros con un amor de entrega y comunión, un amor que tiene que generar la unión de los hombres entre sí y de los hombres con Dios; amor que está anunciado y significado en el gesto que realiza el Señor de lavar los pies a los discípulos y que genera la obligación de lavarnos los pies unos a otros. Pero para que esta unión sea posible a través del gesto eucarístico capacita a los doce y a sus sucesores para que, a través de la historia, sean los dispensadores de sus misterios hasta su segunda venida. Es, pues, la Iglesia la que hace la Eucaristía. Partir y compartir el Pan de la Eucaristía supone, el compromiso de vivir el amor a los hermanos.

La fiesta de hoy consagra el amor como una de las realidades más sublimes que dan sentido a la vida. No es el amor de un acto heroico que surge espontáneamente y consagra en bondadosa a la persona que lo realiza. El amor es fundamentalmente efusión de la bondad sin reparo alguno ante la falta de correspondencia. Eso es al menos lo que nos enseña Jesús en ese acto sublime de postrarse ante los pies de sus discípulos. Es un gesto sencillo, cotidiano e irrelevante, que introduce una nueva enseñanza: el servicio ha de prestarse siempre en plan de igualdad, con respeto mutuo y aceptación alegre de las diferencias. Para ello el servicio no es un trampolín para conseguir éxitos o gloria, sino simplemente amor al prójimo, deseo de participar compartiendo nuestro bien con el otro.

Dar gracias a alguien por un bien recibido es algo que estimamos digno, pero siempre tiene el límite de nuestra apreciación y estima por el bien que se nos ha dado. De ahí que sean los más necesitados los mejor agradecidos a menos que su necesidad se vea más como exigencia que como carencia. Nos sentimos humillados cuando carecemos de algo y nos cuesta mucho reconocer que no todas las carencias son fruto del egoísmo de los demás. Hay muchas carencias que radican en nuestra indolencia, en la falta de desarrollar nuestras posibilidades y sobre todo porque nos cuesta aceptar nuestra humilde condición de pobres. Resulta muy difícil ser agradecido cuando uno carece de la autoestima más elemental. Jesús abrió un nuevo horizonte para todos aquellos que se sienten marginados al instalarse en su situación angustiosa por puro amor hacia los demás. El Maestro enseña a sus discípulos a amar sin límites; el amor que él siente por los suyos es la prolongación del amor que su Padre tiene para con Él. Todo lo que Él ha recibido no ha sido para exaltarle y hacerle triunfar, no ha sido para demostrar a los hombres que Dios está por encima de todo y de todos, sino para afirmar que Dios quiere al ser humano y está dispuesto a dar su vida por él. Jesús instituye la Eucaristía, la forma más digna de dar gracias al Padre, como un acto sublime de amor.

VIERNES SANTO

1ª lectura (Isaías 52, 13 – 53, 12): *Despreciado y evitado por los hombres.*

Salmo (30, 2.6.13-13.15-17.25): *«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu».*

2ª lectura (Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9): *Aprendió, sufriendo, a obedecer.*

Pasión (Juan 18, 1 – 19, 42): *Si me buscáis a mí, dejad marchar a estos.*

No podemos prescindir del entorno pascual que acompaña al sacrificio por antonomasia cual fue el sacrificio de Jesús, el Hijo de Dios encarnado. La imagen del cordero pascual ofrecido como víctima alcanza su pleno significado en la muerte de Cristo. Jesús se ofrece en sacrificio expiatorio al Padre para cancelar el protocolo de enemistad que existía entre el hombre y Dios. A partir de la muerte de Cristo la humanidad tiene abierto el acceso al Padre. La resurrección de Cristo es la garantía de que la victoria sobre la muerte, consecuencia del pecado, es definitiva para todos aquellos que creen en Jesús.

Hay una lectura triste y dolorosa del hecho de la pasión de Cristo y hasta podemos rebelarnos ante la idea de un Padre exigente que requiere la muerte de su hijo para cancelar la deuda de la humanidad contraída por el pecado de Adán. ¿Cómo nos va a alegrar ver a un Padre que no perdona a su Hijo, el predilecto, y le deja morir desangrado en la cruz? Ante nosotros queda el misterio y nos resistimos a adentrarnos en él; preferimos nuestros razonamientos y consideramos que no era necesaria tanta crueldad para satisfacer las exigencias del Padre.

Sin embargo, ahí está la voz de Dios que ilumina con su verdad el misterio insondable del amor de Dios al hombre. Su Hijo, engendrado por el Amor del Padre, se ofrece voluntariamente para salvar al hombre, que se había alejado del designio creador y se había instalado en el reino de la confusión, de las sombras y de la muerte. Al aceptar Jesús esta misión entra en un universo en el que la muerte tiene poder; por eso podemos decir que Jesús acepta esa condición mortal sin que por ello se niegue a cumplir su misión. Su reto será vencer en ese reino de sombras y de confusión y acabar con la muerte como último destino del hombre.

El cordero pascual, el primogénito del rebaño, sacrificado para alcanzar el favor de Dios en clave de fecundidad, cobrará nuevo sentido la noche del éxodo cuando la sangre del cordero se convierte en signo salvífico para el pueblo de Dios. En plena celebración de la fiesta del cordero, en la misma cena pascual, Jesús anuncia que Él será sacrificado, entregado a la muerte para dar vida con su sangre a todos los que comulguen con Él. El mensaje y el ejemplo de la pasión de Cristo nos hace comprender que sin sacrificio no logra el ser humano aceptarse a sí mismo y acaba perdiendo su vida sin sentido. Nos resistimos a ser víctimas y nos cuesta hacernos violencia como Jesús en Getsemaní: **«Si es posible pase de mí este cáliz, pero hágase tu voluntad».**

Nuestro evangelio de hoy no es un texto breve, sino el relato de los últimos acontecimientos de la vida del Señor según nos los ha transmitido san Juan. Después de haber escuchado su proclamación seguida, sería bueno que en casa lo pudiéramos leer despacio y detenernos en una escena, en una frase, para hacer oración. La finalidad de este relato, como nos indica el autor al final del mismo, es para que **«también vosotros creáis»**. Es un precioso relato destinado a fortalecer nuestra fe en el Señor.

«He aquí el hombre». Esta es la famosa frase de Pilato en el pretorio cuando, después de mandar azotar a Jesús, lo presentó de nuevo a los judíos que allí se habían congregado. Es una frase incorrecta y también cobarde. Jesús no es solo el **«hombre»**, Jesús es Dios mismo y sí, es también Rey. Pilato no pudo o no quiso entender que el reinado de Jesús no quería rivalizar con el poder del César y condena a Jesús a muerte para evitarse problemas con los judíos. Sin embargo, nuestra propuesta es mirar más a Jesús que a Pilato.

En el diálogo en el pretorio con el general romano Jesús dijo: **«Todo el que es de la verdad escucha mi voz»**. Acto seguido Pilato vuelve a preguntar a Jesús: **«¿Y qué es la verdad?»**. Curiosamente esta pregunta queda sin respuesta por parte de Jesús. ¿Por qué? No lo sabemos, pero quizá el evangelista nos pide que nos detengamos aquí. Y claro, nosotros sí conocemos la respuesta, nos la da el mismo Señor: **«Yo soy el camino, la verdad y la vida»**. Este **«hombre»**, vestido de púrpura, coronado de espinas, azotado y condenado a muerte, es, paradójicamente, el camino que conduce a la vida definitiva, el crucificado es el camino que conduce a la verdad plena. No lo olvidemos.

«Mirarán al que traspasaron». El evangelista dice que todo esto sucedió para que se cumpliera la antigua profecía de Isaías del siervo sufriente. Es lo que a nosotros en este día nos toca, siempre, pero hoy día de Viernes Santo especialmente: mirar a la cruz. Y más que mirar, contemplar con profundo agradecimiento la vida del Señor entregada en la cruz por amor, sin resistencia de ningún tipo, sin odio, sin rencor, sin rebelión. Solo confiado en la Palabra de Dios Padre. ¿Es posible también en el momento de la muerte dar ejemplo de grandeza, de cómo vivir y saber morir? Jesús lo ha hecho por nosotros. Su muerte es semilla de vida, semilla de resurrección. Hoy hay que contemplar al crucificado y dejar que nuestro corazón musite una sencilla y sentida oración: **“Tus heridas, Señor, y tu muerte nos han dado la vida”**.

SÁBADO SANTO

NO HAY EUCARISTÍA - Para reflexionar:

Lectura (Romanos 6, 3-11): *Por el bautismo fuimos vinculados a Cristo.*

Lectura (Lucas 24, 1-12): *¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?*

Una de las cosas curiosas que se enseña a los que visitan la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén es la capilla de Adán. Debajo mismo del lugar donde fuera colocada la cruz de Jesús en el momento de su muerte, allí se muestra la roca entreabierta, desnuda y delimitada por un pequeño ábside de ladrillos. A la misma altura y solo a unos metros de distancia se encuentra otra roca excavada, hoy recubierta por una piedra más reciente, que indica el lugar de la sepultura de Jesús.

En la noche de la creación Dios se digna crear al hombre del polvo de la tierra; para ello, lo modela a su imagen y semejanza y le infunde su espíritu, dándole de esta forma el dominio sobre todas las criaturas. El adversario, Satán, engaña al hombre sugiriéndole que Dios no le quiere inmortal, y así con el engaño viene el pecado, y por el pecado entra la muerte en la historia del hombre. El enemigo deshace la obra del Creador; el hombre al morir pierde el aliento, que Dios le infundió y vuelve a ser polvo de la tierra: **«Polvo eres, y en polvo te convertirás»**. El viejo Adán ha muerto y ha sido definitivamente enterrado, el hombre sacado de la tierra vuelve a la tierra.

Pero ese no es el lugar definitivo para el Hijo de Dios. Una vez cumplida la tarea que el Padre le ha encargado al hacerse hombre, el Hijo recibe de nuevo el espíritu que había depositado en las manos de su Padre, y recobra la vida, anulando así la sentencia que pesaba sobre el viejo Adán.

La muerte ya no es el destino definitivo para el hombre y por tanto tampoco su sepultura: **«Mi carne descansa serena, no dejarás a tu fiel conocer la corrupción»**. Al confesar nuestra condición terrenal (el entierro sería la confesión suprema), los cristinos somos invitados a enterrar nuestro hombre viejo, a despojarnos de nuestra vieja condición de hombres pecadores, para que, consepultados con Cristo, resucitemos con Él a la nueva vida.

El evangelio de Lucas describe con todo detalle el sepulcro vacío de Jesús. El relato rezuma todavía la espontaneidad y realismo del suceso. Es algo que desbarata todas las previsiones de las mujeres, que acuden con afecto y cariño a ofrendar perfumes al difunto. Su sorpresa y desconcierto se convierte en claridad al escuchar el anuncio gozoso: **«¿Por qué buscáis al vivo entre los muertos? No está aquí. ¡Ha resucitado!»**. El anuncio les ha alegrado el corazón y les ha hecho recordar lo que Jesús les había dicho ya en Galilea.

Alegres vuelven a contárselo a los apóstoles; éstos al oír el relato de aquellas lo tomaron por un delirio. Para ellos, Jesús pertenecía al secreto de la tumba; con todo, Pedro acude a ver lo sucedido y se volvió admirándose de lo acaecido. Para el autor del evangelio esta noticia no la ideó ni inventó nadie, responde sencillamente a la realidad. Eso sí, una realidad que trasciende y desborda toda expectativa humana, como lo era el hecho mismo de que Dios se hiciera hombre.

Volver a la tierra de la que fuimos formados cierra un ciclo natural que se inicia en nuestra concepción y acaba con la corrupción en el seno de la tierra. Nada han modificado este proceso las distintas formas de evitar la forma clásica de enterrar a los muertos. Devolver el cuerpo sin vida a la tierra de la que fue formado ha sido la constante que ha dominado las decisiones sobre los cuerpos inertes. El mismo cuerpo de Jesús recibió este tratamiento al ser enterrado en el sepulcro que tenía preparado José de Arimatea. Esto nos confirma la idea de que Jesús se había identificado plenamente con el hombre en todos los requisitos de la naturaleza humana: “*nacer y morir*”, como los dos polos extremos de la vida natural del hombre, son acontecimientos que definen la trayectoria que Jesús experimentó en su cuerpo mortal desde el seno de María hasta su entierro en el sepulcro. Un final poco innovador para quien se había anunciado como el Mesías, el Salvador.

¿De qué valía toda la salvación si al final nuestros huesos acabasen sin más futuro que la corrupción de la tumba? Ahí es donde duele la pregunta que se hace el hombre sobre el verdadero mensaje del evangelio; Pablo responde que **«si Cristo no ha resucitado vana es nuestra fe»**. Y ese es el hecho asombroso, admirable, milagro ocurrido en la historia: el cuerpo mortal de Cristo ya no está en el sepulcro donde lo colocaron; sus discípulos, los que conocían perfectamente a Jesús, los que lo habían visto y oído, los que habían comido y bebido con Él, aseguran que es el mismo Jesús que ellos conocieron en su cuerpo mortal, es el que ahora está vivo entre ellos.

El testimonio de los apóstoles confirma lo que ya había sido anunciado por el salmista **«mi carne habita segura; pues no entregarás mi vida al Abismo, ni dejarás al fiel tuyo ver la fosa»**. Jesús, obediente hasta la muerte y por tanto fiel a su Padre Dios, ha vencido definitivamente a la muerte, ya que ésta no ha podido retenerle en su reino. Jesús, el Hijo de Dios, ha hecho realidad histórica la experiencia del salmista, quien desde la intimidad con Dios se atreve a esperar la incorruptibilidad, la inmortalidad, la participación en la vida misma de Dios. Esa es la razón última de que la tumba no es el final definitivo del hombre.

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

1ª lectura (Hechos 10, 34a.37-43): *Conocéis lo que sucedió en toda Judea.*

Salmo (117, 1-2.16ab-17.22-23): *«Este es el día que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo».*

2ª lectura (Colosenses 3, 1-4): *Buscad los bienes de allá arriba.*

Evangelio (Juan 20, 1-9): *Entró en el sepulcro. Vio y creyó.*

Después de acompañar con nuestros sentimientos al Siervo sufriente durante toda la Semana Santa, hoy sentimos una gran alegría al descubrir que Él se manifiesta como el Señor. Ya ha cumplido su tarea, la del servidor obediente al Padre, ha corrido su carrera a la perfección y ahora comparte el honor de Dios-Padre. Su cuerpo glorioso confirma que su destino no era la muerte, sino la vida. Con su resurrección ha vencido a la muerte, ha desacreditado la sentencia del juicio humano, que quiso privarle de su condición divina.

Dios sale al encuentro de cada persona y transforma su corazón aun en las situaciones más complicadas. No debió ser nada fácil, para los discípulos de Jesús, verle colgado en una cruz. Todo indicaba que su vida había acabado mal. Quienes lo habían seguido vivían la soledad más profunda ante la ausencia de su Maestro y, al mismo tiempo, temían un castigo similar. ¿Les sucedería lo mismo a ellos? ¿Cómo iban a seguir ahora? ¿Había merecido la pena lo que habían experimentado con Jesús?

Pedro, que aglutina a toda la comunidad, Juan, que es la referencia de discípulo, y María Magdalena, que representa a todas las mujeres (y a quienes no contaban) presentan la experiencia de los discípulos ante una realidad cruda y compleja. Ante la muerte del Maestro no huyen, no se dispersan, no lo abandonan..., siguen unidos a él y quieren estar cerca, junto a la tumba. Están juntos en un camino complejo pero común. Unidos ante la muerte de Jesús sin saber cómo va a ser su futuro.

La tumba vacía les abre el paso a una experiencia plena. Sin embargo, el encuentro con el Señor resucitado no se impone ni la fe se obliga. Pedro, Juan y María son capaces de encontrar, en la tumba vacía, el camino al Resucitado. ¡Ya lo había anunciado Él! Ahora sí que hay luz y comienza el amanecer que sigue, a la noche de la muerte en cruz. El Señor está vivo y nace la Iglesia.

No fue la euforia ni la inconsciencia lo que movió a los discípulos, sino la certeza de que Aquel a quien habían seguido estaba con ellos, aunque muchos no lo descubrieran. Nosotros, en muchas ocasiones, pedimos evidencias. Sin embargo, no hay mayor evidencia que el encuentro cotidiano con el Señor, compartir la vida con Él, escuchar su Palabra y acoger su voluntad. Quien vive y ama así, en las situaciones difíciles, también sabrá reconocerlo... aunque requiera su tiempo.

Insiste la primera lectura en el carácter histórico del acontecimiento de la resurrección. Pedro en su discurso recuerda a sus oyentes que Jesús pasó toda su vida haciendo el bien y sin embargo al final lo mataron colgándolo del madero; **«de eso todos son testigos»**. La novedad, lo que Pedro manifiesta como un testimonio especial de los íntimos de Jesús, es que **«ellos han comido y bebido con él después de su resurrección»**. Esto les convierte en testigos de excepción; no a todo el pueblo, sino a ellos, los elegidos de antemano por Dios, Jesús se ha manifestado visiblemente. A ellos se les confía la tarea de difundir y testificar que Jesús ha resucitado y lo han visto vivo entre ellos.

El evangelio nos dice que ese hecho sorprendente fue para los discípulos la resurrección de Jesús, que les dejó asombrados hasta que poco a poco vieron y creyeron. Vieron que en Jesús se cumplían las profecías, vieron que el Jesús muerto estaba vivo entre ellos, vieron las maravillas que hizo el Señor, se impregnaron de esta visión y creyeron lo que habían visto.

La dificultad que existe en aceptar el hecho de la resurrección es natural; los propios discípulos de Jesús no habían entendido, hasta que vieron la actuación del Señor, aquello que Jesús les había dicho: **«que Él debía resucitar de entre los muertos»**. Y es que, habituados a mirar las cosas de la tierra, nos parece natural el desgaste, la caducidad y la propia muerte; nos esforzamos por superar esa condición natural, corruptible, caduca y mortal de las cosas, pero al final sucumbimos ante ellas. Solo un hecho sorprendente, que atraiga nuestra mirada desde un plano superior y que garantice nuestra visión trascendente de las cosas, podrá generar en nosotros el asombro, como inicio de una respuesta ante la certeza de la muerte.

El encuentro con Jesús resucitado no se queda en un acontecimiento íntimo y oculto, sino que transforma radicalmente la vida de quien la experimenta. De la decepción por la muerte al compromiso por hacer presente el nombre de Jesús en todos los confines de la tierra. Todos, con los apóstoles y las mujeres del evangelio, somos misioneros y evangelizadores. Estamos llamados a vivir el mensaje de Jesús y a compartirlo allá donde estemos. Como los primeros discípulos viviremos momentos de luz y de oscuridad, de ilusión y de decepción... pero el Señor sigue saliendo a nuestro encuentro y cuenta con nosotros para contagiar al mundo la alegría de la Fe. Jesús está vivo y nos enseña a vivir y amar. Ojalá nos contagiemos de su amor.

DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 5, 12-16): *Todos se reunían en un mismo espíritu.*

Salmo (117, 2-4.22-27a): *«Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia».*

2ª lectura (Apocalipsis 1, 9-11a.12-13.17-19): *Vivo por los siglos de los siglos.*

Evangelio (Juan 20, 19-31): *Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.*

A base de esforzarnos por convencer al otro de algo que ni siquiera nosotros creemos pero que sirve para conseguir su atención, su benevolencia y hasta su aplauso, hemos aprendido un metalenguaje que apenas sí responde a la verdad de las palabras que decimos. Pronto se descubre este hecho y entonces crece la incredulidad, la falta de confianza, que acaba minando el mundo de la fe.

Queremos argumentos que nos convenzan y resistimos a la verdad que se afirma por sí misma. Para no caer en el engaño es necesario abrir nuestros ojos a la verdad. Ojos limpios y no empañados con cristalinis deformantes que nos hacen ver lo que llamamos visiones. Ver la realidad tal cual ella es supone el coraje de mantener nuestra mirada firme y limpia a pesar de que no nos guste lo que vemos.

Lo que vieron los apóstoles cuando Jesús se presentó ante ellos les desbordó todas sus expectativas, y se encontraron con el hecho para ellos evidente de que el mismo Jesús que ellos conocían lo reconocieron ahora delante de ellos. Así lo afirmarán al discípulo ausente, Tomás diciéndole: **«Hemos visto al Señor»**. Ellos no vieron otra cosa sino al mismo Jesús que ellos habían conocido antes de su muerte y que ahora ven vivo entre ellos.

Tomás no quiere creer porque no ha visto, pero él sólo reclama un tipo de visión que le garantice que no se trata de un espejismo. No cree en lo que sus compañeros le cuentan acerca de la visión que ellos han tenido. Él quiere ver y tocar para creer, pero Jesús le va a enseñar a mirar presentándose ante él e invitándole a tocar sus heridas. Tomás no necesitó más que ver a Jesús, abrir sus ojos limpios y reconocer a Jesús como su Señor.

La visión de los apóstoles es una visión de fe, no menos real que la que consiguen nuestros ojos físicos y que tienen una capacidad enorme para hacernos comprender y continuar viendo con mayor claridad las realidades que trascienden y se hacen verdad en la existencia humana. Ver y creer es sinónimo para el evangelista Juan siempre que habla de esta visión de fe. Las otras visiones acaban confundiendo la realidad con fantasmas, es decir no nos permiten ver la realidad humana en su dimensión más profunda.

«Dichosos los que crean sin haber visto» confirma el valor del testimonio de los apóstoles que vieron (creyeron) señales inequívocas de esa nueva dimensión gloriosa de Jesús resucitado. Por esto la fe es siempre la fe de los apóstoles; y la invitación de Jesús a Tomás diciéndole **«no seas incrédulo, sino creyente»** nos advierte del riesgo y tentación perenne de buscar argumentos para no creer. El motivo principal de nuestra fe no son argumentos racionales sino la mirada limpia a esa manifestación gloriosa de un Dios resucitado, tal cual atestigua la fe apostólica.

La racionalidad de nuestra fe requiere la actitud noble de aceptar el regalo inmenso de un Dios que se hace historia visible y significativa en el hecho de la resurrección, de la que los apóstoles, incluido Tomás, son testigos fidedignos.

En el texto que hemos proclamado hoy, conocido como la dificultad de Tomás para creer, aparecen dos apariciones del Resucitado. La primera tiene los rasgos de una celebración eucarística. En el atardecer, el primer día de la semana (domingo), momento en que los discípulos están reunidos. El saludo de Jesús es el don del Espíritu Santo a los apóstoles, constituidos en enviados de Cristo para actuar como representantes del Señor.

La segunda. Juan ha querido vincular el don del Espíritu Santo (Pentecostés), a la Resurrección de Jesús. A diferencia de Lucas en el que el Espíritu Santo representa un momento particular, después de la Ascensión de Jesús, Juan ha querido vincular el don del Espíritu Santo a la Resurrección: **«recibid el Espíritu Santo»**.

Con este don comienza el tiempo del Espíritu Santo, que no es otra realidad que la actuación de Cristo Resucitado en el entretiem po entre su Ascensión y su Segunda Venida. El Espíritu Santo tiene como propio glorificar a Jesús, de forma que Jesús resucitado sea el Señor de la historia. El Espíritu tiene por misión vincular a los creyentes al misterio de Cristo, a su muerte, resurrección y ascensión. Por ello, el Espíritu Santo es el don que el Padre hace al Hijo, en virtud de su obediencia en la cruz.

En la segunda aparición se produce la confesión de fe de Tomás que confiesa a Cristo Jesús como Dios y Señor. Confesión de fe que de nuevo se vincula a la cruz: **«trae tu mano, métela en mi costado»**. Jesús, de esta forma, permanece en medio de su Iglesia como Señor, como Viviente, como Cabeza y como Vida. En la Eucaristía y fuera de ella.

Poder percibirlo es también don del Resucitado: la fe es el órgano que nos lo permite. Y esa fe es la vida nueva que Jesucristo ha establecido en el corazón de todo creyente para que podamos vivir más allá de nosotros, en su Nombre, de modo que ese Nombre, en el que hemos sido justificados, redimidos y santificados, sea nuestro apoyo, nuestra fuerza y nuestra luz.

DOMINGO TERCERO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 5, 27b-32.40b-41): *Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.*

Salmo (29, 2.4-6.11-12a.13b): *«Te ensalzaré, Señor, porque me has librado».*

2ª lectura (Apocalipsis 5, 11-14): *Digno es el Cordero degollado de recibir el poder.*

Evangelio (Juan 21, 1-19): *Ninguno se atrevía a preguntarle.*

Nadie mejor que Dios conoce los sentimientos humanos capaces de traicionarnos cuando no los respetamos debidamente. Solemos decir que cometimos un error porque nos dejamos llevar por los sentimientos y también acusamos a alguien de poca humanidad por carecer de sentimientos. No vamos a discutir sobre el significado de este término, sólo queremos recordar que no es lo mismo tener sensaciones que sentimientos, y que hay sentimientos profundos que radican en las fibras más íntimas de la identidad personal. No es bueno herir los sentimientos de una persona a menos que se trate de una terapia salvífica.

La escena que nos presenta el evangelio de Jesús junto al lago de Tiberíades es una muestra clara del respeto enorme que Jesús tiene con los sentimientos de Pedro. Él, es el Maestro, el mismo que había manifestado su predilección por Pedro al escuchar de su boca la gran profesión de fe: **«Tú eres el Hijo de Dios vivo»**, ahora se encuentra ante Pedro abatido y humillado porque recuerda la traición ante la muchacha en el atrio de Pilato. En un momento tan delicado y doloroso para Jesús, Pedro no tuvo el valor de confesar su amistad con el Maestro y le negó repetidas veces. Podemos imaginar la vergüenza del apóstol al comparecer de nuevo ante Jesús vivo y triunfante sobre la muerte.

Jesús no exige a Pedro que le pida perdón por su triple negación, antes bien le declara su afecto y cariño, muestra inequívoca de su predilección pues en nada merma la estima que tiene por aquel a quien había señalado como la piedra sólida sobre la que edificaría su Iglesia. Y esto lo hace de una forma admirable solicitando su amor en forma de pregunta: **«Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?»**. Le llama Simón, como queriendo remontarse a la situación primera antes de confirmarle como Pedro, como queriendo hacerle recordar toda la trayectoria de su vida, desde que fue invitado a formar parte de las filas de Jesús. Y así se lo pregunta tres veces como queriendo arrancarle con la máxima suavidad aquella espina que se le había quedado clavada en el corazón de Pedro por causa de la triple negación.

Ante la suavidad de Jesús, Pedro va cediendo fuerza y al final se siente envuelto por el gran amor del Maestro, a quien reconoce sabedor de todo lo que a él le ocurre. No estima Pedro en ningún momento a Jesús como Juez que le reprocha lo que hizo con él; tenía Jesús perfecto derecho a desposeerle de la estima que había depositado en Pedro, sin embargo ha querido recuperarle para la causa de su reino y le ha devuelto su dignidad. La respuesta de Pedro a cada una de la triple pregunta que Jesús le hace a orillas del lago es a la vez una confesión y una declaración de confianza absoluta en el Maestro: **«Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero»**.

Una reflexión a la lectura de este evangelio en cuatro pasos. Los dos primeros, personalizados en torno a la figura de Pedro, el pescador de Galilea que siguió a Jesús. El tercer paso es una pregunta que cada uno de nosotros tiene que responder. El cuarto, un riesgo o una suerte que correr.

“Yo soy Pedro”. Es una forma de hablar. Pedro podemos ser todos y cada uno de nosotros. Hemos conocido a Jesús y nos hemos quedado embobados. ¡Qué hombre, qué libertad, qué atracción, qué paz, qué mensaje, qué valiente...! El Pedro que vemos en los evangelios es el primero en responder, el más generoso, el que está dispuesto a todo. Le llega a decir que, **«aunque todos te abandonen, yo nunca lo haré»**. Si leemos los evangelios buscando solo la figura de Pedro y su relación con Jesús descubrimos a un buen hombre, seguro de sí mismo, entusiasta. Su relación con Jesús es sincera, pero es el fruto de una seducción no madurada. No es un simple calentamiento, pero le falta pasar por la prueba: el sufrimiento y la muerte. Eso Pedro no lo quiere.

“Yo no soy Pedro”. Sigue siendo una forma de hablar. Pedro podemos ser todos y cada uno de nosotros. Hemos visto cómo acaba Jesús, ante el Sanedrín, y nos asustamos: **«No lo conozco»**. No sé quién eres. Pedro no pasa la prueba de fuego, cuando todo se hunde bajo los pies o cuando la amenaza del fracaso absoluto llama a la puerta. Cerramos los ojos y negamos lo anterior.

El capítulo 21 de Juan, en una escena de Pascua, pone cara a cara a Jesús y a Pedro. Se miran a los ojos. Tres preguntas. En las dos primeras Jesús le pregunta a Pedro si lo ama. El amor/agapé de la entrega, de la renuncia, de la madurez. Pedro solo se atreve a decirle que le *“quiere”*, que le *“cae bien”*, que le es *“simpático”*. El amor/filía de las atracciones, de los *“quereres”*. En la tercera pregunta Jesús ya no insiste más. Ahora le pregunta si lo quiere, y Pedro le responde: **«Tú lo sabes todo, sabes que te quiero»**. Pedro ha dado el paso de la humildad. Pedro ya no es el que lleva las riendas de su vida, sino que *“se deja llevar”* por Jesús.

El texto de Juan concluye con una invitación: **«Sígueme»**. El seguimiento de Jesús es desde la humildad. No se puede seguir a Jesús desde la seguridad en uno mismo y en las propias fuerzas; desde los propios criterios y reconvirtiendo el Evangelio en una adaptación de mis deseos. Jesús pide que le sigamos a Él.

DOMINGO CUARTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 13, 14.43-52): *Yo te he puesto como luz de los gentiles.*

Salmo (99, 1b-3.5): *«Nosotros somos su pueblo y ovejas de su rebaño».*

2ª lectura (Apocalipsis 7, 9.14b-17): *Estos son los que vienen de la gran tribulación.*

Evangelio (Juan 10, 27-30): *Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco.*

Las cosas que nos han sucedido en estos últimos años: la pandemia, el Sínodo, los cambios acontecidos en la familia, la situación económica mundial, el calentamiento global, los encuentros bélicos, etc. Son “voces” que nos ayudan a una escucha global. Cada día los pregoneros del día a día en los medios de comunicación nos describen lo mal que está todo y son pocos los que proponen formas posibles de salir de esas situaciones. Leemos con frecuencia propuestas novedosas, pero no las interiorizamos; las sentimos, pero no nos afectan como para cambiar nuestras formas de actuar.

En la Iglesia rural no sucedía con tanta frecuencia que llegara alguien desconocido y, si así sucedía, no tardamos mucho en hacerles la ficha personal: de dónde vienes, a dónde vas, qué buscas, tienes familia en este pueblo, es la primera vez que vienes, etc. Lo normal es que si eras forastero te presentases acompañado por alguien del pueblo que te presentaba a los demás. Está claro que se necesita tiempo, encuentros con las personas diferentes para poder exponer y proponer las diferentes formas de pensar, las distintas maneras de actuar ante las mismas situaciones y el cómo tener en cuenta las circunstancias en las que producen los acontecimientos.

Qué duda cabe que estas circunstancias son las que estamos viviendo en estos momentos en la Iglesia, sobre todo en los países occidentales, dedicado más al culto, a la catequesis para los sacramentos, no para la conversión a Jesucristo y a su proyecto de vida para todas las personas, no para mantenerlas en la ayuda permanente de una beneficencia de migajas sobrantes de la mesa de los ricos. En la Iglesia debemos despertar con el sonido de las pateras que cruzan el mar enriqueciendo mafias que engañan y se aprovechan de unas leyes que no favorecen la búsqueda de una tierra acogedora, de un trabajo digno que poder llevar adelante proyectos familiares, interculturales e interreligiosos.

Despertar con el lloro de los niños hambrientos de África, Asia, América y también de los suburbios de las grandes ciudades de Europa y Norteamérica; cada día son más numerosas las personas que rebuscan en las basuras para poder llevar a sus casas algo de comida, aunque esté caducada.

La ayuda a esas personas, acompañándolas, estando a su lado; animándolas, potenciando todas sus posibilidades y facilitándoles el reivindicar con otras, todos sus derechos; dando la cara por ellas, gritando ante la sociedad. En algunas ocasiones tendremos que acompañarlos ante los administradores del bien común, para demostrar a nuestros conciudadanos todo lo que esas personas están aportando a la vida común. Solo estando cerca de las “ovejas”, de las personas que consideramos hermanos y hermanas estaremos haciendo realidad el evangelio de Jesús.

La idea del pastor y del rebaño no sigue el modelo del emigrante gallego, ni siquiera el del empresario castellano o extremeño, sino la imagen que refleja el salmo 23 y que alcanza su gran popularidad en la figura recordada de David, el rey pastor. La imagen se convierte en símbolo y no deberíamos espiritualizarla tanto que la privemos de ese referente que el pastor, no el mercenario, es para sus ovejas.

Cuando el salmista afirma: **«Sabed que el Señor es Dios: que Él nos hizo y somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño»**, podemos imaginarnos al pastor en su relación de dominio y amistad con el domesticado. Con esta imagen entendemos que el pastor, Dios, al domesticar al animal, el hombre, lo humaniza, lo hace “de casa”; correlativamente, el hombre puede volverse feroz y salir a la caza de otras ovejas. Siguiendo con la imagen de la oveja como animal domesticado para representar sus relaciones con el pastor, el hombre humaniza sus tendencias feroces y se ofrece “domesticado” a la guía de Dios.

Formar parte del rebaño de Dios es, según la imagen, participar plenamente de los beneficios que el pastor ofrece a sus ovejas. Él las siente como suyas y ellas reconocen en Él a su guía y benefactor. Basta leer, sin borrar mentalmente la imagen, todos los detalles que sugiere el salmo 23 para comprender la intensidad de esa relación familiar, doméstica, entre el pastor y sus ovejas.

El evangelista Juan nos describe al pastor como protector de sus ovejas frente a la persecución de quienes no han perdido su ferocidad. También aquí la cultura antigua oriental nos ayuda a comprender la imagen. El pastor al hacer suyas, al introducir en su rebaño (casa = domus), al “domesticar” las ovejas, las protege frente a quienes las persiguen.

«Una muchedumbre inmensa, de toda nación, raza, pueblos y lengua», marca el carácter universal del nuevo rebaño que apacentará el pastor extraordinario: el Cordero degollado, que con su sangre ha abierto las puertas, por las que entran seguros todos los que vienen de la gran tribulación. Algo así como si los perseguidores se detuviesen ante la puerta de la casa de quien ha ofrecido hospitalidad al fugitivo; comiendo y bebiendo con el anfitrión se siente seguro y agradecido por haber sido aceptado a formar parte de la familia.

DOMINGO QUINTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 14, 21b-27): *Hay que pasar por muchas tribulaciones.*

Salmo (144, 8-13b): *«Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi Rey».*

2ª lectura (Apocalipsis 21, 1-5a): *He aquí la morada de Dios entre los hombres.*

Evangelio (Juan 13, 31-33a.34-35): *Me queda poco de estar con vosotros.*

Mucho más de lo que supone un cambio de gobierno, e incluso un cambio de sistema político, es lo que ofrece Jesús a la primitiva comunidad cristiana. El régimen de impunidad para los elegidos, la justicia inmisericorde para los sorprendidos en falta, e incluso la reivindicación de la parte ofendida según exige la ley del talión, han de ser sustituidas por un nuevo modo de afrontar la realidad, que no puede continuar degradándose al haber perdido su referencia al orden trascendente.

Volver a los orígenes y beber de nuevo en sus fuentes, no es permanecer inmóviles en la situación actual, sino actualizar, según el designio original, toda la fuerza creadora proyectada en su origen hacia la eternidad. La no caducidad del proyecto creacional justifica la nueva alianza como una afirmación renovada y definitiva frente al deterioro y falacia de los que se aferran a sus privilegios. La primera señal de esta renovación es que el designio de Dios no excluye a los gentiles; ellos son invitados a creer, a formar parte del grupo de los fieles, como criaturas que son también del Señor. Desde ahora, desde la nueva alianza, los gentiles no solo podrán creer, sino que ellos mismos se convertirán en testigos de la fe: *«Que todas tus criaturas te den gracias, Señor, que te bendigan tus fieles; que proclamen la gloria de tu reinado, que hablen de tus hazañas»* (Salmo 144, 10-11).

La lectura del Apocalipsis describe el universo nuevo como una nueva creación, y celebra en alegre marco conyugal el comienzo de la nueva alianza: *«la novia que se adorna para su esposo... es la morada de Dios con los hombres»* (Ap. 21, 2-3). Un ambiente de alegría, sin luto, ni llanto, ni dolor, es el espacio que describe la novedad del universo nuevo con una clara alusión a su definitiva pervivencia. La nueva alianza insiste en el aspecto definitivo de la misma porque ha sido sellada con la victoria sobre el mundo percedero, y concretamente sobre la muerte.

La nueva ley, el nuevo mandato que el Cristo resucitado inicia, se apoyará en un cambio radical de comportamiento entre los hombres: el amor a los demás sustituye a la antigua ley de la venganza y es la característica más sobresaliente de este nuevo orden. El amor como atención y respeto por el otro es la señal que garantiza la continuidad del orden establecido por Dios. Frente al egoísmo y aprovechamiento exclusivo de las prerrogativas, se ofrece la nueva ley, que ensancha sin límites el número de los beneficiados.

Ante Jesús, que no hizo alarde de su condición divina, sus discípulos ya no pueden acaparar para sí mismo el bien que han recibido, han de sentir la fuerza de este bien como algo que tiende a comunicarse a los demás, han de sentir a los demás como parte integrante del mismo proyecto de Dios. Este es el mandamiento nuevo: *«que os améis unos a otros como yo os he amado»*. La medida del amor no la fija ya el hombre, sino Dios. Propuesta grande, admirable, desafiante, la que nos hace Jesús. Es una propuesta para ahora, es actual.

Si de verdad deseamos ser discípulos suyos, hemos de escucharla con la mente, con el corazón, con el alma. Desear ser discípulo de Jesús comienza por avanzar por aquí, por este camino, por su modo de vivir y de amar. Un amor tan novedoso el suyo que nos sorprende porque no se puede comprar y no se puede vender en los mercados, tan acostumbrados estamos a ellos; y porque supera con creces todos nuestros pequeños o incluso grandes amores. Se trata de un amor nuevo: *«como yo os he amado»*. Y nos ha amado hasta dar la vida.

Es este amor el que nos salva. Los cristianos no hemos de engañarnos creyendo que el seguimiento de Jesús consiste en estar apuntados en la Iglesia, profesar unos dogmas, cumplir unas normas y celebrar unos ritos, porque todo eso se puede hacer sin amor. Todo eso está bien, pero no es lo central. Jesús nos propone mucho más. Jesús nos llama a vivir algo nuevo, un mandamiento nuevo: *«que os améis como yo os he amado»*. Da vértigo escucharlo. **¿Cómo es ese mandamiento nuevo?**

Es el amor incondicional de un amigo. Les dirá a sus discípulos: *«ya no os llamo siervos, a vosotros os llamo amigos»* (Jn 15,15). Jesús vivió con aquellos hombres y mujeres una amistad tan estrecha e incondicional que ni las ambiciones de algunos, ni la cobardía de muchos, ni la traición de alguno, ni la negación de otros pudo destruirla. Ni siquiera la muerte pudo romperla. La amistad con Jesús nos saca del ensimismamiento y del aislamiento y nos empuja hacia las plazas de la vida a iniciar relaciones de amistad, sencillas, desinteresadas, incondicionales. Relaciones humanas así nos salvan porque se parecen a la manera de hacer de Jesús.

Es el amor que vive haciendo bien a los demás. Jesús *«pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él»* (Hch 10,38). Cuánto bien siembran las personas que hacen del servicio desinteresado una de las actitudes fundamentales de su vida. Es el amor compasivo. Recordemos la parábola del Buen Samaritano. Es el amor capaz de padecer al ver los sufrimientos de los demás; es el amor auténtico que en lugar de quedarse estéril en la queja se arremanga y se pone a aliviar el sufrimiento. No hay mayor amor que este.

DOMINGO SEXTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 15, 1-2.22-29): *Hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros.*

Salmo (66, 2-3.5-6.8): *«Oh, Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben».*

2ª lectura (Apocalipsis 21, 10-14.22-23): *El Señor, Dios todopoderoso, es su santuario.*

Evangelio (Juan 14, 23-29): *El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará.*

En su discurso de despedida Jesús anuncia a sus discípulos que Él, su Maestro, va a desaparecer de entre ellos; se va al Padre, allí de donde procede. De esta forma les está enseñando que su vida terrena no es eterna; su nacimiento y su muerte marcan el tiempo de su misión en la tierra. Ahora que Cristo vuelve al Padre comienza una nueva fase de nuestra relación con Dios. Cristo lo dice claramente a sus discípulos: **«me voy al Padre»** y no debéis estar tristes porque no me tengáis como hasta ahora a vuestro lado. **«Yo volveré a vuestro lado»**, dice Jesús a los suyos; pero su presencia será ese memorial sagrado que el Espíritu Santo hará vivo en vuestros corazones. Y es que el Padre, que es quien ha enviado al Hijo y también al Espíritu Santo, continúa amándonos e invitándonos eficazmente a participar de su amor. Para los discípulos de Jesús será esta nueva relación de amor eficaz del Padre la que dará sentido a su existencia.

La Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, entran por el amor en el corazón de los fieles, de todos aquellos que se declaran discípulos de Jesús, de todos aquellos que le aman y convierten este amor de Dios en el imperativo de todas sus acciones. Es a través de este amor como los discípulos de Jesús configuran su existencia según la voluntad del Padre y de esa forma siguen la estela de su Maestro, Jesús. Esa tarea de la moción divina la realiza el Espíritu Santo enseñándonos cómo tenemos que comportarnos en cada momento; para ello nos regala sus dones y nos recuerda todo lo que Cristo nos enseñó viviendo la existencia terrena como cumplimiento de la voluntad del Padre. Nada escapa a esta acción de Dios a través de este nuevo Maestro que el Señor Jesús nos lega en su discurso de despedida. En todo momento y circunstancia debemos recordar que el Espíritu Santo anida en nuestros corazones y es la limpieza de nuestro corazón la que nos permitirá siempre apreciar la voz divina.

No olvidemos las palabras de Jesús: **«Que no tiemble vuestro corazón, ni se acobarde»**. La zozobra y el miedo, la desorientación y falta de sosiego, no son fruto de la acción divina; lo que Cristo nos promete y garantiza, si cultivamos los dones del Espíritu Santo, es la paz. No como la paz que promete y brinda el mundo, sino la paz de Dios: esa serenidad interior de saber que nada ni nadie podrá privarnos del favor divino.

Sólo nosotros podemos obstaculizar, retrasar y hasta negarnos a aceptar lo que Dios libremente nos ofrece. Pero esa actitud de rechazo a la acción divina no varía la voluntad del Padre que permanece fiel en su Palabra; lo único que produce es un efecto negativo en nosotros que la Bondad infinita de Dios quiere cambiar invitándonos sin cesar a la conversión en lo más íntimo de nuestro ser.

Volveremos a anunciar que Jesús ha resucitado, y todos nosotros con Él. Este es el centro de nuestra fe; nada de oscuridad, violencia, desamor o injusticia. Jesús vive y actúa en las personas y nos hace capaces de compartir esta grandeza, de ser sus testigos. Ha triunfado y para siempre la vida. El amor y la salvación nos viene de Jesús, en Él somos amados y resucitados. Esta es la grandeza que Dios Padre tiene con su Hijo, y con sus hijos. Somos testigos de esto y enviados a anunciarlo con palabras y hechos creíbles en medio de la vida, compartiendo esta Realidad, de modo que todos puedan ver y sentir la salvación de Dios y su amor entregado. Esto es lo esencial, no anunciarnos a nosotros mismos, ni cargar con más de lo indispensable, ni centrar la vida en unas leyes o preceptos, sino vivir la novedad de la salvación en Cristo Jesús.

La vida humana y cristiana es respuesta al amor del Padre. Somos capaces (porque así nos ha hecho) de elegir, de responder, de agradecer, de sentirnos elegidos y queridos. Así, con el salmista, todo lo que hacemos ha de ser reconocer la grandeza de cuánto recibimos, y compartirlo porque todo ha de servir al bien de los demás. Sí, que te alaben los pueblos Señor; que ilumines tu rostro sobre nosotros; que canten de alegría las naciones. O sea, que vivamos en todo, activos y respondiendo agradecidos a lo que de Dios Padre y Madre recibimos en cada momento. La salvación de Dios, la vida resucitada de Jesús en que vivimos y existimos, conlleva también reconocer la grandeza y dignidad de cada persona, de cada hermano. Jesús es morada de Dios con los hombres, no templo de piedras, sino presencia real y definitiva del Padre. Y cada uno de nosotros somos Templo del Espíritu (hemos sido bautizados). No hay mayor grandeza. Esta es la valía de cada persona y su dignidad: Dios está en nosotros. Y debemos reflejarlo y ser para los demás presencia y lugar de encuentro con Dios.

Todos estamos llamados a vivir en y con Dios Padre, a ser su morada. Dios nos ha elegido por puro amor a ser sus hijos, nos ha llamado por nuestro nombre y nos ha hecho suyos. En tensión y apertura para vivir guardando su Palabra. Lo sabemos bien: el que guarda su Palabra es amado de Dios. Claro, esto no podemos hacerlo solos. Y Jesús conoce nuestra pequeñez. Por eso no nos deja nunca de la mano, y nos anuncia ya la llegada del Espíritu Santo que nos guiará hasta la verdad plena. El Espíritu ilumina, recrea y actualiza el mensaje de Jesús, su vida resucitada que debemos anunciar y compartir. **¡Ven, Espíritu Santo!**

DOMINGO DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

1ª lectura (Hechos 1, 1-11): *Aguardad que se cumpla la promesa del Padre.*

Salmo (46, 2-3.6-9): *«Dios asciende entre aclamaciones, el Señor, al son de trompetas».*

2ª lectura (Hebreos 9, 24-28; 10, 19-23): *Ante Dios, intercediendo por nosotros.*

Evangelio (Lucas 24, 46-53): *Vosotros sois testigos de esto.*

Los apóstoles se habían habituado a tener a Jesús entre ellos, a compartir sus experiencias cotidianas e incluso a encontrar en Él la palabra adecuada para corregir posturas o conductas poco adecuadas con la consecución del Reino de Dios. El Hijo de Dios se había acercado a los hombres, que acabaron considerándolo uno de ellos, aunque le estimaran por encima de los demás.

Cuando los discípulos de Jesús ya habían superado el trauma de su muerte y se habían convencido de que continuaba vivo entre ellos, de repente Jesús les anuncia que se va a la casa de su Padre a prepararles allí un lugar. Demasiadas emociones y novedades para los primeros testigos del quehacer de Dios en su Hijo hecho hombre. Jesús es consciente de la soledad que a ellos les puede llegar cuando Él se vaya y por eso les anuncia el envío del Consolador. El Paráclito, el Espíritu Santo, compensará la ausencia de Jesús, que recobra ante sus ojos atónitos todo el esplendor del Dios de los cielos.

Lo que celebramos en esta fiesta es la glorificación definitiva de Cristo. El culmen de esta glorificación es su Ascensión a la derecha del Padre y esta glorificación de Cristo implica de alguna manera, nuestra propia glorificación, pues la naturaleza humana que asume Jesús en la Encarnación es la carne pecadora de Adán que ha sido redimida y glorificada en Cristo para nuestra salvación. Esta carne ha sido elevada en Cristo, a la derecha del Padre. Por tanto, podemos afirmar que la Ascensión del Señor a los cielos supone la plenitud de la Encarnación pues se ha cumplido plenamente el intercambio que tuvo lugar en la Encarnación: ***«El Hijo de Dios se hizo hombre para que el hombre venga a ser hijo de Dios»***. Esta filiación divina llega a plenitud cuando la naturaleza humana asumida por el Hijo, en las entrañas de María es elevada a la derecha del Padre.

Pero la Ascensión de Jesús no supone abandonar el mundo y abandonar a sus discípulos. A estos les promete la venida del Espíritu de Dios, la promesa del Padre que les hará recordar y entender la Palabra de Jesús y que los mantendrá unidos a Jesús hasta la consumación de los tiempos. Los discípulos no han entendido todavía el plan de Dios, todavía piensan en un reino terreno, de poder y dominio. Será el Espíritu el que les haga entender la Palabra de Jesús. Por eso dice el Señor a los discípulos: ***«Os conviene que yo me vaya porque si me voy os enviaré al Paráclito»***.

El Señor no nos deja huérfanos, nos envía el Espíritu para que seamos sus testigos en el mundo, no podemos quedarnos plantados mirando al cielo, sino que tenemos que recibir el Espíritu para ser los testigos de Cristo hasta los confines de la tierra. La presencia de Cristo en medio del mundo se hará tangible por la acción del Espíritu y por el testimonio de los creyentes, por ello nosotros, discípulos de Cristo, hoy, tenemos que abrir nuestro corazón a la acción del Espíritu para ser los testigos del Reino de Dios, un Reino que comienza en la humildad del grano de trigo que cae en tierra y se destruye para dar fruto abundante en la cosecha. Glorificación de Cristo y misión de la Iglesia guiada por el Espíritu están estrechamente unidas. Por ello esta fiesta tiene que terminar en la espera del próximo domingo para vivir un nuevo Pentecostés.

A los apóstoles les tocó entonces la tarea de continuar la obra de Jesús a sabiendas de que el destino final está en el cielo. Cualquier programación de la existencia humana que quiera ser continuación de la obra salvífica de Jesús tendrá que contemplar este acontecimiento que introduce a la naturaleza humana en el ámbito celeste. Diríamos que, con la ascensión de Jesús a los cielos, todos sus discípulos adquieren el título de *“ciudadanos del cielo”*. Nuestra mirada hacia arriba nos permitirá superar toda visión, que solo estime y aprecie los bienes de la tierra.

Ya no nos es lícito a los creyentes prescindir de los valores trascendentes a la hora de tomar decisiones que afecten a nuestra existencia. Vivir en cristiano es responder con optimismo ante cualquier situación existencial, ya que ni siquiera la muerte nos puede privar de ese gran regalo que Dios nos concedió al garantizarnos una participación de la gloria de su Hijo.

Tener conciencia de esta nuestra dimensión celeste, ya garantizada por la ascensión del Señor Jesús, dinamiza la realidad cotidiana de la vida del cristiano y eleva el punto de mira de todas las perspectivas humanas. Ahí es donde el cristiano tiene que aportar a la comunidad existencial una visión noble y generosa que no escatime esfuerzos ni sacrificios en aras de dignificar la vida humana aquí en la tierra.

Son muy diversos los niveles en los que el cristiano puede y debe testimoniar que la visión trascendente del Reino de los cielos, lejos de impedir el desarrollo y crecimiento de los valores de este mundo, ayuda a que sean más creativos, más generosos. Mirar al cielo y no sólo a ras de tierra no es distraer nuestra mirada de la realidad, sino descubrir que es allí en el cielo donde está el sentido de nuestra vida.

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

1ª lectura (Hechos 2, 1-11): *Se llenaron todos de Espíritu Santo.*

Salmo (103, 1ab.24ac.29b-31.34): *«Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra».*

2ª lectura (Romanos 8, 8-17): *Si alguien no posee el Espíritu, no es de Cristo.*

Evangelio (Juan 14, 15-16.23b-26): *Si me amáis, guardaréis mis mandamientos.*

Esta es una de las últimas apariciones de Jesús resucitado que nos relata el evangelio de Juan. Antes de concluir su libro, aún nos relatará dos más: cuando Jesús se aparece para disipar las dudas de Tomás ^(20,24-29) y la última aparición a sus discípulos en torno al lago de Galilea ^(21,1-23). En el evangelio de este domingo solo escuchamos la voz de Jesús; solo está Jesús, su palabra y el Espíritu Santo. Esta sobriedad en la narración nos indica que a lo que debemos prestar toda la atención es, precisamente, a las palabras de Jesús.

Veamos, previamente, el marco narrativo de evangelio. Sabemos que era el primer día de la semana, al atardecer. Sin más concreción. Sin embargo, el libro de los Hechos de los Apóstoles nos relata también esta misma escena y la coloca en la fiesta de Pentecostés ^(Hechos 2,1-4). Esta era una fiesta judía llamada en origen, fiesta de las Semanas. Realizada al final de la cosecha, el pueblo ofrecía sacrificios de agradecimiento al Señor por los frutos recogidos. Tenía lugar 50 días después de otra fiesta judía muy importante, la de la Pascua. Más tarde y por influjo del griego pasaría a llamarse fiesta de Pentecostés, que es como hoy la conocemos.

Quizá más de uno esté pensando ahora cómo explicamos al Espíritu Santo. Quizá no se trata tanto de explicar cuanto de creer en él, que es **«la promesa del Padre»** ^(Lucas 24,49), don de Dios que hace presente aquí y ahora al Señor Jesús. Es la fuerza de Dios que disipa el temor y el miedo. El Espíritu Santo es constructor de paz. Sí, la paz de Jesús, esa paz que el Resucitado siempre deseaba a los suyos cuando se aparecía, no solo como un saludo, sino como el deseo de que la recibieran como una tarea y una misión.

El verbo utilizado por Jesús para comunicar el Espíritu Santo a los suyos (sopló v. 22) recuerda el primer libro de la Biblia. Cuando el libro del Génesis nos dice que **«Dios [...] insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente»** ^(Génesis 2,7). Resulta entonces que el Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús es el que nos capacita para seguir viviendo y nos envía a la misión.

Todo el quehacer del cristiano está invitado a ser una acción conjunta con el Espíritu Santo que derrama efusivamente sus dones sobre sus fieles y produce en ellos frutos abundantes de paz y bienestar. Si contemplamos los dones del Espíritu reconocemos que apenas hay acción humana que goce de esta ayuda celestial: la Sabiduría, el Entendimiento, el Consejo, la Fortaleza, la Ciencia, la Piedad y el Respeto a Dios.

Esta ayuda que nos regala Dios requiere la aceptación nuestra para que la acción divina se transforme en acción humana. Nuestras acciones, nuestras decisiones, no dejan de ser nuestras porque hayamos contado con la ayuda de lo alto; pero resultaría ridículo vanagloriarse de una acción que sin la ayuda del Espíritu no seríamos capaces de realizar.

La compenetración vital entre la ayuda del Espíritu y todo el quehacer del ser humano se expresa en el texto bíblico que nos habla de que el Espíritu habita en nosotros como dulce huésped que dignifica nuestra casa. El Espíritu no nos incomoda nunca, ni avasalla nuestra intimidad, solo actúa en nuestro favor y toma la iniciativa en las tareas que más nos cuestan: riega la aridez del alma, sana el corazón enfermo, lava nuestras manchas, alienta al desanimado, doma al espíritu indómito y guía al que se desvía.

Vivir según el Espíritu es gozar de la paz y del bienestar que nos hacen benignos y virtuosos. Los frutos del Espíritu son el regalo que nosotros podemos brindar a los demás cuando simplemente hemos aceptado los dones con que el Espíritu nos regala a nosotros. De ahí la gran atracción que ejerce sobre nosotros esa fuerza liberadora del Espíritu que en nada violenta lo más noble de nuestro ser. Él es quien toma la iniciativa en todas nuestras acciones, pero lo hace con tanta suavidad que en nada disminuye nuestra libertad ni nuestra responsabilidad.

Afirmar y creer que el Espíritu Santo es la tercera persona de la Santísima Trinidad nos puede ayudar a comprender lo que este misterio significa en nuestra vida real. Por ser Dios nos brinda la garantía de su omnipotencia y la eficacia en sus dones; por eso no es correcto decir que nos falta el Espíritu de Dios. Si algo falla es nuestra correspondencia a la iniciativa permanente del Espíritu Santo. Cuando Él interviene en nuestra inteligencia o en nuestro corazón puede suscitar algo asombroso o perplejidad, pero la respuesta debe ser la misma de los primeros cristianos, testigos de la intervención del Espíritu en Pentecostés: **«¿Qué tenemos que hacer?»**. Simplemente abrimos al don de entendimiento, para conocer y saborear la voluntad de Dios, y con profundo respeto y agradecimiento por sus dones responder con fortaleza con nuestras decisiones al consejo de Dios.

Hagamos un resumen: fuerza de Dios y de Jesús ^(Hechos 1,8), consolación, defensa, valentía, envío, testimonio, misión, liberación de los pecados, fuerza de vida y para la vida... Sí, es Pentecostés, tiempo del Espíritu Santo, tiempo de siguiendo testimonio de Cristo resucitado. Sin temor. Con alegría. Con decisión.

DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

1ª lectura (Proverbios 8, 22-31): *Antes de que la tierra existiera, allí estaba yo.*

Salmo (8, 4-9): *«¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!».*

2ª lectura (Romanos 5, 1-5): *Estamos en paz con Dios.*

Evangelio (Juan 16, 12-15): *El Espíritu os guiará hasta la verdad plena.*

Cuando contemplamos el cielo en una noche serena y despejada se nos encoge el corazón, estremecido ante el espectáculo de pequeños puntos de luz que, hoy, sabemos representan inmensos cuerpos celestes o agrupaciones inmensas de estrellas y planetas en galaxias incontables que hablan de un proceso de millones de años luz en los que se han ido separando, expandiendo y agrupando a partir de la gran explosión con la que todo comenzó. Los datos científicos han aportado una visión que creemos más acorde a la realidad evolutiva de un proceso en el que han ido apareciendo condiciones que hicieron posible la vida, tan variada y rica, con tantos estadios y diversidad de condiciones en relación siempre con el entorno.

Asombrados seguimos al contemplar ese cosmos inmenso y sabernos alojados en un pequeño planeta azul prácticamente abandonados a nuestra suerte y solos en tan tremendas distancias. Por mucho que hablen de azar no hacemos más que descubrir señales de un proceso global que parece indicar la existencia de un proyecto inserto en el fondo de todo. Como si hubiera un diseño previo que va dirigiendo al conjunto. Como si Alguien hubiera previsto y programado todo, con los pasos intermedios, para hacer posible las novedades que nos sorprenden y maravillan.

Los creyentes, apoyados en ese fondo que sugiere y da a entender y parece hablar, todavía podemos leer el comienzo de la Biblia y proclamar a Dios creador de todo. En todo podemos escuchar palabras que forman la Palabra creadora. En la vida y en nuestra historia podemos descubrir historias que son y forman la Historia del mundo, la nuestra y la gran Historia de nuestra relación con el Creador.

Ese conjunto nos desvela que Dios ha querido hacer el mundo y lo ha diseñado de una forma sabia. Vemos, en su fondo, una sabiduría que desborda nuestras posibilidades, pero nos deja vislumbrar su grandeza y perfección. Nos habla de una entraña del mundo y de una entraña del Creador llena de sabiduría y de ternura. Aunque esa posibilidad abierta a todos no todos la reconocen. Por eso hablamos de un deseo creador y de un deseo comunicador. Dios es relación, comunicación e inspiración. Un conjunto de cualidades que, en nuestro hablar, atribuimos a una comunidad a cuyos miembros denominamos Padre, Hijo y Espíritu.

Acceder al área de lo divino no es una consecuencia de la inteligencia o de la voluntad humana; si Dios no se revela al hombre, éste no tiene acceso a la intimidad de Dios. San Pablo habla de la responsabilidad humana frente a la revelación que se ha hecho patente desde la creación a través de todas las cosas creadas. La dificultad radica en la distancia inmensa que existe entre el conocer de Dios y el conocer humano. Mientras que la Sabiduría de Dios asiste complaciente a la tarea de la creación y por tanto conoce todos los entresijos de la obra creada, la inteligencia humana trata de acercarse al misterio de esa obra asombrosa que es el universo creado. El hombre se esfuerza en desentrañar el misterio de la vida y va descubriendo esa fuerza inagotable que asegura la regeneración mediante el ciclo de la naturaleza: nacer y morir van dando paso a nuevas generaciones, pero siempre queda el gran interrogante de la vida personal.

La Revelación aporta la respuesta a ese interrogante al mostrarnos la propia intimidad del Dios personal, que garantiza su pervivencia en el Hijo engendrado por el Espíritu del Padre. Tres personas en íntima relación, con misiones que se revelan a lo largo de la historia humana, pero que ya eran preexistentes antes de la creación. El Amor Eterno de Dios Padre es el que engendra al Hijo, quien además es el enviado del Padre para que nos muestre su Amor al incorporar la humanidad en la propia persona divina. El Hijo encarnado es quien nos manifiesta la intimidad de Dios, el misterio de las tres divinas personas que nuestra inteligencia nunca alcanzaría a comprender. Lo que Jesús nos enseña incorporando a la vida de Dios en la humanidad es que el misterio de Dios, su Trinidad Santísima, no es sólo un dogma que hay que creer, sino una verdad vital y revitalizadora. El Padre nos quiere, y no se manifiesta para que nosotros pasemos toda nuestra existencia sometidos a su Ley, sino que nos invita y nos brinda a su predilecto para que en Él descubramos la libertad de los hijos de Dios.

La Trinidad gloriosa no necesita manifestarse, sino que libremente y sólo por Amor, nos muestra la intimidad divina invitándonos a participar de su vida gloriosa. El Creador no es una fuerza inmensa que tiene que estar al comienzo de todas las cosas, sino el Padre, primera persona de la Santísima Trinidad, que decide junto con su Hijo y con el Espíritu Santo, prolongar su amor mediante el acto libre y personal de la creación. En esa obra ingente, que es el crear de Dios, quiere el Padre dejar su huella personal en la propia vida del ser humano, a quien diseña como imagen y semejanza de Dios. La comprensión de este misterio escapa a la inteligencia del hombre, pero queda a su alcance cuando éste acepta los dones del Espíritu Santo, que ilumina y mueve el corazón humano para que esa aceptación sea gozosa y alegre y no una simple adhesión a un dogma incomprensible.

DOMINGO DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

1ª lectura (Génesis 14, 18-20): *Bendito sea el Dios altísimo.*

Salmo (109, 1b-4): *«Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec».*

2ª lectura (1ª Corintios 11, 23-26): *Haced esto en memoria mía.*

Evangelio (Lucas 9, 11b-17): *Dadles vosotros de comer.*

Jesús nos da un mensaje muy claro: dadles vosotros de comer. Es un encargo que no deja lugar a dudas. A sus seguidores no debió extrañar demasiado puesto que ya habían visto que se preocupaba de quienes lo pasaban mal (curaba a los enfermos, acogía a los extranjeros, integraba a las mujeres...) y les ofrecía consuelo y perdón. Con su mirada compasiva, el Maestro, nunca pasaba de largo y, con su palabra y acciones, devolvía la esperanza y la dignidad a todos. Que a nadie le falte el pan, la acogida y el perdón. Así sucede en el Reino de Dios y así nos lo enseña Jesús. Sus discípulos aprendieron bien la lección. Ante la necesidad del prójimo no podemos quedarnos cruzados de brazos ni pasar de largo. Pero a ellos les parecía imposible que, con unos pocos panes y peces, pudiera comer una multitud.

Sin embargo, Dios bendice siempre la generosidad y multiplica lo que se comparte. Se trata de salir de nosotros mismos, ponernos en la situación del otro y ofrecer aquello que podamos darle (¡que no siempre es algo material!). A nosotros nos cuesta y pensamos que perdemos de lo nuestro, pero siempre es más lo que recibimos que lo que damos. La sorpresa de los presentes fue mayor cuando vieron que sobraba. Otra lección más. Cuando compartimos, llega para todos y sobra... ¡doce cestos! Era más de lo que había al principio. Dios bendice y multiplica nuestras buenas obras por pequeñas que nos puedan parecer. Las grandes iniciativas suelen comenzar por una acción aparentemente pequeña. Se trata de la revolución de lo sencillo. El bien se multiplica y triunfa...; ahora bien, hay que comenzar y, para que esto suceda, todos somos necesarios.

La Eucaristía es signo y expresión de comunión, de encuentro y de amor. La sencillez de un pan convertido en el cuerpo del Señor nos habla de la cercanía de Dios con nosotros. Por eso hoy es Día de la Caridad, un día para comprometernos a que el amor de Dios llegue, de forma tangible a aquellos que no tienen pan, o que no tienen paz, o que les falta esperanza, o compañía... Parecía poco unos panes y unos peces para tantos... ¡y sobró! Hoy sigue habiendo muchos necesitados que nos esperan. Da un paso adelante. Seguro que Dios multiplica tu acción.

Hay muchas maneras de recordar los acontecimientos y hechos pasados; una de ellas es la de volver a experimentarlos o sentirlos de nuevo, y en esto cuenta mucho el corazón. La fiesta que hoy celebramos quiere ayudarnos a recordar el acontecimiento salvífico por el cual el pan y el vino se convierten en el signo visible de la entrega total de Cristo en favor de los hombres.

Veamos lo que nos dicen los textos bíblicos al respecto. El relato del Génesis nos ofrece una escena en la que Melquisedec, rey de Salem, sale al encuentro de Abraham que retorna de vencer a la coalición de Codorlahonor. Le ofrece pan y vino, como obsequio a soldados que vuelven de la batalla; una atención a los que han devuelto la paz y bienestar a los familiares de Abraham. Esta ofrenda cobra un sentido especial al ir acompañada por la bendición que Melquisedec pronuncia sobre Abraham y su empresa. El Patriarca reconoce y agradece el beneficio recibido del rey de Salem. Por tanto, el pan y el vino adquieren ya en este relato un carácter sagrado al ser ofrecidos por un sacerdote del Dios Altísimo.

Más tarde el propio Jesús encontrará también un grupo de personas cansadas porque su interés en escuchar a Jesús, por nutrirse de la verdad les ha llevado a perder su cobijo y alimento. El Maestro ordena *«Dadle vosotros de comer»*. Los discípulos no se sienten capaces de satisfacer a tanta gente y entonces Jesús toma la iniciativa: Él mismo les dará de comer a todos, aunque sean cinco mil. Para ello unirá también la distribución del pan de la bendición y con ello coloca también en el ámbito sagrado este pan que nutre y da vida. El evangelista Juan aprovecha este relato que nos ofrece Lucas para introducirnos en el discurso del pan de vida, el pan bajado del cielo.

Es el mismo pan que un poco más adelante, como nos recuerda Pablo, el Señor Jesús en la noche en que iba a ser entregado lo partió y lo distribuyó diciendo: *«Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros»*. Participar de ese pan transformado en el cuerpo de Cristo requiere nuestra adhesión y homenaje como hiciera en su tiempo Abraham ante Melquisedec; requiere aceptar el discurso de pan de vida, y requiere recordar la cena del Señor.

La fiesta del *“Corpus Christi”*, no puede quedar en puro folklore o admiración de las diversas escenas referidas en la Biblia y evocadas ahora en un desfile procesional; la fiesta sirve para recordar y celebrar como un auténtico homenaje aquel acontecimiento que convirtió por primera vez el pan en el Cuerpo de Cristo. Sin olvidar lo que el mismo Pablo escribe: *«El pan que partimos, ¿no es acaso comunión con el cuerpo de Cristo?»*. Por ello al acercarnos a comulgar, cuando el ministro nos ofrece el cuerpo de Cristo, nosotros respondemos: *“Amén”*. Reconocemos así, la presencia de Cristo en la hostia consagrada y a su vez reconocemos que al comer el cuerpo de Cristo nos hacemos partícipes de ese cuerpo que es también su Iglesia.

SAN PEDRO Y SAN PABLO

1ª lectura (Hechos 12, 1-11): *Échate el manto y sígueme.*

Salmo (33, 2-3.4-5.6-7.8-9): *«El Señor me libró de todas mis ansias»*

2ª lectura (2ª Timoteo 4, 6-8.17-18): *He combatido bien mi combate.*

Evangelio (Mateo 16, 13-18): *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*

La misma fe en el Resucitado unió a estos dos grandes apóstoles en su testimonio cabal y definitivo en la capital del Imperio. Roma conserva el recuerdo imborrable de estos dos mártires de la fe. La autoridad conferida por Jesús a Pedro y la misión extraordinaria a la que fue llamado Pablo les consagra a lo largo de la historia de la Iglesia como una referencia obligada al hablar de los orígenes del cristianismo. Tanto Pedro como Pablo alcanzan esta posición de Apóstoles, desde la iniciativa divina que se verá confirmada sólo después de un largo proceso de conversión.

Pedro es el primero de los llamados por Jesús para formar parte de sus discípulos. Seguir a Jesús no es sólo formar parte de su comitiva, compartir mesa, escuchar todos sus discursos y presenciar sus milagros; en esto Pedro tendría una prioridad sobre Pablo, y sin embargo no es eso lo que define la condición apostólica, sino la misión confiada por Cristo a quienes permanecen fieles en su seguimiento.

Seguir a Jesús es reconocerle como el maestro y guía de toda nuestra existencia; por Él hay que poner todas las cosas en segundo plano, incluso nuestro propio yo. Este cambio de visión de la existencia humana a la luz del Mesías, de quien verdaderamente trae la salvación a la humanidad, lo expresa Simón movido por el Altísimo cuando responde a Jesús: **«Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo»**. Apoyándose en esta respuesta y confirmando la conversión (nueva visión) balbuciente de Simón, Jesús le promete convertirle en Pedro, como roca o piedra, cimiento sólido sobre el que edificará su Iglesia.

A pesar de esta promesa y elección de Jesús el cambio o conversión a la fidelidad, que se requiere para llegar a ser definitivamente apóstol, se irá fraguando paulatinamente reconociendo que sólo Dios es quien opera este cambio derrochando amor sobre los que le siguen. La triple negación de Pedro no será obstáculo para que Jesús cumpla su promesa y confiera a Pedro, después de la triple declaración de amor junto al lago de Galilea, la autoridad apostólica que le permitirá confirmar a sus hermanos en la fe.

Más conocida es la trayectoria de la conversión de Pablo: ni un solo momento deja el judío de Tarso de ser fiel a sus convicciones. Más aún, envalentonado contra el Mesías que él creía un embaucador reaccionará según el Espíritu ante esa ceguera que le envuelve y descubrirá una nueva visión que le permitirá reconocer en Cristo Resucitado al Mesías esperado. Para ello Saulo tendrá que prestar atención a la voz que le viene del cielo y abandonar su celo excesivo por la Ley que ha sido ampliamente superada por la Nueva Alianza, que establece un grado superior de familiaridad entre el ser humano y Dios.

Pero, en esta época que nos ha tocado vivir, el peligro más fuerte, que nos amenaza a todos los seres humanos, es la ambición del poder, que puede adoptar diversas manifestaciones, la utilización del cargo en provecho propio, el autoritarismo, el paternalismo, la grandeza y culto a la persona, etc. Esta tentación siempre ha estado acechando al pueblo de Dios, a Jesús y a la Iglesia.

Jesús lo vio con toda claridad. Sin duda, porque eso es lo que más daño nos hace a todos, lo que más nos deshumaniza, lo que más nos divide y enfrenta. De ahí que Jesús no toleró, de ninguna manera, las pequeñas o grandes ambiciones de los apóstoles; vio que tenía que cortar de raíz incluso brotes, a primera vista, insignificantes de rivalidad y, sobre todo, las pretensiones de poder de unos sobre otros.

Los evangelistas establecen un principio muy claro y firme: **«el que pretende ser más grande que los demás y, por tanto, estar por encima de los otros, tener más poder que ellos y someterlos a su propia voluntad, ese no puede entrar en el Reino de Dios»**. Sin embargo, Jesús no pide nunca que se renuncie a la libertad, porque *“donde hay Espíritu del Señor, hay libertad”*. Jesús no quiere relacionarse con los demás desde el poder y la superioridad, sino desde la ejemplaridad. Jesús se nos muestra irreconciliable con el ídolo del poder y quiere que sus discípulos sigan el mismo camino: deben romper con el poder, pero esto no es nada fácil. El demonio del poder es muy hábil y tiene una gran capacidad de seducción y de camuflarse. La experiencia enseña que el poder absoluto es más eficaz que un poder compartido. De ahí la tentación constante que han tenido y tienen los dirigentes sociales y eclesiales de imitar el poder político.

Y esto, en general, se hace no por ambición, sino que la mayoría de las veces se hace por motivos de eficacia pastoral. Aunque en el fondo se está mostrando de que, no se cree suficientemente en la fuerza del Evangelio y de la cruz, y se recurre a otras fuerzas del mundo, con serio riesgo de mundanizar a la Iglesia. Por eso, se necesita discernir los medios y las plataformas de inserción del Evangelio en el mundo. En esta fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo un gran servicio que podemos aportar al Papa es pedir a Dios que le dé salud, luz y fuerza para no caer en la tentación del poder.

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 19, 16b.19-21): *Y le echó el manto encima.*

Salmo (15, 1b-2a.5.7-11): *«Tú eres, Señor, el lote de mi heredad»*

2ª lectura (Gálatas 5, 1.13-18): *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.*

Evangelio (Lucas 9, 51-62): *Tú vete a anunciar el Reino de Dios.*

La vocación del cristiano es una llamada a la libertad, y Cristo nos libera de toda esclavitud. Ese es el gran argumento de la carta que el apóstol Pablo escribe a los habitantes de Galacia que habían abrazado el evangelio. Pablo les recuerda cómo ellos pasaron de su condición de esclavos, de sometidos a la ley, a la libertad que dimana por el hecho de aceptar el evangelio que nos anuncia nuestra condición de hijos de Dios. Esta condición filial nos permite movernos y vivir en libertad pues hemos sido promovidos de la condición de esclavos a la de hijos y por tanto libres en el Reino de Dios.

Esta condición cristiana está constantemente amenazada por quienes asumiendo poderes que no son legítimos intentan dominar nuestras voluntades impidiendo así que podamos ejercer nuestra obediencia en libertad. Pablo acaba llamando insensatos a los gálatas cuando los ve que se vuelven de nuevo a la disciplina de una ley que les esclaviza. La tradición judía se había asentado en la fidelidad a la ley de Moisés y resultaba muy difícil esa novedad, esa buena noticia de que el evangelio de Jesús es superior a la ley de Moisés. La única garantía que brindaba el evangelio era la percepción de ese espíritu de libertad totalmente contrapuesto al dominio opresor de la Ley.

Dejarse guiar por el Espíritu es vivir la auténtica libertad, mientras que apoyarse en la Ley para dominar las debilidades de la carne, es sucumbir ante su dominio, pues la Ley no justifica y en todo caso sirve para hacernos sentir el peso de nuestras injusticias. En cambio, el Espíritu supera el antagonismo y nos ayuda a vencer en la lucha contra la carne, que en definitiva se siente liberada cuando la alienta el Espíritu.

La llamada de Dios es una invitación a responder libremente; no es una obligación que vincula nuestra voluntad, ya que ésta sólo adquiere su máxima expresión cuando la persona siente la atracción del bien sin temor al fraude. Dios es el único que garantiza la bondad de las cosas, pues en ningún momento desea o proyecta el mal para el hombre. Ahí radica la diferencia entre aquellos bienes, que se nos presentan como urgentes y necesarios y acaban arrastrándonos hacia ellos, y el bien que nos brinda la Bondad suprema, en la que no cabe fraude alguno.

La respuesta libre a la vocación la podemos leer en el evangelio que nos presenta al discípulo que al escuchar la voz de Jesús diciéndole. Sígueme quiere liberarse de la presión urgente de la llamada del Maestro y pide un tiempo prudencial para acabar antes algunas tareas pendientes. Jesús urge la respuesta a su llamada como liberación de las otras urgencias que incapacitan para adentrarse en el camino del Reino. La vocación del cristiano continúa siendo libre, pero él debe conocer que su respuesta negativa le incapacita para sentirse libre frente a las otras urgencias, que acaban dominando nuestra voluntad.

¿Qué ha pasado en la transfiguración? ¿De qué han hablado Jesús y su Padre? No lo sabemos. Pero Lucas ha concentrado todo lo relativo al seguimiento a partir del texto evangélico de hoy y su decisión de ir a Jerusalén. Hasta la transfiguración, Jesús ha comenzado su misión mesiánica a la que ha asociado a sus discípulos. Ahora afronta su destino, probablemente en discernimiento con su Padre en el monte, que no es otro que asumir el camino del sufrimiento y de la muerte como vía hacia la auténtica vida. Y asocia a los discípulos a su destino de muerte. Quizá por eso, el discípulo calla.

La radicalidad evangélica nace de la sabiduría de la fe y no desde una perspectiva ascética en la que la persona tiene que alcanzar cada vez niveles mayores de renuncia. El discípulo es llamado al seguimiento de Jesús tomando la cruz. Hay que intentar tomar conciencia de cuáles son nuestras resistencias a esta sabiduría de la fe. Puede ocurrirnos que, respecto a estos temas, estemos un poco alerta, porque quizá, en algunos momentos de nuestra vida, nos hemos lanzado a radicalidades intensas. Estas radicalidades deben ser resituadas desde procesos en los que hay que tener en cuenta nuestras propias necesidades o limitaciones.

Estos textos son muy fuertes: **«Primero déjame despedirme de mi familia, déjame primero enterrar a mi padre»**. ¡Qué menos puede pedir uno que es llamado! Pero Jesús dice: **«Deja que los muertos entierren a sus muertos»**. Hay que leer esos textos tal como están dichos, y no intentar suavizarlos, racionalizarlos, porque así nunca comprenderemos qué es el seguimiento. El seguimiento significa que la persona de Jesús es para el creyente la vida, todo lo demás es muerte; que Jesús es el Absoluto, y ante Él ni los deberes más sagrados de la ley cuentan. **«Ninguno que pone la mano en el arado y vuelve la vista atrás es apto para el Reino de Dios»**. ¡Qué dinámica imprime a la existencia la llamada al seguimiento, a vincularse a la persona de Jesús y a su misión!

Es una dinámica claramente escatológica, en la que la vida está bajo el imperativo del amor único, total y absoluto. Estas frases deben ser escuchadas tal como suenan, no teniendo demasiada prisa en sacar conclusiones prácticas demasiado pronto. Primero hay que captar este espíritu del seguimiento como dinámica de absoluto. Pidamos a Dios un corazón capaz de dejarnos vincular a su Hijo en su destino hacia la Vida.

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 66, 10-14c): *Alegraos de su alegría.*

Salmo (65, 1b-3a.4-7a.16.20): *«Aclamad al Señor, tierra entera»*

2ª lectura (Gálatas 6, 14-18): *Dios me libre de gloriarme.*

Evangelio (Lucas 10, 1-12.17-20): *El reino de Dios ha llegado a vosotros.*

La paz, la reconciliación y el perdón no son tres palabras sinónimas. Tampoco son una secuencia lógica que siempre se sigue. Son tres términos que interactúan como en un puzzle. Cada uno de los tres, se engancha en los otros dos, pero con formas distintas, no suaves, ni repetidas. El discípulo de Jesús es vocero de cada una de ellas.

En la tradición hebrea y judía, la palabra “*Shalom*” es amplia, rica, jugosa, abierta. No es solo la ausencia de males, de guerras y conflictos. Se reduciría entonces a un sentido negativo: carencia de males. El “*Shalom*” de la tradición hebrea y judía es positivo: es vivir de forma justa, tranquila, reconciliada con los demás y con Dios. Jesús, en el evangelio que hemos escuchado, nos invita a que seamos misioneros de esta paz.

En nuestra cultura occidental la palabra “*paz*” se suele relacionar, espontáneamente, con ausencia de guerras o de conflictos graves. Pero también decimos que está “*la paz de los cementerios*”, que es silencio total y dominio de la muerte. Puede darse el caso de “*vivir en paz*” socialmente, pero estar sublevados interiormente, o enfrentados silenciosamente con los demás.

La historia humana está atravesada por conflictos, confrontaciones y agresiones. Son cortos los períodos de tiempo que la humanidad ha disfrutado de períodos en paz. La misión del discípulo es trabajar por la “*reconciliación*” y favorecerla. Restañar las culpas, tender puentes, buscar lo mejor del otro, proponer soluciones. El profeta Isaías se sirve de una experiencia profunda: el consuelo. El mismo Dios espera, abraza y consuela. El ser humano no puede sobrevivir roto, destruido y enfrentado; solo puede vivir en paz y reconciliado.

Dios consuela, nos dice Isaías, y perdona, nos dice Jesús en su evangelio. No es un “*perdón*” que niegue el mal, o que disimule torpemente las ofensas. Es un perdón lúcido, noble, maduro, que no hunde, sino que levanta; que no destruye, sino que construye; que no es vengativo, sino humanizador. El “*perdón*” puede sanar; la venganza nunca. La “*paz*” es frágil y hay que cuidarla. La “*reconciliación*” supone esfuerzo y altura de miras. El “*perdón*” es un don que debemos pedir continuamente a Dios, porque nosotros solos no lo podemos alcanzar. Nosotros somos hoy los setenta y dos discípulos que envió Jesús. Nosotros somos hoy los pies y las manos que trabajan por la paz, se esfuerzan en la reconciliación y viven en el perdón, desde el perdón y para el perdón.

El profeta Isaías nos presenta a la ciudad santa en el área celeste como una madre fecunda rodeada de sus hijos a los que nutre con sus caricias y delicias. La imagen de esta situación gozosa refleja el momento glorioso de la paz que goza el pueblo al retorno del exilio. Como un río de paz llegan los hijos a regocijarse con su madre. Lo contrario a este clima es la misión difícil de quien tiene que emigrar del seno materno (patria) para ir llevando la paz a otros terrenos. Es la tarea de los discípulos del Señor, aquellos a quienes se les ha confiado colaborar en la extensión del Reino de Dios. La dificultad principal queda reflejada en la presencia de otros pretendientes al dominio del mismo terreno.

El Reino de Dios en la tierra encuentra dificultades para su instalación; el evangelio nos habla de la presencia de auténticas fieras que buscan hacer estragos entre los enviados a llevar la paz a la tierra. Como lobos con piel de cordero intentan seducir con sus falsas promesas y bondades y niegan la necesidad de la cruz para alcanzar la gloria. El apóstol Pablo nos cuenta su experiencia decepcionante por haberse complacido en su aparente buen discurso ante los sabios de Atenas. El propio evangelista Lucas advierte a los discípulos, que vienen contentos de su misión porque han conseguido someter al enemigo, y les invita a que vivan la alegría de saber que sus nombres están inscritos en el cielo.

Esa es la verdadera razón que alegra el interior del hombre: saberse “*ciudadano del cielo*”, procedente de la bondad de Dios y llamado a ser coheredero de la gloria que el Hijo de Dios ha venido a ofrecernos con su donación y sacrificio sublime. Esa es la única razón de la que se atreve a gloriarse Pablo: la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en la cual el mundo está crucificado y también redimido. Rehuir de esa cruz equivale a no querer participar de la paz y de la bondad de Dios que ha quedado garantizada por encima de todas las dificultades y peligros de este mundo.

Sólo si somos capaces de marcar nuestros cuerpos con la cruz de Cristo nos sentiremos criaturas nuevas e inmunizadas frente a las molestias y daños que los lobos, serpientes o escorpiones, quieran hacernos. No se trata de marcas superficiales sino de una grabación en el interior de nuestro propio ser, que nos haga sentirnos incorporados a los sufrimientos de Cristo, si bien con la conciencia clara de que esos sufrimientos son plenamente salvíficos.

Para percibir esta incorporación como algo salvífico conviene recordar que Cristo ya ha superado estos sufrimientos y goza plenamente de la Gloria. Ese es nuestro destino si no renunciamos a nuestra condición de “*ciudadanos del cielo*”.

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Deuteronomio 30, 10-14c): *El mandamiento está en tu corazón.*

Salmo (68, 14, 17.30-31.33-34.36ab.37): *«Humildes, buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón»*

2ª lectura (Colosenses 1, 15-20): *Todo fue creado por él y para él.*

Evangelio (Lucas 10, 25-37): *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.*

Las gentes que estamos viviendo en la actualidad, vivimos el presente de una manera muy peculiar. A lo largo de un día cualquiera cambiamos de actividad varias veces; nos relacionamos con personas de diferentes edades, de distintas nacionalidades, de distintos trabajos, de familias con formas de entender la vida hasta contradictorias. Sin embargo, pocas veces caemos en la cuenta de que a nuestro lado caminan personas solas.

Las ocupaciones y las distracciones en el tiempo presente llenan, muchas veces, nuestro tiempo de ocio y de labor por el que transcurre el día a día, y que solo lo rompen los sucesos extraordinarios. El porqué sucede todo esto es lo que deberíamos cuestionarnos las personas que difícilmente nos juntamos a convivir y a plantearnos la vida en común para que nuestro presente tenga sentido.

La parábola del “buen samaritano” del evangelio de hoy, nos enseña que no basta conocer la ley, y ser un experto de la misma, para garantizar su cumplimiento. No hay mayor plenitud en la observancia de la ley que en la consumación de lo que ella requiere. Cuando nos desviamos del sentido de la ley que siempre tiende a facilitar el bien, acabamos desfigurando la propia bondad de la ley y de sus fines.

En la parábola se insiste en que ni el sacerdote ni el levita se sintieron motivados para obrar bien con el malherido de quien rehuyeron encontrarse para salvar su actitud de negligencia ante el necesitado. El samaritano, en cambio, sintió la necesidad de intervenir a pesar de la premura que llevaba en su viaje. Después de atenderle con los primeros auxilios se ocupó para que nada le faltase y así encargó al posadero que le siguiera atendiendo y ya le abonaría él mismo los gastos cuando estuviese de vuelta.

El sacerdote y el levita de la parábola pasan de largo ante la persona que ha sufrido una interrupción dolorosa de su camino; el pasado de los dos personajes (la religiosidad del primero y el cumplimiento de la letra de la ley del segundo) les impide aproximarse a la persona “herida”. La invitación evangélica, que la persona del samaritano nos sugiere, es a conectarlo con nuestro presente y el de los demás conciudadanos; y, cuando el presente de alguna persona es precario por la situación que está viviendo, se convierte también en nuestro presente solidario que pone en marcha los recursos personales: atender, curar, proporcionar, colaborar.

La diligencia del samaritano frente a la negligencia de sacerdote y el levita, marca la diferencia entre “amar o cumplir la ley”. Amar no es cumplir la letra de la ley; eso llevó a los letrados de la época a justificar la negligencia de aquellos que no podían soportar el peso de la ley. Ellos, nos dirá el evangelio, son incapaces de soportar las leyes que imponen sobre sus súbditos.

La Ley de Dios, sin embargo, no excede al hombre, ni le resulta impracticable. La Ley de Dios, está muy cerca de nosotros; está en nuestro propio corazón. Si fuéramos capaces de activar lo más noble y profundo de nuestro ser, sentiríamos el gozo de cumplir la ley, pues ella se nos fue dada para nuestra delicia y recreo, para nutrir nuestra voluntad como alimento que la regenera y libera de falacias y encantos cautivadores.

El ejercicio de aceptación libre de la voluntad de Dios es un don que el Espíritu nos concede con generosidad asombrosa, ya que no se cansa de brindarnos, una y otra vez, la oportunidad de abandonar la negligencia con la que rechazamos la bondad. No se trata de puros sentimientos, la fuerza del Espíritu se nos brinda con la ayuda de la inteligencia, del consejo, del temor de Dios, que nos hace saber con acierto dónde está la verdad. Conocer la ley de Dios lleva consigo ya una participación de amor: del amor de Dios que nos quiere y por eso nos orienta con su ley y también de amor humano ya que el amor de Dios ejerce atracción sobre nosotros en lo profundo y noble de nuestro ser.

Sólo así se comprende la benevolencia de un Dios que no ha venido a condenar a nadie, sino a invitarle con amor generoso a que se salve. Esto explica que no hay conversión posible hasta que la voluntad humana y el corazón, sede de las decisiones, elija sabía y libremente cumplir la voluntad divina, que siempre quiere el bien para el ser humano. No nos engañemos y salgamos de esa actitud negligente que pretende justificarse diciendo que la ley de Dios es muy difícil de cumplir.

Igual que el samaritano facilita el futuro del que cayó herido aproximándose a él, cuidando sus heridas, llevándolo a la posada y poniendo sus bienes al servicio de esa persona anónima que en ese momento lo ha necesitado, el futuro del ser humano (de la sociedad) tiene mucho que ver con que nosotros hagamos lo mismo con las personas con las que convivimos, las que van pasando por nuestro lado y con nosotros mismos.

¿Viste lo que hizo el buen samaritano? Pues, anda, ve y haz tú lo mismo.

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Génesis 18, 1-10a): *Señor mío, si he alcanzado tu favor, no pases de largo.*

Salmo (14, 2-5): *«Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?»*

2ª lectura (Colosenses 1, 24-28): *Llevar a plenitud la palabra de Dios.*

Evangelio (Lucas 10, 38-42): *Sentada junto a sus pies, escuchaba su palabra.*

Prestar atención a la palabra es ya signo del crédito que concedemos a la misma. No solemos escuchar con atención las palabras ya conocidas y que no llegaron a interesarnos en el primer contacto que tuvimos con ellas, llegamos a entender su sentido, pero no llegan a prender en nuestro interior y con facilidad las olvidamos.

La Palabra de Dios, sin embargo, es algo vivo que arraiga en la propia experiencia, en el acontecer de nuestra historia; es algo que ocurre, que pasa cerca de nosotros, que nos interpela y nos cuestiona, algo así como en su tiempo pasó aquella tarde en el encinar de Mambré. Pasó por allí Yahvé delante de Abrahán que estaba sentado a la puerta de la tienda; el patriarca le prestó toda su atención y le invitó a tomar un refrigerio y recobrar fuerzas antes de seguir. Yahvé agradeció este gesto de hospitalidad de Abrahán obsequiándole con el mejor regalo deseado: un hijo en la ancianidad. No esperaba tanto el amigo de Dios, le bastaba su amistad y solo su presencia era para él el mejor regalo. Nada tiene que pedir el huésped en la casa del amigo, si acepta la invitación le ha hecho el mejor regalo: *“convertir la amistad en familiaridad”*.

La cercanía de Dios parte de su benevolencia, brinda su amistad al hombre en forma de Palabra amorosa, de comunicación coloquial, sin exigir una respuesta obligada. Quiere Dios ser invitado por el hombre y conversar con Él, como en otro tiempo hiciera con Abrahán en aquel atardecer de Mambré. Así a través de los tiempos Dios se ha manifestado al hombre en forma de Palabra, que ha ido diseñando la historia de la humanidad. La Palabra de Dios es la historia de esa relación amorosa, de ese coloquio que intercambia la palabra y su escucha, que atiende y responde con su propia historia, su propia vida con sus aciertos y desaciertos, con sus alegrías y penas, y hasta con la cólera divina que pone de relieve su gran misericordia al declarar lo más íntimo de su corazón: *«No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva»*.

Mal ha escuchado la Palabra de Dios quien sólo ha leído la cólera divina como un instrumento de castigo y aniquilación del infractor de la ley. Es cierto que en la Biblia resuenan esas palabras, pero no es ese su contenido cuando se escuchan atentamente y siente uno el celo de Dios por el bien de su pueblo; es mucho mayor la paciencia de Dios y su inquebrantable fidelidad a la alianza sellada con Abrahán, su palabra, la palabra divina, se ha hecho realidad paciente y respetuosa con la libertad del hombre a lo largo de la historia; el anuncio de Gabriel a María recuerda la presencia de Yahvé ante Abrahán, y la actitud (escucha de la palabra) de María perfecciona la acogida de Abrahán y recibe un regalo superior que será el propio Hijo de Dios en su seno.

Nos esforzamos para que todo esté limpio y ordenado y preparamos una comida especial, cuando va a llegar un invitado a nuestra casa. Deseamos que se encuentre a gusto: *“como en su casa”*. Así le sucedía a Marta. Esa era su preocupación y su afán. En cambio, María, su hermana, se lo tomaba con más calma, tenía otras preferencias. Marta estaba preocupada por las cosas de la casa, tan necesarias. María, en cambio, había decidido dedicar su tiempo y su atención al invitado de la casa.

Mirémonos. A nivel social, tal vez nos suceda como a Marta, que vamos y venimos por la vida atareados en mil cosas, algunas importantes y otras sin importancia, cosas que realizamos por costumbre, o por inercia, o porque la vida nos empuja con sus quehaceres y demandas. A mucha gente la prisa le empuja todo el día, desde que suena el despertador hasta la noche. Y a casi todos, el ruido nos envuelve por fuera y por dentro: en la calle, en las redes sociales, en la televisión, y en la mente, esa loca de la casa, que decía Teresa de Ávila.

Y así todo el día, un día tras otro, sin darnos cinco minutos de silencio, de calma, para tomar aire, para caer en la cuenta de que todo lo importante de la vida es gracia. Como cristianos nos puede suceder algo similar. Olvidarnos de la actitud de María, de lo que ella representa, y quedarnos solo con los afanes de Marta, siempre atareados en nuestras cosas religiosas, pero sin prestar verdadera atención a Jesús, como si él solo fuera un recuerdo, un concepto, una afirmación del credo. Pero resulta que él, Jesucristo, es el invitado de la casa y ha de ocupar siempre el centro de nuestro interés, como hizo María.

¿Es posible que nadie nos haya ayudado a descubrir que lo verdaderamente importante es poner la atención en Jesús, como hacía María, y que todo lo demás irá naciendo de ahí, de ese encuentro, como de una fuente? *«Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría»*. Tal vez andemos sobrados de palabras, quizás nos sobre palabrería, y es posible que andemos necesitamos de silencio y de interés por escuchar, por acoger al único que es la Palabra. ¿Necesitamos parecernos un poco más a María? El Evangelio nos invita a ello: El papa Francisco nos recuerda que *«Jesús quiere evangelizadores que anuncien la Buena Noticia no solo con palabras, sino, sobre todo, con una vida que se ha transfigurado en la presencia de Dios»* (Evangelii Gaudium, 259). ¿Yo, a quién me parezco más, a Marta o a María? ¿Me doy tiempo para escuchar a Jesús en el Evangelio? ¿Presto atención a lo que dice y a lo que hace?

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Génesis 18, 20-32): *¿Es que vas a destruir al inocente con el culpable?*

Salmo (137, 1b-3.6-8): *«Cuando te invoqué, me escuchaste, Señor»*

2ª lectura (Colosenses 2, 12-14): *Por el bautismo habéis resucitado con él.*

Evangelio (Lucas 11, 1-13): *Padre, venga a nosotros tu reino.*

Dios siempre escucha a cuántos acuden a Él. Escucha el clamor de las personas. Es una constante: escucha, ve a los suyos, mira con misericordia, siente ternura, se afecta por la necesidad de sus hijos, acoge a todos, regala perdón... **¡Es un Padre!** Abrahán se le acerca (Dios está ahí, esperando) para pedirle justicia por la suerte de la ciudad y de las personas. Le habla de tú a Tú, como a un igual y consigue lo que pide. Es una petición llena de confianza, apelando a la bondad y justicia de Dios, subraya la desproporción: a pocos inocentes que haya (¿y si solo hubiera uno?) llegará el perdón. El Dios Padre, rico en bondad y misericordia, va por delante, y nos señala que cada uno de nosotros podemos vivir practicando la justicia y el derecho, buscando el bien, viviendo en fidelidad a sus mandatos.

La escucha es acogida de la llamada y de la invocación. Dios escucha, pero hay que dar el primer paso: **«Cuando te invoqué me escuchaste, Señor»**, dice el Salmo. Este Padre es alguien que siempre está, que se siente interpelado y actúa en nuestro favor, no para solucionar lo que debemos hacer nosotros, sino para darnos la fuerza en las tareas y el ánimo necesario en Jesús, el camino. No cabe otra respuesta a esta escucha: te daré gracias, Señor, me postraré (no me humillaré, porque tu grandeza levanta) por tu misericordia y lealtad, por fijarte en mi pequeñez, por no abandonarme.

No andamos solos, y estamos llamados a compartir el mismo destino de vida de Jesús Resucitado, nos dice Pablo. Somos hijos en el Hijo, bendecidos por Dios Padre y renacidos a la vida plena por el bautismo. Claro que a veces se nos olvida esta grandeza y hacemos del bautismo un rito vacío o una costumbre social (y ya casi ni eso).

La vida plena y nueva es una llamada a planificar toda nuestra persona y nuestro actuar. Pero no lo hacemos por cuenta propia: Dios está ahí, en todo momento, acogiendo y animando. A Él acudimos siempre. Los amigos de Jesús, después de ver cómo habla con Dios, le piden que les enseñe a rezar. Y Jesús les dice: cuando recéis, decid **«Padre nuestro»**, de todos, y presentadle las necesidades de pan, de que llegue su reino, de perdón y de apoyo para no caer. Jesús es ejemplo porque primero lo hace Él, es maestro de oración y nos enseña que no hay que decir muchas cosas, sino mostrar confianza, cercanía, apertura y disponibilidad a lo que Dios quiere... Eso sí, recibiendo una promesa: pedid y se os dará, buscad y hallaréis...; pedid no solo cosas, ni necesidades concretas, sino la misma fuerza del Padre, su Espíritu.

Quizás lo primero que haya que precisar es que el término “diálogo” es el de una relación interpersonal en la que cada uno expresa su pensamiento en forma de comunicación a la vez que escucha así mismo al interlocutor. En este “diálogo” puede producirse toda clase de expresiones de intercomunicación personal y se quiebra cuando desaparece la escucha o respuesta.

Llamamos a la oración “diálogo con Dios”, ya que nuestra relación con Él es la interlocución que alaba, expone su situación, pide, solicita consejo o ayuda, escucha su palabra y agradece las gracias recibidas del Altísimo. No es oración dirigirnos a Dios simplemente reclamando su ayuda sin escuchar la respuesta que Él nos brinda con sorprendente generosidad.

Pero quien anula la condición de oración sincera somos nosotros y no Dios que nunca rechaza una palabra que se le dirija. Dios nunca está sordo, ni hace caso omiso a nuestras quejas; Él siempre responde; lo que sucede es que a veces su respuesta no es la que nosotros quisiéramos, e incluso con frecuencia sólo la podemos percibir en el silencio, que nosotros obstaculizamos con nuestras exigencias impacientes.

La oración como diálogo activo que es, supone permanecer siempre a la escucha de la palabra de Dios que se hace respuesta a nuestras peticiones a través de nuestra propia voluntad, que en la oración sincera y tal como Jesús nos la enseñó trata de identificarse con la voluntad de Dios, expresada en la fórmula confiada con la que nos dirigimos a Dios invocándole como **«Padre nuestro»**, nos permite calibrar que nunca la voluntad de Dios es contraria a nuestro bien. La tentación perenne radica en que el Maligno trata de engañarnos y brindarnos bienes que no “cotizan” en el Reino de Dios.

De ahí la necesidad de expresar nuestro deseo sincero a Dios de que su Reino vaya estableciéndose en el área donde nos movemos. Dios es el único rey que invita a todos sus “súbditos” a su mesa y les considera con el máximo grado de familiaridad, permitiéndoles que le llamen **«Padre»**. Este “diálogo amoroso” y consistente con Dios nos lleva a considerar la oración como la garantía de que nuestras faltas o deficiencias se iluminan en ese clima de relación personal con Dios y nos mueve a pedir perdón al Señor y sentir su benevolencia en el ejercicio que nosotros mismos tenemos que hacer con aquellos que nos ofenden. La oración no nos permite considerar las ofensas recibidas como algo imperdonable, sino como una ocasión para comportarnos con los demás con la misma benevolencia de Dios.

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiastés 1, 2; 2, 21-23): *¡Vanidad de vanidades; todo es vanidad!*

Salmo (89, 3-6.12-17.17): *«Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación»*

2ª lectura (Colosenses 3, 1-5.9-11): *Vuestra vida está en Cristo.*

Evangelio (Lucas 12, 13-21): *Guardaos de toda clase de codicia.*

El evangelista Lucas, sitúa a Jesús en el marco de su viaje a Jerusalén, dónde va instruyendo a los discípulos. Aquí, concretamente les habla de la inutilidad de las riquezas, del poseer. Para ello utiliza esta parábola del “rico necio”. El evangelio comienza presentando a uno que pretende comprometer a Jesús en un pleito de herencias, pero Jesús deja claro que Él no ha venido a este mundo para dirimir cuestiones económicas y aprovecha la ocasión para advertir severamente contra los peligros de la codicia, pues posiblemente el pleito entre dos hermanos sería para aprovecharse el uno de la parte del otro. Por ello Lucas habla de la banalidad de las riquezas en este mundo.

En el fondo, esta Palabra, confronta dos maneras de entender la vida, de plantearnos qué criterios nos mueven, qué valores defendemos. Porque podemos darnos cuenta de que, trabajar para enriquecernos sin preocuparnos por los demás genera en nosotros ansiedad y nos aboca al sinsentido, es la experiencia de Qohélet en la primera lectura. Para el que se preocupa únicamente de sí mismo acumulando riquezas, muchas veces, de manera injusta, todo es vanidad, la vanidad de unas riquezas que no podremos llevar con nosotros en el momento supremo. Es lo que plantea el evangelio con esta parábola de donde podemos deducir que el rico es necio, porque él se irá sin poderse llevar sus bienes; por tanto, solo merece la pena lo que dura para siempre.

Desde aquí vemos que las riquezas de este mundo no traen la felicidad al hombre, no dan al hombre el auténtico sentido de su vida, más bien lo abocan a la frustración y a la depresión. La auténtica riqueza tenemos que buscarla en *«los bienes de allá arriba»*, como nos dice san Pablo en la segunda lectura y esto supone ser consecuentes con nuestra condición de bautizados. En el bautismo fuimos incorporados a la muerte y Resurrección de Cristo y tenemos que vivir una vida nueva, una vida en Cristo resucitado. Para esto nos dice san Pablo que tenemos que despojarnos de nuestra vieja condición, tenemos que matar al hombre viejo que quiere permanecer en nosotros con sus obras. Renunciar a la codicia, avaricia, etc. Tenemos que vivir como criaturas nuevas construyendo un nuevo orden, una nueva vida basada en la fraternidad, en la justicia, en la unidad, en la solidaridad, sobre todo con aquellos que más lo necesitan.

Establecer un orden de prioridades en nuestros afanes y deseos supone un buen conocimiento y control de los valores que se nos ofrecen. Algunos de esos valores son dones y regalos que se nos han confiado para nuestro desarrollo y progreso; otros, en cambio son valores añadidos que vamos adquiriendo con el buen uso de la dotación y recursos que se ponen a nuestro alcance. El mayor riesgo de devaluación consiste en apreciar o estimar valores en alza que no resisten el paso del tiempo. Se trata de valores efímeros que acaban con nuestros recursos sin darnos nada a cambio sino la mera satisfacción de poseerlos o disfrutarlos por breve espacio de tiempo. Lo peor es cuando nos jugamos en esa inversión algo más que parte de nuestros recursos, rozando algunas veces lo más noble de nuestra existencia. En lugar de establecer una sabia jerarquía de valores acabamos relativizándolo todo en aras de conseguir aquellos valores que nos deslumbran.

Cuando tratamos de sacarles rendimiento a nuestra economía nos asesoramos antes de tomar decisiones que puedan poner en peligro nuestros haberes; en todo caso, pronto aprendemos de los errores y acabamos estableciendo un orden de preferencias. Descubrimos que no es oro todo lo que reluce y empezamos a sopesar los riesgos de una decisión precipitada. No damos tanta importancia al mantenimiento de nuestros haberes espirituales, si bien con el paso del tiempo maduramos cada vez más nuestras decisiones y tratamos con menos hostilidad las dificultades y criterio del prójimo. Esta madurez nos ayuda a valorarlo todo con criterio menos egoísta y así descubrimos los valores permanentes y vamos estableciendo una jerarquía de valores que nos invita y ayuda a apreciar y estimar lo mejor. Ese es el primer paso para que el esfuerzo por conseguir siempre lo mejor se vaya instalando en nuestra forma de ser y nos haga cada vez más dignos y generosos en nuestras decisiones. Perdemos el miedo a quedarnos sin recursos, ya que apreciamos y estimamos en mayor valor lo que esperamos alcanzar con nuestro esfuerzo.

Esta presencia de la virtud en nuestras decisiones se define muy claramente en la conducta cristiana de quien no sucumbe ante la codicia y avaricia, sino que estima en mayor grado los valores espirituales y sobre todo aquellos que perviven más allá de la existencia terrenal. Vanidad de vanidades es toda riqueza material si no somos capaces de invertirla en valores superiores que trasciendan la caducidad de nuestra vida. Esa es la dimensión apuntada en el evangelio cuando nos advierte que quien busca salvar su vida la perderá, mientras que quien pierde su vida por los valores que anuncia el evangelio la encontrará. Podemos vivir a tope nuestra vida aquí en la tierra y agotarnos antes de llegar a la vida eterna. Tampoco vale renunciar sin más a nuestra vida aquí en la tierra ya que ella forma parte de ese regalo y recursos que Dios nos concedió para con su gracia conseguir la vida eterna. Todo es cuestión de establecer una correcta jerarquía de valores.

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 18, 5-9): *Tu pueblo esperaba la salvación de los justos.*

Salmo (32, 1.12.18-20.22): *«Dichoso el pueblo que el Señor se escogió como heredad»*

2ª lectura (Hebreos 11, 1-2.8-19): *La fe es fundamento de lo que se espera.*

Evangelio (Lucas 12, 32-48): *Donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.*

Creer no es solo aceptar las verdades propuestas como si de una declaración de fidelidad se tratara. Creer es ampliar nuestra visión de la realidad, aceptando esa ampliación como un auténtico progreso sobre la limitación de otras visiones carentes de fe. Esto quiere decir que la fe no coharta la libertad ni el progreso sino todo lo contrario: la fe abre horizontes insospechados y fortalece nuestra capacidad de afrontar las dificultades para que las realidades humanas no se conviertan en catastróficas. La fe abre nuevos horizontes y confirma las promesas de futuro que nos permiten afrontar con mayor valor las dificultades entre las que transcurre nuestro presente. La fe nos permite asomarnos con la garantía de la revelación superior a ese mundo transcendente que da un nuevo sentido a la existencia humana.

Por la fe el cristiano aprecia y estima el dolor e incluso la muerte como realidades fáciles de superar considerándolas como hechos caducos y perecederos ante los cuales no basta sentirse víctima sino auténtico oferente al participar del sacerdocio de Cristo. Esa actitud activa frente a las dificultades de la vida brota de la nueva visión de futuro que proporciona la fe. Conviene recordar que la fe es un don gratuito que Dios nos concede y requiere al mismo tiempo una respuesta: es lo que llamamos “*virtud de la fe*”.

Como todo acto personal la fe requiere una actitud viva, libre y responsable. Al igual que otros actos humanos son las facultades: memoria, inteligencia y voluntad, las que determinan el grado de respuesta que se da al don divino. De ahí la necesidad de conocer bien los motivos de la fe, así como su oferta benéfica para la vida humana. La falta de conocimiento del don divino, así como el olvido de los dones recibidos, suelen frenar nuestra voluntad más proclive a otros incentivos que nos parecen, por ignorancia, más razonable y liberadores.

La fe es una gran noticia que nos llega de Dios, llena de esperanza y que nos invita a adentrarnos en esa aventura que es la existencia cristiana. Con frecuencia esta llamada divina desestabiliza nuestro pasado y nos invita a avanzar hacia un horizonte nuevo que transforma nuestro criterio y nos capacita para afrontar retos insospechados que dignifican nuestra existencia y llegamos hasta gloriarnos en la cruz de Cristo. La fe supone tener confianza en Jesús y saber que su propuesta es algo que nos hace vivir en novedad. Nada más contrario a la fe que el inmovilismo de quien ya ha encontrado sus seguridades aquí en la tierra. La vida nueva del Resucitado es lo que va surgiendo en nuestro interior a medida que vamos progresando en nuestra respuesta de fe ante las circunstancias personales que nos suceden cada día. Esa es la esperanza que garantiza la fe.

El evangelio de este domingo es relativamente largo, nos encontramos en él dos parábolas distintas diferenciadas por la pregunta de Pedro y una enseñanza al inicio sobre los bienes materiales y la verdadera riqueza. Por si esto no fuera poco no faltan palabras de Jesús de no fácil interpretación como las finales de este evangelio que dicen que *«al que mucho se le dio, mucho se le reclamará»*. Así que es necesario poner un poco de orden y contemplar nuestro evangelio de forma unitaria y no segmentada. Y, sobre todo, antes de cualquier consideración, atender bien a las primeras palabras del texto que contienen una palabra de aliento *«no temas»* y la formulación de una promesa ya realizada: Dios nos ha concedido ya el Reino.

«Donde está vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón». Esta frase tan clara de Jesús no deja lugar a dudas. Es verdad que en esta ocasión el término de la comparación es la riqueza, los bienes materiales. O, mejor dicho, el uso que hagamos de ellos. Una forma de lograr ese tesoro auténtico, nos dirá Jesús, es compartir los bienes y dar limosna. Este medio prepara nuestro corazón para que el dinero no lo estropee.

Tenemos que estar preparados porque el Señor va a volver, no sabemos la hora. Pero en ningún caso interpretamos esta parábola en términos de amenaza, sino más bien de llamada de atención, de invitación a la vigilancia. Estamos todos tan apegados a nuestra realidad cotidiana, a los afanes de nuestro trabajo, de nuestra familia, de la sociedad... que a veces se nos puede pasar por alto que nuestro paso por esta tierra es transitorio. Tenemos que levantar la vista y mirar el horizonte de nuestra vida terrenal, sabiendo que después de este la vida no se agota.

Estar vigilantes, sí, estar preparados. La segunda parábola tiene un tema parecido a la anterior, pero en esta aprendemos que mientras esperamos esa llegada última del Señor no nos tenemos que quedar de brazos cruzados. Se trata de ponernos a trabajar sirviendo a nuestros hermanos. Como aquel administrador fiel y prudente que cumplió su trabajo correctamente. Tenemos que estar vigilantes para descubrir al Señor que hoy ya viene a nuestras vidas. Tenemos que no perder la esperanza del cielo, prepararnos para esa definitiva llegada del Señor. Y mientras tanto, ser responsables, y hacer fructificar lo mucho que el Señor nos ha dado, por amor y por sincero agradecimiento.

LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN MARÍA

1ª lectura (Apocalipsis 11, 19a; 12, 1.3-6a.10ab): *Dio a luz un varón, destinado a gobernar los pueblos.*

Salmo (44, 10bc.11-12ab.16): *«De pie a tu derecha está la reina, enojada con oro de Ofir»*

2ª lectura (1ª Corintios 15, 20-57a): *El último enemigo aniquilado será la muerte.*

Evangelio (Lucas 1, 39-56): *¡Bendita tú entre las mujeres!*

María, la humilde joven Nazarena, vivió múltiples experiencias que determinaron su vida, pero también la nuestra; desde el encuentro con Dios que, por medio de su ángel, le invitó a ser la madre del redentor y al que, aun sin saber muy bien qué significaba, se atrevió a decir «*¡Cuenta conmigo!*»; hasta la relación con su propio Hijo, Jesús, a quien escuchó y siguió desde su concepción hasta su muerte y resurrección, convirtiéndose, para nosotros, en modelo de creyente; pasando por el viaje, ya embarazada, para ayudar a su prima Isabel necesitada de apoyo; y también el camino vivido con los seguidores de Jesús, la Iglesia naciente, que vivía a trompicones la enseñanza del Maestro. Así y en mil momentos más, fue acogiendo la voluntad de Dios, dejando moldear su corazón y cambiando, con sigilo, la historia de la humanidad. María guardó y acogió todo en su limpio, entregado y arriesgado corazón.

María supo reconocer y acoger la voluntad de Dios en medio de todas las circunstancias de su vida, incluso en las adversas y amargas donde podía no resultar evidente. Ella «*proclama la grandeza del Señor*» presente en la vida de las personas, dando consuelo, curando y levantando a los postrados. Ella ha experimentado que Dios no es indiferente ante sus hijos necesitados y que siempre sale en nuestra ayuda, en muchas ocasiones, por medio de otras personas. Ser bendecidos por Dios no significa que se cumplan nuestros planes o que gane nuestro equipo, sino reconocer que Él sale a nuestro encuentro y nos invita a abrir nuestra vida a su voluntad. Así Dios podrá nacer, crecer y vivir en nosotros, como lo hizo en María, y, por medio nuestro, llegar a todo nuestro mundo y nuestro entorno.

En María se encuentran Dios y la humanidad. Su capacidad de acoger la voluntad de Dios y no ponerle barreras la hace ser una puerta abierta entre Dios y nosotros, entre el cielo y la tierra. Su docilidad para albergar en su corazón al mismo Dios, nos enseña a confiar en Él absolutamente. Su humildad siendo “*una más*” ante la Iglesia naciente, la hace merecedora del reconocimiento universal. Su compromiso con las personas, anteponiéndolas a ella misma, la hace ser la mujer más grande, excepcional...

Todo en ella es bueno, todo en ella es amor, todo en ella es de Dios. Por eso celebramos que María es llevada al cielo. No es una conquista, es un don del mismo Dios que cautivó a María y la hizo ser referencia para cada uno de nosotros y para toda la Iglesia. Que ella, que sabe bien de nuestra vida, interceda por nosotros.

El dogma de la Asunción de María, la Madre de Dios, en cuerpo y alma a los cielos confirma la tradición multisecular de que la Virgen Madre triunfó definitivamente sobre la muerte. Ha sido la primera criatura que ha gozado del favor de Dios y gracias a una singular predilección divina su fidelidad al Señor la hizo digna de superar la muerte como un auténtico tránsito de la tierra al cielo. La Asunción de María es el colmo de todas las aspiraciones del ser mortal: es instalar su existencia más allá de lo caduco y de la certeza de la muerte.

El autor del Apocalipsis nos ha descrito a María como la mujer que huye del dragón que la acosa por doquier amenazándola con tragarse al hijo que lleva en sus entrañas. La mujer escapa de la furia de este monstruo, príncipe de la muerte. La mujer es portadora de vida y da a luz un varón que triunfará definitivamente sobre la muerte. Esta mujer, figura de María, es el símbolo de la victoria gloriosa sobre el mal.

En el dogma de la Asunción creemos que es verdad la victoria sobre todos los dinamismos de muerte; descubrimos que nuestra existencia terrenal, con su cuerpo y alma, es capaz de superar sus propios límites y tiene garantizada una pervivencia en el espacio glorioso que ya ocupa María. Ella es la muestra evidente de que también una criatura humana puede alcanzar la gloria de la resurrección. Se trata de una evidencia de fe, que requiere apertura de mente ante las maravillas de Dios; no podemos amortiguar este esplendor de la Asunción mediante cálculos mezquinos que nos impiden alcanzar visiones más esperanzadoras.

¡Qué poco pensamos en la condición gloriosa de nuestro cuerpo! Nos hemos limitado a pensar y a medir sus posibilidades, sus virtudes y sus enfermedades; y en todo caso sólo hemos contemplado con agrado la salud que es equilibrio de fuerzas bioquímicas. Nos ha faltado salir de ese cálculo mezquino y no hemos pensado en introducir una visión más amplia que nos ofrece nuestra condición cristiana. Fuimos incorporados a Cristo por el Bautismo y en la Eucaristía participamos de su muerte y de su resurrección. El cuerpo de los cristianos es algo más que un amasijo admirable de elementos bioquímicos; es participación fiel del cuerpo glorioso de Cristo, nacido del cuerpo de María, de quien la fe afirma que participa ya plenamente de la gloria en los cielos.

El dogma de la Asunción de María a los cielos no es sólo una verdad que hay que creer; es una afirmación fidedigna de la riqueza inmensa que afecta al cuerpo humano y que lo enaltece hasta la misma gloria en los cielos. Si Jesús, al subir a los cielos, nos abrió el camino a la gloria, la Asunción de María garantiza que también las criaturas humanas son susceptibles de llegar mediante la fe a gozar de una existencia gloriosa más allá de la muerte.

DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 38, 4-6.8-10): *Ese hombre no busca el bien del pueblo.*

Salmo (39, 2-4.18): *«Señor, date prisa en socorrerme»*

2ª lectura (Hebreos 12, 1-4): *Renunciando a todo lo que nos estorba.*

Evangelio (Lucas 12, 49-53): *He venido a prender fuego a la tierra.*

Pocas personas como Jeremías han sabido expresar los procesos existenciales de quien se encuentra con la Palabra de Dios y se la toma en serio. Él, que no tiene rubor en hablar de su propia experiencia religiosa y sus tensiones interiores contradictorias, nos detalla sus sorpresas y conmociones, sus rebeldías imposibles a la vez que su apasionada entrega, cada vez que “escucha” la Palabra interior que le desvela las fuerzas de un mundo que todo lo racionaliza a partir de su primera opción: el poder. La admiración es la primera consecuencia de la profundidad con que esa Palabra destapa los muchos velos con que los humanos cubrimos la vida personal y la historia colectiva. Sin alardes, con naturalidad, nos coloca ante nuestra patética verdad: Inadmisible y vergonzante.

Con la misma sencillez que nos lo dice, nos señala la podredumbre que anida dentro y nos indica el camino de la esperanza. Tan real como posible, tan apasionante como difícil. Es una Palabra de grandes ojos que hace ver la vida como es, cruda, pero desde una perspectiva de futuro en la que decisión, oposición y miedo son ingredientes asiduos de esta historia que busca personas decididas a pesar de la fragilidad que impregna todas las fibras de las que estamos hechos. Toda la realidad participa de esta dualidad de podredumbre que tiende a expandirse y esperanza que busca detenerla y reducirla. El rey de su tiempo es la contrafigura de quien escucha las distintas palabras que se dicen en el mundo y se inclina por su interés propio, egoísta y acomodaticio, hasta que su propia conciencia se le impone y actúa, por primera vez, como rey.

Por eso Jesús nos habla de incendios interiores, antorchas que propagan fuegos personales, distancias vitales entre personas cercanas, incomprensiones entre personas llamadas a entenderse, guerras dentro de los ambientes propios de la paz, diferencias entre quienes deben construir un proyecto común. Seguir a Jesús, como escuchar a Dios, no coincide mucho con la comodidad de una vida de sillón y zapatillas. No es necesario tampoco pensar en hacer cosas sin discernimiento. Lo que nos pide es decisión, no permanecer en la duda interminable y construir su Reino, sobre la atención a los pequeños, débiles, enfermos y marginados, en nuestra sociedad humana. Hay que recuperar el objetivo del bien común, no pensando en términos de índices de eficiencia sino en sensibilidad humana. No apaguemos nunca la llama de la esperanza que Dios encendió en nuestro interior desde que nos hizo seres anhelantes de superación. Desde entonces nos está dirigiendo su Palabra que invita a mantener y avivar esa Esperanza. Somos más humanos cuanto más esperanza tenemos.

Nos llama la atención que el evangelio anuncie con tanta contundencia que Jesús no vino a traer la paz a la tierra, sino división. Es más, vino a traer fuego y su deseo es que arda. Desaparece la imagen de un Jesús dulzón y amigo de componendas, mientras que se abre paso la figura del juez celoso que desea implantar el reino de la verdad y de la justicia. ¿Qué ocurre pues, con aquel anuncio de “paz en la tierra” que supuso el nacimiento del Mesías? Habrá que profundizar en el significado de la Encarnación, cuyo final no es la Muerte de Cristo sin más. Si el nacimiento de Jesús fuese sólo el comienzo de un ciclo de vida caduca y perecedera, su muerte sería la afirmación de un fracaso sin más. Pero el Amor del Padre envió al Hijo a la tierra para que reconciliase todas las cosas en Él, para apaciguar todas las fuerzas desencadenadas en contra del designio divino. Esta paz y reconciliación requería la derrota de las fuerzas hostiles, usurpadoras de la voluntad divina y que habían introducido en el mundo un falso reino de paz y de bienestar, la guerra que Jesús anuncia en el evangelio es la batalla que supone la implantación del reino de la verdad.

El reino que Jesús trae no es de este mundo, como tampoco es la paz igual como el mundo la da. El reino de la verdad no niega el dolor y el sufrimiento, ese fuego purificador que divide la verdad y la mentira acaba por esclarecer el horizonte y devolver la mirada serena al hombre aun a costa de haber abandonado a su padre o a su madre por el reino de los cielos. Es la violencia necesaria, el esfuerzo imprescindible que todo hombre y mujer ha de sufrir para traspasar el umbral del egoísmo y adentrarse en el reino del amor y de la paz verdaderos.

Todo cristiano, debe continuar en la pelea de cada día; esa que Cristo introdujo y realizó con feliz éxito: la lucha contra la mentira y el engaño, contra las falsas promesas y la vanidad de un mundo sin Dios, una pelea que se observa, como un espectáculo sin advertir la enorme dificultad que entraña. Cristo no quiere que abandonemos la palestra, sino que tengamos fijos los ojos en Aquel que nos precedió en la lucha y que renunciando al gozo inmediato soportó la cruz y la ignominia y ahora comparte la gloria del Padre.

Se trata de una lucha a vida o muerte y no podemos retirarnos porque algún rasguño haya lesionado nuestra piel. Todavía no hemos llegado a la sangre en nuestra pelea contra el pecado; el cansancio y el desaliento no deben ser excusa para abandonar; debemos confesarlos más bien como nuestra debilidad y con ello aceptar la necesidad de la ayuda que sólo de Dios puede llegarnos. No importa de qué mediación se valga Dios, basta que reconozcamos que se trata de su ayuda.

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 66, 18-21): *Ellos anunciarán mi gloria a las naciones.*

Salmo (116, 1-2): *«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio»*

2ª lectura (Hebreos 12, 5-7.11-13): *Dios os trata como a hijos.*

Evangelio (Lucas 13, 22-30): *Esforzaos en entrar por la puerta estrecha.*

A la pregunta hecha a Jesús sobre si serán muchos o pocos los que se salvan, la respuesta podría llevarnos a un terrible equívoco: **«muchos intentarán entrar y no podrán»**. Pero no olvidemos que ha sido la pequeñez del reino de Dios, comparado a un grano de mostaza, la que ha suscitado la pregunta sobre el número de los que se salvan. La respuesta salta de la curiosidad a la amonestación. La puerta es estrecha y hay que pelear para entrar. Es decir, una cosa es que todos puedan salvarse y otra es que eso sea fácil o garantizado sin esfuerzo.

La salvación no puede entenderse como un resultado final, sino como algo vital como la salud misma. El designio de Dios creador es la vida saludable de los hombres; no una existencia sin sentido, sin vitalidad, sino una vida llena de salud y bienestar. Al igual que en el orden fisiológico hay que cuidar la salud frente a las dificultades mayores o menores que van surgiendo y no escatimamos esfuerzos por conseguirla, el designio de Dios requiere también la colaboración y esfuerzo por parte del hombre, si quiere vivir plenamente la vida que Dios le concede.

Israel, como pueblo de Dios, se sentía seguro con su templo y la fidelidad de Yahvé a la alianza. Olvidó su dimensión universal; se olvidó que Dios le había asignado una tarea: la de ser luz de las gentes, y se atrevió a desafiar al propio Dios en los momentos de dificultad. Pero Yahvé, su Dios, permaneció fiel, y así, primero en el destierro (castigo pedagógico) y después en el retorno, consigue que su pueblo vaya proclamando la gloria de Yahvé entre las naciones y costas lejanas, a las que había sido desterrado.

El castigo como corrección paterna es en el designio de Dios un acto de verdadero amor, nunca es un abuso de autoridad, ni mucho menos la aplicación inmisericorde de la ley; eso sí, no siempre resulta agradable aceptarlo, sino que duele tanto que sentimos la tentación de rechazarlo. Una prueba más de que ese castigo no lleva saña es que a veces conseguimos eludirlo con solo reconocer sinceramente que lo merecemos. El autor de la carta a los Hebreos nos lo recuerda claramente: **«el Señor reprende a los que ama y castiga a sus hijos preferidos... Ningún castigo gusta cuando lo recibimos, sino que duele; pero después de pasar por él, nos da como fruto una vida honrada y en paz»**.

Si no reconocemos la necesidad de esforzarnos en nuestra vida, si creemos que tenemos un derecho adquirido, al ser bautizados, por el hecho de ser hijos de Dios, si pensamos que Dios no es nuestro padre que tiene derecho a corregirnos, si no entendemos que su corrección por dura que nos parezca está siempre llena de amor paternal, si no aceptamos las dificultades cotidianas que requieren cada día más virtud (capacidad conseguida por el esfuerzo habitual), podríamos encontrarnos en el número de los que intentarán entrar y no podrán porque la puerta les resulta demasiado estrecha.

La puerta estrecha que menciona Jesús expresa la exigencia y radicalidad del seguimiento en orden a la aceptación o rechazo del Reino que con Jesús ha llegado y que los judíos, en su mayoría, rechazan. La radicalidad del seguimiento ha de entenderse como una dinámica permanente y no como un orden de perfección. Este planteamiento es de enormes consecuencias, porque conlleva todo un nuevo talante de vida, de estar en el mundo, y de percibirse a sí mismo en dinámica de radicalidad: **“Confundir la radicalidad evangélica de la estrechez de la puerta con cierto perfeccionismo moralista”**.

Necesitamos objetivar los deberes, exigencias, cumplimientos, grados de perfección. Quien no se ha liberado de esto, todavía está bajo la ley. A base de insistir en humanizar, al final creemos que todo consiste en la autorrealización. Manejamos con frecuencia el criterio de **“estar a gusto”** en nuestra vida y nuestra pastoral. No es un criterio evangélico. Un buen criterio evangélico es comprender la relación entre naturaleza y gracia, entre presupuestos humanos y la llamada al seguimiento, integrando lo que Jesús pide y nuestras posibilidades reales humanas.

Queremos todo: una afectividad escatológica, y las espaldas y la vivencia afectiva bien guardadas; ser pobres y que no nos falte nada; vivir la vida sin rupturas, pero donde no hay rupturas no puede haber nuevos niveles de libertad. A los nuevos niveles de vida espiritual no se accede sin rupturas. Confundir la radicalidad con formas de vida que brillan, cuando la sabiduría está en buscar la radicalidad en formas no brillantes.

Ser capaces de percibir la radicalidad del amor en el gris de nuestras relaciones comunitarias en la Iglesia y en el mundo. Tenemos sensibilidad para la radicalidad del amor en la misión, pero nos falta vivirlo en nuestras relaciones ordinarias. San Juan ha situado el amor en la reciprocidad de los unos para con los otros. Es en lo ordinario donde se puede percibir la verdad de nuestra vida. Cuesta mucho salir de nosotros mismos. Analizar si buscamos en nuestra vida la radicalidad en cosas especiales, o, por el contrario, vamos entregándonos en las cosas sencillas, en lo escondido, en el anonimato, saliendo al paso de las necesidades cotidianas que se presentan, en el saber escuchar, perder el tiempo por otros y con otros, perder de uno mismo.

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 3, 17-20.28-29): *Cuanto más grande seas, más debes humillarte.*

Salmo (67, 4-5ac.6-7b.10-11): *«Tu bondad, oh, Dios, preparó una casa para los pobres»*

2ª lectura (Hebreos 12, 18-19.22-24a): *Ellos rogaron que no continuase hablando.*

Evangelio (Lucas 14, 1.7-14): *El que se enaltece será humillado.*

El discípulo de Jesús aprende a ver la realidad con otros ojos, con la mirada de Jesús. Aprende también a estar de otro modo en la realidad cotidiana, en medio de la vida: con humildad. Este es el camino a la sabiduría del discipulado, y ahí reside su nobleza.

La palabra “*humildad*” proviene del latín “*humus*”, que significa “*tierra*”. No en el sentido de país o de región, en sentido geográfico o político. Es la tierra hecha del barro que nos constituye y la tierra que nos acoge el día de nuestro fallecimiento. No somos ángeles, tampoco robots. No somos animales, tampoco semidioses. Somos humanos hechos de humus. Somos humanos que nos reconocemos en la humildad.

Lo contrario a la humildad es la soberbia, amasada de engreimiento, de empavonarse, de desprecio de los demás, de sus propuestas y de sus cosas. El humilde se queda el último, no como estrategia, sino porque considera que ese es el sitio que le corresponde.

Puede parecer sorprendente, pero la sabiduría y la soberbia no se llevan bien. El sabio no alardea, ni se levanta en medio de la reunión para que todo el mundo le escuche. El sabio, por el contrario, escucha con atención las propuestas ajenas. Incluso si no son brillantes o sugerentes. La sabiduría no tiene que ver con la acumulación de doctrinas, sino con el paso por el corazón de las experiencias humanas repensadas, revividas, contrastadas. El sabio es humilde porque conoce la verdadera condición humana.

El sabio es humilde porque sabe estar sin presumir y sin aparentar. No busca el aplauso ni el reconocimiento. Ahí está su nobleza, en su sencillez verdadera, en su simplicidad, que no es simplismo. Jesús era humilde y sabio; su nobleza no provenía de su condición social, pues era un campesino galileo; ni de una superioridad cultural, pues sin duda otros le aventajaban. Jesús nos enseña otro camino, el del discipulado que anuncia y anticipa el Reino, desde los más pobres y los últimos. ¿Ahí está la nobleza? Sí, la nobleza de los sabios humildes que nos han precedido y nos siguen iluminando sin hacer que nos sintamos mal.

La parábola del convidado a un banquete nos está recordando ese instinto que debemos dominar y que nos lleva a aspirar a ocupar el mejor puesto. Eso supone que nos consideramos, de alguna manera, superiores a los demás; nos cuesta mucho conformarnos con nuestra pequeñez, nos resistimos a ser humildes. El evangelio no está intentando darnos normas de urbanidad o de buena educación, sino que hace clara referencia al mismo comportamiento de Jesús que no hizo alarde de su condición divina, sino que se rebajó a sí mismo y se hizo en todo semejante a nosotros.

Es decir, no hizo valer su condición superior, sino que lejos de situarse sobre los demás, se puso al servicio de ellos. Ese es el contraste entre el que quiere ocupar el primer puesto porque se considera superior y relega a los demás a un puesto inferior y el que se coloca en el último puesto para dar preferencia a los demás. el apóstol san Pablo nos invitará a considerar siempre a los demás superiores a nosotros mismos y así lo entiende el evangelista cuando escribe el proverbio de que *«el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido»*. La referencia a la futura participación en la mesa del Reino de Dios es bien clara y nos recuerda que es Dios quien asigna los puestos en el banquete de su Reino. Sólo Él conoce bien quien es grande y quien es importante. El que se ha hecho último en este tiempo por su actitud de servicio tiene su puesto principal en el Reino del cielo.

Otra gran enseñanza que nos ofrece el evangelio de hoy al ser formulada en un banquete, donde la elite de los fariseos y doctores de la ley se invitan entre sí, podría resumirse así: no busquéis la reciprocidad y la recompensa; haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio. Esta actitud generosa queda de manifiesto cuando el evangelio nos dice que no debemos ofrecer banquete a los amigos, hermanos, parientes y vecinos ricos que pueden correspondernos y agradecernos la invitación devolviéndonos el favor; al contrario, cuando invitemos a alguien sea por responder a la necesidad de quien carece de medios para acceder a los beneficios de los que nosotros disponemos y por tanto nunca podrán devolvernos el favor que le hemos hecho.

Esta actitud de desprendimiento total nos hará sentirnos bien pues nada hay tan gratificante como la generosidad, ya que la paga no se recibe aquí en la tierra, sino que será en la resurrección de los justos. Allí es donde estaremos inscritos en el libro de la vida y nadie podrá cambiar el puesto enaltecido que el Padre nos otorgará en su mesa por haber dado de comer al hambriento y haber dado de beber al sediento.

Nadie mejor que Jesús puede mostrarnos el valor de la humildad frente a la arrogancia de quien impone su criterio o distribuye los favores para alcanzar el aplauso y estima de los demás.

DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 9, 13-18): *El cuerpo mortal oprime el alma.*

Salmo (89, 3-6.12-14.17): *«Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación»*

2ª lectura (Filemón 9b-10.12-17): *Te lo envió como a hijo.*

Evangelio (Lucas 14, 25-33): *Quien no carga con su cruz, no puede ser discípulo mío.*

Es difícil ser buen discípulo cuando no se acepta la autoridad del maestro; hay alumnos, que escucharon en las aulas las lecciones de los profesores, se las aprendieron de memoria y pronto se creyeron superiores a su maestro; hasta se permitieron corregir sus enseñanzas. Los buenos maestros se sorprenden de estos alumnos aventajados, que creyendo saberlo todo, renuncian por siempre a ser discípulos. El Maestro no impone su criterio, lo ofrece explicándoselo al discípulo que lo quiere aprender.

Es muy difícil captar el sentido de las cosas cuando no se presta atención a ellas, o cuando simplemente buscamos en ellas nuestro propio provecho sin descubrir todas las riquezas que ellas ofrecen a un plazo más largo y en una visión más generosa. Y es que sólo quien sabe de verdad nunca abandona la posición de discípulo, pues descubre que todavía quedan muchas cosas que aprender y sin faltar al agradecimiento de quien le enseñó a ello, procura adentrarse en la difícil tarea de aprender, tarea para la que fue entrenado en las aulas.

Los discípulos de Jesús no son aquellos que sólo se sientan a escucharle porque así lo manda el reglamento y cumplen con la tarea de asistir a todas las lecciones, ni siquiera pueden limitarse a aprenderse la doctrina que Jesús enseña. Este sería el comienzo del discipulado: sentir a Jesús como una atracción que me invita a escucharle y constatar que esa atracción tiene que vencer obstáculos y superar dificultades que tratan de ahogarla, e incluso vencer las inclinaciones que intentan sustituirla.

Ser discípulo es prestar atención, dedicarse, estudiar la manera de aprender y comprender a vivir la vida de Dios tal como Jesús nos la enseña viviendo según la voluntad del Padre. El verdadero discípulo de Jesús es el que le sigue sin reservas; es el que va aprendiendo de las enseñanzas del Maestro a vivir según el criterio de Dios sin temor alguno a perder su propio criterio.

Ser discípulo de Jesús no es ser un miembro del pelotón de sus seguidores, ni un rebelde que abusa de los conocimientos y valores aprendidos en la doctrina cristiana, ni mucho menos un usurpador de su verdad para hacerla valer ante los demás con formas y medidas de poder de los que Él mismo se despojó en el ejercicio de su Magisterio. Él fue nuestro Maestro al vivir su vida entera reconociendo que sólo uno es el verdadero Maestro, nuestro Padre Dios que está en el cielo. Jesús fue nuestro maestro incluso enseñándonos a vivir como discípulo.

Ser discípulo de Jesús es seguirle sin condiciones porque nunca es discutible su autoridad como maestro; es conocerle en toda su verdad, hecho bondad, favor y alimento que nutre y satisface el interior y exterior del hombre; es aceptarle en el profundo respeto ante el dolor, reconociendo que nadie como Jesús tomó una postura más digna y noble ante el sufrimiento; es invitarle a nuestras alegrías para que su mirada limpia y benévola no nos permita empañar con egoísmos los beneficios recibidos; es someter a su juicio aquellos ejercicios de libertad para los que Él mismo a través del Espíritu nos ha impulsado, y no temer la corrección que su generosidad nos otorga al hacernos comprender nuestro error o desvío.

Ser discípulo de Jesús no es sólo aprenderse todas las cosas que Él enseñó y luego repetirlas de carrerilla y ponerse a cumplirlas al pie de la letra; es algo mucho más sencillo y más difícil. Ser discípulo de Jesús es creer y aceptar su Magisterio como algo vivo que interesa a la vida de cada uno y en todos los instantes de nuestra existencia; es renunciar al propio criterio, decisiones y voluntad salvífica de Dios. Esa es la gran enseñanza que Jesús hizo verdad en su propia encarnación. La voluntad del Padre no modificó la voluntad del Hijo sino antes bien hizo gloriosa la vida del Hijo que discurrió perfecta según el designio del Padre.

Ser discípulo de Jesús supone aceptarle a Él y su evangelio como el criterio principal que nos exigirá rechazar ideas, criterios y costumbres, que provienen de lazos familiares o culturales, cuando se opongan al mensaje evangélico. Harto conocido es el uso de atenuantes que utilizamos para acomodar el evangelio a nuestros criterios y circunstancias en lugar de conformar nuestras vidas según las exigencias claras del evangelio. Ahí es donde se hace patente la cruz que hay que asumir para conseguir ser discípulo de Jesús.

El desprendimiento total de nuestros propios intereses en favor del seguimiento de Jesús es una exigencia indiscutible en el evangelio. Ni padre, ni madre, ni hermanos, ni hermanas, ni familia ni amigos, ni siquiera nuestras mejores aspiraciones, deben distraernos de esa mirada puesta en los pasos de Jesús. Él va delante de nuestra vida; Él conoce en plenitud todos los entresijos de nuestro ser y puede señalarnos el camino más correcto; Él sabe mejor que nosotros qué es lo que nos conviene y nos invita a no distraernos con otras alternativas aparentemente más atractivas. Seguir a Jesús requiere renunciar a cualquier alternativa que se nos brinda excluyendo la cruz de nuestra vida.

LA EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

1ª lectura (Números 21, 4b-9): *Hemos pecado contra el Señor.*

Salmo (77, 1-2.34-35.36-37.38): *«No olvidéis las acciones del Señor»*

2ª lectura (Filipenses 2, 6-11): *Dios lo levantó, sobre todo.*

Evangelio (Juan 3, 25-33): *Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único.*

Sería un grave error dulcificar la cruz quitándole todo su aspecto trágico. La cruz no es un juego de personas enfermas, no es un signo blando, ni una joya decorativa. La cruz es cruel porque es violenta, porque es sanguinaria y porque es patíbulo de condena. Por extensión, la cruz representa todas las situaciones invisibles e insoportables del ser humano: enfermedades crueles, violencias inimaginables, pobreza deshumanizadoras. **¡Con la cruz no se puede jugar!**

Ahí reside la gran paradoja cristiana. ¿Cómo es posible que hayamos convertido el patíbulo de un condenado a ser signo de victoria? Por extraño que parezca, sin embargo, la fe cristiana no va desencaminada. La fe cristiana solo se puede comprender desde la paradoja, no desde la evidencia y uniformidad de sentido. La cruz es signo de victoria, porque es una cruz habitada por aquel que ha amado hasta el extremo, transformando la violencia de la cruz en un símbolo de amor universal y gratuito. Es signo de victoria porque la cruz no es el punto final a la violencia que sufre Jesús, sino una puerta que se abre a la vida plena en la resurrección.

No es la victoria que humilla, sino la victoria en la que beben su esperanza los que más lo necesitan: las víctimas de este mundo. La cruz no invita al victimismo, ni propaga una vida humillada, sometida, reducida. Solo los que entran por la vía del amor, comprenden que la vida entregada, incluso por aquellos que no te aprecian o que no te conocen, es el único camino que lleva a la victoria; la victoria que humaniza y que reconcilia, con los hombres y con Dios.

¿Por qué celebramos una fiesta dedicada a la cruz? Porque nos ponemos al lado de las víctimas, como hizo Jesús, que no solo se puso al lado de las víctimas, sino que él mismo fue una víctima. De esta forma abrió un camino nuevo para adentrarse en el misterio del corazón y del sentido humano: *«La vida entregada es la única que puede salvar».*

¿Qué difícil resulta proponer la Cruz como medio de salud y bienestar! Y sin embargo es sin duda alguna el modo concreto como se realiza eficazmente nuestra salvación. Todas las alternativas, que desplacen la aceptación de la cruz como parte integrante de nuestro bienestar, son cada vez más seductoras y ya no pueden esconder el engaño que llevan consigo.

Partiendo del hecho humillante que suponía para los romanos morir clavado en la cruz, la crucifixión de Cristo transforma definitivamente el sentido de la cruz. Hasta entonces la cruz era el grado máximo de humillación y signo ignominioso que alejaba a sus portadores del área del bienestar y de la vida; desde Jesús Crucificado la Cruz se convierte en signo de fidelidad y de pertenencia al nuevo pueblo de Dios. Los cristianos exaltamos la Cruz de Cristo y nos abrazamos a ella en los momentos cruciales de nuestra existencia.

La aceptación de la Cruz por parte de Jesús es un signo de fidelidad y de relación filial con el Padre. Obediente a la tarea de la Encarnación, Jesús ha asumido la condición humana en todas sus dimensiones, excluido el pecado. Precisamente esta exclusión es la que requiere no rebelarse contra la voluntad de su Padre, cuando se acerca la hora de su muerte. El poder divino que el Hijo tiene igual al Padre no le hace sucumbir ante la tentación de huir de la muerte ignominiosa a la que le están llevando los acontecimientos por expresar con claridad y firmeza la verdad que Él conoce del Padre.

Es curioso que la Cruz como señal externa de los cristianos tenga su correspondencia en la señal interna que es el amor. El amor al prójimo, como amor a los pobres y necesitados, tal como lo enseña el evangelio en los relatos del samaritano, el de Simón de Cirene, el de Nicodemo y José de Arimatea, el de Juan y las mujeres que llorosas le siguen hasta al pie de la Cruz, es la forma más noble de exaltar la Cruz y de cambiar su sentido humillante por el de la salvación, bienestar y fuente de vida.

Esa Exaltación de la Cruz la podemos celebrar acompañando de verdad a quienes viven atravesados por la injusticia, por el dolor y la enfermedad, por su soledad o por las propias debilidades. No podemos humillarles más todavía y una muestra de que somos cristianos es abrazar esa cruz y ennoblecerla al recordar la Cruz de Cristo, que hoy como entonces no quiere quedarse en su condición ignominiosa y humillante, sino que quiere ser levantada y convertirse en estandarte salvífico para todos aquellos que la acepten con veneración.

Sólo desde el amor infinito del Padre que aceptó el sacrificio de su Hijo en la Cruz, pudo ésta conseguir la dignidad de la que hoy carecen muchos hermanos nuestros crucificados por la indiferencia de la sociedad. La tarea del cristiano es devolver la dignidad de la cruz y no humillar todavía más a quienes viven abrazados a ella. No se trata de consolar con palabras a los crucificados sino ayudarles eficazmente a descubrir y celebrar la salvación que la cruz trae consigo. Tarea nada fácil, pero muy digna cuando se abraza a la Cruz de Cristo y vive su amor desinteresado por los demás.

DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 32, 7-11.13-14): *Este es tu Dios, el que te sacó de Egipto.*

Salmo (50, 3-4.12-13.17.19): *«Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre»*

2ª lectura (1ª Timoteo 1, 12-17): *Se fío de mí y me confió este ministerio.*

Evangelio (Lucas 15, 1-32): *He pecado contra el cielo y contra ti.*

¿En el Dios de los escribas y fariseos o en el Dios de Jesús? ¿En el Dios de la ley fría y rígida o en el Dios de la misericordia que nos muestra Jesús? ¿En el Dios de tradiciones inamovibles o en el Dios que, cada día, hace nuevas todas las cosas? ¿En el Dios de las personas religiosas y cumplidoras o en el Dios que busca a sus hijos perdidos? ¿En qué Dios creemos? Es bueno hacernos preguntas. No hemos de tener miedo. **«La verdad os hará libres»**, nos dice Jesús. En él descubrimos la verdad sobre Dios, Él es la respuesta a nuestras preguntas.

Aquellos escribas y fariseos no se hacían preguntas. Estaban seguros de su fe y de su doctrina. Creían saberlo todo y, por eso, se habían vuelto arrogantes. Se creían poseedores de la verdad sobre Dios y la imponían al pueblo. Habían edificado una religión que, en nombre de Dios, dividía y excluía. A un lado los cumplidores de la ley, al otro lado los pecadores. A un lado los creyentes y al otro los descreídos.

Con Jesús llegó una novedad insospechada, una novedad que rompía con una manera de entender y vivir a Dios. Una novedad tan radical que a muchos se les hizo imposible de aceptar. **«Ese acoge a los pecadores y come con ellos»**, decían. Para muchas personas religiosas era inconcebible que un hombre de Dios hiciera lo que acostumbraba a hacer Jesús. Acoger a pecadores y comer con ellos era un escándalo.

Y Jesús les explicó por qué hacía todo aquello. Se lo explicó con parábolas sencillas y claras como la luz del día. En ellas hablaba de un Dios que es como una mujer que busca la moneda que se le perdió; que es como el pastor que busca a la oveja que se le había perdido; que es como un padre bueno que espera a la puerta de casa al hijo que se marchó y se perdió.

Saber que Dios es bueno se puede experimentar no sólo en los beneficios que de Él recibimos, sino fundamentalmente cuando profundizamos en el conocimiento de su Bondad. Resultaría mezquino calibrar la bondad divina sólo en aquellas cosas que nos manifiestan su amor a nosotros y no apreciar tantas bondades como el Señor procura a nuestros hermanos. La parábola de hoy nos habla precisamente de esa Bondad divina que se hace patente en el perdón otorgado al hijo pródigo.

Nos llama la atención la paciencia y el cariño de Dios con quien le ha desafiado exigiéndolo todo, lo que es puro regalo de Dios. Al tomar posesión de los bienes divinos el hijo se aleja del padre amoroso y dilapida los bienes a los que él creía tener derecho y posesión absoluta. La posesión de los bienes entraña el riesgo de creerse autosuficiente y sentirse independiente del Señor. El domingo pasado el evangelio nos recordaba que quien no renuncia a todos sus bienes no puede ser discípulo del Señor. La parábola de hoy nos ayuda a entender estas afirmaciones tan contundentes al recordarnos que una posesión absoluta y arbitraria de los bienes destruye el carácter gratuito que tiene para los creyentes todo don recibido de Dios.

Reclamarle a Dios todo lo que me pertenece es también negar ese carácter gratuito que tiene todo nuestro ser al ser puro regalo de Dios. La grandeza de la enseñanza de Jesús es mostrarnos la Bondad de su Padre, que no tiene en cuenta nuestras reclamaciones y exigencias desmesuradas a la hora de salir a nuestro encuentro cuando volvemos a Él. Esta actitud benévola de Dios choca con la mezquindad de quien se atreve a reclamar a Dios una atención mayor en la que se premiara su fidelidad por no haberle pedido nunca ni siquiera un cabrito para comérselo con sus amigos.

La respuesta del Padre es siempre de afecto sincero hacia uno y otro hermano. Manifiesta su alegría por el retorno del hijo que se había alejado y siente pena al ver la mezquindad del hijo que no supo valorar el compartir todos sus bienes con el Padre. Esta parábola no podemos releerla en clave de derechos y exigencias, pues en el núcleo de su enseñanza está la inmensa riqueza de Dios y su generosidad sin límites frente a las exigencias (síntoma de necesidad) de uno y otro hijo que reclaman para sí aquello a lo que ellos creen tener derecho.

De esta manera, Dios ama sin límites y permanece fiel a su amor incluso para con aquellos que le reclaman y dilapidan sus bienes. Pretender ser los herederos de la divinidad invocando nuestra supuesta fidelidad a Dios es negarle al Señor su Bondad y generosidad manifiesta. No nos dirijamos al Señor como los fariseos presentándonos como los más dignos, sino más bien pidámosle que se digne hacernos buenos y dignos de Él.

¿En qué Dios creemos? ¿Yo quiero creer en el Dios que nos anuncia Jesús? ¿Un Dios que me busca, que nos busca, que desea para todos una vida feliz y dichosa? ¿Un Dios que es feliz cuando nos encuentra? ¿Qué sale corriendo a abrazarnos cuando volvemos a casa? ¿Un Dios que busca a los que se perdieron y a los que perdimos porque los abandonamos en el camino? Estas parábolas de Jesús deberíamos guardarlas en el corazón como un tesoro. Deberíamos volver a ellas a menudo porque nos revelan la experiencia más íntima que vivía Jesús y quería transmitirnos: que Dios es misericordia.

DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Amós 8, 4-7): *No olvidaré ninguna de vuestras acciones.*

Salmo 112, 1b-2.4-8): *«Alabad al Señor, que alza al pobre»*

2ª lectura (1ª Timoteo 2, 1-8): *Quiere que todos los hombres se salven.*

Evangelio (Lucas 16, 1-13): *Ningún siervo puede servir a dos señores.*

En estos tiempos en que es tan frecuente oír hablar de revalorización y de devaluación comienza a estimarse cada vez más el valor garantizado. Lo difícil es encontrarlos y hasta diríamos que se están convirtiendo en perlas preciosas. Desde hace muchos siglos el evangelio ya advirtió sobre la dificultad de conseguir aquellos dones y valores que tendrán siempre vigencia. A fuerza de tenerlos y ofrecerlos como si de dones terrenos se tratase, hemos generado un auténtico mercado de valores en los que cuenta más el mercado que el valor del bien adquirido. Hasta parece que buscamos la revalorización de nuestros criterios consultando las opiniones más favorables, cuando la única piedra de toque válida es la generosidad con que los aceptamos.

«No podéis servir a Dios y al dinero». En esta expresión del evangelio se nos recuerda la dificultad que surge cuando intentamos compaginar, como si de dos cosas igualmente importantes se tratase, nuestra decisión por Dios con nuestra decisión por el dinero. Sólo uno puede ser nuestro señor; no podemos servir a dos señores. Es cierto que el lenguaje del evangelio no podemos sacarlo de su verdadero contexto y es clara la intencionalidad del autor cuando nos está advirtiendo del riesgo enorme que tiene el dinero para apartarnos de Dios. Por supuesto que el evangelio no pretende anular nuestra relación con el dinero; más bien parece que alienta a que sepamos tratarlo como lo que es: el precio que hay que pagar para conseguir algo que vale más que el dinero.

Nada más lejos del evangelio que lo que afirma el refrán: *“Don Dinero, Poderoso Caballero”*. Y es que Jesús no niega el poder del dinero, pero sí afirma el peligro que supone rendirle homenaje como si del Señor se tratase. El dominio de sí mismo, condición indispensable para poder actuar con la libertad de los hijos de Dios, no puede perderse porque otro señor, pretenda dominarnos y nos exija comportarnos como hijos suyos.

Es muy fácil caer en la tentación de creernos dueños y señores del dinero que poseemos olvidando el principio irrefutable de que todo bien procede de Dios. Es de esa conexión con la esfera divina de la que nos habla el evangelio cuando nos propone el ejemplo del administrador infiel. La astucia y sagacidad de este administrador (no olvidemos que nosotros somos también administradores frente a Dios de todo lo que tenemos y poseemos), le llevó a echar unos cálculos y a renunciar al dinero que le pertenecía por su trabajo de administrar, con tal de ganarse unos amigos que le ayudasen cuando abandonase la administración. Apreciando el dinero como un don de Dios, podremos con facilidad renunciar a él cuando así lo requieran otros dones más valiosos que también el Señor nos tiene reservados.

La vida es un don que hemos recibido, y una oportunidad para crearla. Algo que tenemos que construir cada día, con nosotros y con los demás, en el mundo y en la Iglesia. Es decir, tenemos que estar despiertos, atentos a los signos de los tiempos, mirando todo y buscando lo mejor, porque tenemos a un Dios que habita en la tierra, comprometido con cada uno de sus hijos. Algo esencial de nuestra fe es la denuncia de la injusticia personal y social, la profecía, para encontrar el bien, la dignidad, la valía de cada persona. Somos profetas y reyes de un Padre que no es parcial, que rechaza el culto si está vacío. Amós, y todos los profetas lo dejan bien claro: no se puede ser religioso y pisar los derechos de los pobres. Dios no olvida ninguna de nuestras acciones y su voluntad es siempre que levantemos a cada persona caída por tantas causas: violencia, desamor, falta de salud, sin trabajo, marginación, duda, abandono...

Este es nuestro Dios, el que levanta del polvo al desvalido y alza de la basura al pobre para sentarlo entre los príncipes de su pueblo. Y nosotros, que queremos seguirle recibimos este doble mandato: *“amor al Padre y amor a los hermanos”*. La denuncia del mal y el compromiso por la justicia, en tantas *“estructuras de pecado”* que nos rodean. Pablo nos llama a rezar en todo lugar, sin ira ni divisiones, por la humanidad, por quienes rigen los pueblos y las naciones. Rezar no para que todo recaiga en los demás, sino para vivir más implicados en que se cumpla la voluntad del Padre. Y ya sabemos cuál es: la vida de las personas y el conocimiento de la Verdad. Esto es para todos: no podemos solo rezar y excluarnos de buscar activamente el bien de todos.

Cada día es una nueva tarea que debemos llevar a cabo en la familia, el trabajo, las asociaciones, la Iglesia, allí donde estamos y vivimos. Y hacerlo con entrega y con astucia, como no dice el Evangelio. La parábola alaba la astucia de aquel administrador que obra de modo deshonesto al tener que dar cuentas y ser despedido: se hace amigos con las riquezas injustas. Y se nos presenta como modelo de inteligencia y sagacidad en la gestión de esa situación difícil, cuando a nuestro alrededor también hay corrupción, abuso y engaño. Pero que el estilo que nos muestra Jesús se basa siempre en la honestidad, el respeto a los demás y el sentido del deber: esta es la astucia cristiana. Elegir y obrar con rectitud, sabiendo usar los bienes recibidos, que necesitamos para vivir, y que están destinados a la vida de las personas, nuestros hermanos.

DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Amós 6, 1a.4-7): *¡Ay de aquellos que se sienten seguros!*

Salmo 145, 6c-10): *«Alaba, alma mía, al Señor»*

2ª lectura (1ª Timoteo 6, 11-16): *Busca la justicia, la piedad, la fe, el amor...*

Evangelio (Lucas 16, 19-31): *Recuerda que recibiste tus bienes en tu vida.*

La situación en Samaría en tiempos del profeta Amós era de riqueza y prosperidad, pero, a la vez había un deterioro generalizado en materia ética y social, por ello surge la voz del profeta denunciando la injusticia y el deterioro de una sociedad donde unos pocos se enriquecen a costa de los más pobres y desfavorecidos. Por ello, la denuncia del profeta no es exactamente una denuncia social, sino que lo hace en nombre del Dios de la Alianza denunciando las falsas seguridades de los ídolos, la falsa seguridad apoyada en las riquezas, la inseguridad de la ciudad, la confianza que estimula la buena vida y les anuncia que el exilio sobrevendrá como castigo a esta infidelidad a la Alianza con Dios.

Este apartarse de la Alianza con Dios se produce también cuando ignoramos la situación de nuestros hermanos, especialmente de aquellos que más lo necesitan. Así, aquellos que, como el rico del evangelio, ignoran la presencia del pobre que está a la puerta de su casa abandonan a Dios para volverse a los ídolos, hacen que el dinero, la vida fácil y cómoda les impida la capacidad de tener compasión, hacen que el dinero sea fuente de injusticia. Por ello, aquel que en esta vida le negaban lo más mínimo, las sobras que caían de la mesa es el que podrá participar en el banquete de los justos en seno de Abrahán, mientras que el rico en este mundo, en el otro le tocará estar a la puerta mendigando una gota de agua. Es el cumplimiento de la bienaventuranza que introduce Lucas: **«Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados»** y también: **«¡Ay de vosotros, los ricos!, porque habéis recibido vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre»**.

También, tenemos que fijarnos en el final de la parábola: la súplica angustiada del rico para que se produzca un gran milagro, como la resurrección del mendigo que permanecía a su puerta para que sus hermanos cambien el corazón. Pero la respuesta de Jesús es clara: **«Tienen a Moisés y a los profetas...»**. La única manera de cambiar el corazón es hacerlo mediante la escucha atenta de la Palabra de Dios y hacer de esta Palabra vida en nuestra vida. Esto es lo que tenemos que tener en cuenta nosotros que vivimos en una sociedad que, también se vuelve a los ídolos del dinero, del poder, donde se elimina a los débiles y se ignora a los que muestran su miseria, su necesidad a nuestra misma puerta.

Hasta que los hombres no sean capaces de valorar en su justa medida todos los bienes, incluso las riquezas materiales, como un auténtico don de Dios y no como una propiedad exclusiva, que pueden dilapidar a su arbitrio, no se habrá llegado al verdadero estado de bienestar, en el que los pobres y ricos dejarían de ser rivales, y sólo sería dos formas de participar de la bondad de Dios. Lo difícil es entender y comprender que nuestra vida es solo un proceso, una auténtica lucha por conquistar la vida eterna. Si esto lo tuviéramos claro, percibiríamos la caducidad de los bienes materiales y estaríamos más atentos a evitar que ellos suplantarán la valoración y estima de los bienes perennes. Esta es la fe a la que hace alusión la carta a Timoteo cuando dice: **«Combate el buen combate de la fe, conquista la vida eterna, a la que fuiste llamado y, que tú profesaste noblemente delante de muchos testigos»**.

Olvidar esta dimensión provisional y caduca de las riquezas materiales es el motivo de esa idolatría sacrílega, que intenta suplantar la soberanía de Dios por el *“poderoso caballero Don Dinero”*. Poco les gustó a los ricos de Sión y mucho menos a los de Samaría, la denuncia que les hizo el profeta Amos, buen conocedor del desajuste social, que reinaba en el seno del propio pueblo de Dios. La propia ley de Moisés recordaba al pueblo elegido el origen divino de todos los bienes, y establecía un sistema de recuperación y bienestar social mínimo mediante los diezmos y la remisión preceptiva cada siete años.

Sin entrar en otras razones, que podrían matizar, pero no desvirtuar la Palabra de Dios, recordamos que fue el propio Jesús quien afirmó que los pobres están siempre ahí junto a los ricos. Ya la ley de Moisés decía: **«Nunca dejará de haber pobres en la tierra; por eso yo te mando: “Abre la mano a tu hermano, el pobre, al indigente de tu tierra”»**. En la parábola del evangelio, el rico sufre las consecuencias de no haber escuchado a Moisés ni a los profetas. Pero no podemos reducir el sentido de esta parábola interpretándola sólo en términos de recompensa o de promesa de compensación a los pobres. Por supuesto que tampoco se trata de defender los derechos de los pobres contra los ricos, ni de un alegato contra los que poseen mayor número de bienes. La enseñanza de la parábola insiste tanto en la dimensión social, como en el sentido trascendente de la vida. Esta doble y noble dimensión, social y trascendente, se opone a la conducta egoísta y caduca de quien se considera dueño absoluto de los bienes con que Dios le ha regalado. Y es que el cristiano nunca podrá suplantar la soberanía absoluta de Dios, por un dominio mezquino que estima la generosidad como un riesgo que hace disminuir sus bienes. La tarea del cristiano es administrar fielmente lo recibido, sea pobreza o riqueza, con la seguridad de que al final se nos pedirá cuentas de qué hemos hecho con lo que se nos ha confiado.

DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Habacuc 1, 2-3; 2, 2-4): *¿Hasta cuándo, Señor? El justo por su fe se salvará.*

Salmo 94, 1-2.6-9): *«Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: “No endurezcáis vuestro corazón”»*

2ª lectura (2ª Timoteo 1, 6-8.13-14): *Dios nos ha dado un espíritu de fortaleza de amor y de templanza.*

Evangelio (Lucas 17, 5-10): *Si tuvierais fe como un granito de mostaza.*

¿Hasta cuándo clamaré Señor, sin que me escuches? Este grito del pueblo fiel que espera su salvación del Altísimo roza casi con la desesperación al ver que cada vez cunden más las desgracias, la violencia y las catástrofes. Pero el Señor no desatiende la súplica, tampoco niega la dificultad que rodea al orante, y garantiza que esa situación angustiosa no debe agravarse con la falta de esperanza. La palabra de Dios pide respeto a la realidad de las cosas, que tienen su tiempo y su valor en el gran designio de Dios al crearlas; por ello es bueno creer en esa acción divina que se hace patente en el transcurso de la vida, sin forzar los acontecimientos al imponerles un cariz que olvida la dimensión de instrumentos regalados a la libertad de los hombres. Esa violencia no impide al justo que la sufre continuar esperando un glorioso amanecer.

El injusto tiene el alma hinchada, necesita justificar sus desmanes y no duda en emitir destellos fulgurantes que ciegan y hacen cada vez más angustiosa la vida del justo, que sigue sin ver la luz que Dios tiene escondida porque todavía es de noche, y durante ella no cabe más que esperar la aurora. Lo que es seguro es que llegará sin retrasarse. Esa es la gran afirmación que garantiza la fe, esa actitud abierta y de respeto por la realidad tal cual ella es según el designio salvífico de Dios. Los hombres que no tenemos paciencia sufrimos más de la cuenta y corremos el riesgo de no gozar de los bienes que la esperanza nos anticipa.

Nos hacemos cobardes ante las dificultades que quisiéramos eliminar de nuestras vidas, en lugar de afrontar con energía, con amor y buen juicio los trabajos duros que suponen la fidelidad al evangelio. Consciente de que la gracia de Dios no nos hizo cobardes debemos confesar nuestra indigencia y falta de fe; necesitamos confiar en el favor de Dios y solicitar un aumento de fe. No nos extraña la respuesta divina a esta solicitud pidiéndonos una actitud más confiada, más llena de esperanza y no tan ansiosa de satisfacciones un tanto egoístas.

En definitiva, si tuviéramos fe, enraizada en la confianza en Dios nuestro Padre, acallaríamos nuestros gemidos con un canto de alegría gozando la esperanza que nos hace sentir cerca al Señor. Así anuncia el profeta la respuesta divina al gemido de su pueblo en el día de angustia: *«Aunque la higuera no echa yemas y las cepas no dan fruto, aunque el olivo se niega a su tarea y los campos no dan cosecha, aunque se acaben las ovejas del redil y no quedan vacas en el establo; yo festejaré al Señor gozando con Dios mi Salvador: el Señor es mi fuerza, me da piernas de gacela, me encamina por las alturas»*. Quizá sea esta la oración que muchas más veces le hemos dirigido a Dios: *“Señor danos fe para afrontar esta vida, aumenta nuestra débil fe”*. Es confortable comprobar que los primeros hombres que acompañaron a Jesús sintieron también la necesidad de dirigirle esta súplica. En el caso del evangelio de este domingo, esta súplica se la dirigen los apóstoles al Señor después de que él les ha pedido que perdonen siempre al que así se lo pida. No solamente necesitamos mucha fe para perdonar y para pedir perdón, sino también la necesitamos para el resto de los ámbitos de nuestra vida.

Ante la petición de sus apóstoles, el Señor les contesta con la imagen de la morera. No está hablando Jesús de una fe cuantitativa, es decir, no pide a los suyos montañas y montañas de fe. Sino una fe auténtica. Y esta fe puede ocupar el espacio que llena un granito de mostaza. La imagen que Jesús ha elegido es brillante. Viendo lo pequeño que es el granito de la mostaza, nadie diría que este puede convertirse en un gran árbol. Así es, debe ser, la fe del creyente: pequeña, sencilla, pero auténtica. No se trata de un incremento cuantitativo de la fe, sino de una recalificación de esta virtud que fácilmente confundimos con algo mágico, como si por tener fe las cosas resultasen más fáciles y menos complicadas. No tanto para que nuestra fe crezca en cantidad, sino en autenticidad, le repetimos este domingo –y cada día– al Señor esta oración: *«Señor, auméntanos la fe»*. La fe de la que habla el evangelio es la confianza en el poder de Dios que trasciende toda cantidad de razones que nos lleva a creer. Además, es evidente que la virtud de la fe se apoya en el don que el Espíritu concede al creyente. Esa fe que es capaz de las proezas más hermosas: dar la vida por los demás, vivir para los demás...

La segunda parte del evangelio es otra parábola con la que el Señor quiere mostrarnos cuál debe ser la actitud que el hombre debe adoptar ante Dios. En el trasfondo de la misma podemos intuir la creencia de los judíos fariseos que creían que el estricto cumplimiento de los mandamientos debía ser recompensado por Dios con diversas gracias. El mensaje sería este: nosotros, cristianos, debemos cumplir nuestras obligaciones para con Dios y para con el prójimo. Y hacerlo de buena gana, con el corazón entero, sin esperar que por ello Dios nos vaya a premiar. Las últimas palabras de Jesús: *«Somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer»*, no las debemos entender en un sentido negativo o como una invitación a la resignación, todo lo contrario. No somos unos criados ante Dios, somos sus hijos que hemos recibido mucho amor. Y por eso tenemos la capacidad de amarlo a él y a nuestros prójimos. Y el amor cuando es auténtico no busca recompensa, ni paga. Al contrario, el que ama se siente afortunado de poder amar.

BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA DEL PILAR

1ª lectura (1º Crónicas 15, 3-4.15-16; 16, 1-2): *Levantaron el Arca, por orden del Señor.*

Salmo 26, 1.3.4.5): *«El Señor me ha coronado, sobre la columna me ha exaltado»*

2ª lectura (Hechos 1, 12-14): *María, la madre de Jesús, estaba con ellos.*

Evangelio (Lucas 11, 27-28): *Bienaventurado el vientre que te llevó.*

Hace cinco siglos que sucedió una epopeya de la historia universal: “*El descubrimiento de América*”. Descubrir un mundo nuevo, nuevas gentes, nuevas tierras, encerraba una serie de intereses económicos, políticos y militares. Pero semejante hazaña, llevada a cabo por aquellos hombres con sus luces y sus sombras, sus gracias y pecados, tenía también otro objetivo. No sólo llevaban ambiciones comerciales, no sólo portaban arcabuces y soldadescas, llevaban también el evangelio, la cruz del Resucitado y un mensaje salvador que anunciar y compartir. Así se ha hecho el reconocimiento de estos pueblos hispanos hermanos nuestros con los que tenemos en común la lengua, la fe y el afecto mutuo. Pero debemos dar un paso atrás en el tiempo, porque mucho antes de esa efeméride histórica, el 12 de octubre es para nosotros una fiesta mariana muy querida: nuestra Señora del Pilar. Hoy nos hacemos peregrinos de ese santuario zaragozano que reclama nuestra mirada y nuestra devoción.

Hoy, doce de octubre, Fiesta Nacional y de la Hispanidad, quiere que miremos a la Virgen del Pilar. Como recoge esa entrañable tradición que nos dice que la Virgen María estuvo en carne mortal en Zaragoza, llamada entonces, César Augusta, consolando al Apóstol y alentándolo en su labor evangelizadora. Por allí peregrinaba Santiago anunciando la Buena Nueva de Jesús, el Hijo de Dios. Anunciaba esa Buena Nueva que siempre ha sido dura, difícil de aceptar porque de ella brota un estilo de conducta exigente.

Hemos escuchado en el Evangelio, cómo una mujer sencilla le echó un piropo nada menos que a Jesús: **«dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron»** (Lc 11, 27). Es el piropo a la buena madre que debe llenar de gozo agradecido a un buen hijo. Y sin embargo, Jesús modificó tal exclamación. No porque quisiera poner gravedad ante un elogio que prorrumpió aquella mujer sencilla. Sino más bien, porque Jesús quiso situar en su justa medida la alabanza, el piropo que en Él hacían a su madre. **«Más bien dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen»** (Lc 11, 28). María quedó para siempre marcada por aquella palabra que se le invitó a escuchar cuando el ángel le anunció que podría ser madre del Mesías. Su reparo “¿cómo será esto si yo no conozco varón?”, no era la sospecha del escéptico, sino la petición de ayuda de quien se encuentra desbordado ante una palabra demasiado grande. Lo imposible para ti, es posible para Dios, fue la respuesta de ayuda que ella recibió. Y su reacción no se dejó ya escapar jamás: que esa Palabra se haga carne de mi carne.

María representa lo mejor de nuestra historia cristiana. La historia creyente de la Virgen María nos habla de un requiebro hermoso en la fatalidad cotidiana, para asomarnos con Ella y en Ella a cómo en la tierra de todos nuestros imposibles Dios puede hacer florecer su divina posibilidad. ¿Qué representa para nosotros lo imposible? ¿Nos atreveremos a ponerle nombre y circunstancia? Tantas cosas nos pueden resultar así de inasequibles, de desbordantes, hasta provocar las lágrimas que furtivamente hemos ido a compartir con la Dulce Señora en esa ermita escondida del corazón. Ella nos dice que Dios es más, que tiene recursos, que nos sabe amar y que es el único que no juega con nuestra felicidad, trocando de este modo nuestro llanto en danza, quitándonos los lutos para revestirnos de la mejor algazara de una fiesta sin par.

Si las piedras que sostienen la Basílica del Pilar pudieran hablar, nos darían testimonio de la petición de tantos hermanos nuestros que a través de los siglos han ido y venido precisamente a ese lugar buscando el pilar que es capaz de sostener la firmeza ante cualquier zozobra y contradicción. Es el pilar símbolo de un sí en el que comienza la historia cristiana, y en ese sí de la Virgen el pueblo cristiano no ha cesado de fundamentar su fe que se ha dilatado misioneramente por toda la hispanidad.

Cuenta la tradición que el apóstol Santiago, llegó hasta el Finisterrae de entonces, nuestro suelo patrio, para anunciar el Evangelio. No le debió ir del todo bien y desfondado, se sentó a la orilla del río Ebro, en la Zaragoza de aquel tiempo, con un gesto de cansancio fatal. Santa María se hizo presente en el corazón abatido de Santiago, y el que fuera llamado el hijo del Trueno quedaría fulminado no por la cerrazón y dureza de sus impávidos oyentes hispano-romanos, sino por la ternura acogedora de aquella mujer que fue constituida en madre de todos al pie de la cruz.

Nuestra tradición cristiana ha reconocido siempre en María ese milagro de amor que Dios nos entregó en ella, porque ella siempre está junto a nosotros cada vez que nos falta en la vida el buen vino de bodas, como sucediera ya en Caná. Si falta el vino de la paz o de la gracia, de la esperanza o de la luz, María siempre estará para indicar a su Hijo Jesús que estamos faltos de esos vinos generosos, y para recordarnos a nosotros lo que nunca hemos de olvidar: “*hacer lo que Él nos diga*”. Por ese saber escuchar las palabras de Dios y vivirlas, por eso María es bienaventurada. Hoy es un buen día para saber dar gracias por todos estos motivos que dan sentido a nuestra alabanza dando gloria a Dios en María pilar de nuestra fe. A ella nos encomendamos. Que Ella, como sucedió con el apóstol Santiago, nos dé la fortaleza en la fe, la seguridad en la esperanza y la constancia en el amor.

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (2º Reyes 5, 14-17): *Quedó limpio de su lepra.*

Salmo 97, 1b-4): *«El Señor revela a las naciones su salvación»*

2ª lectura (2ª Timoteo 2,8-13): *Si morimos con él, reinaremos con él.*

Evangelio (Lucas 17, 11-19): *Ten compasión de nosotros.*

Agradecemos con mayor agrado lo que gratuitamente se nos regala. El grado de agradecimiento está en proporción al reconocimiento de gratuidad del favor o gracia recibida. Consideremos el caso de Naamán el sirio, hombre poderoso que sufre una enfermedad en la piel y que nadie en todos sus dominios puede curarle. Alguien le sugiere el poder extraordinario del profeta Elíseo en territorio enemigo. Naamán recurre a su rey, quien a su vez envía mensajeros al rey de Israel y pretende que libre a Naamán de su enfermedad.

El rey de Israel sabe que él no puede curar y estima el mensaje del rey sirio como una trampa contra él. El episodio es en realidad un milagro doméstico que amenaza convertirse en asunto de política internacional. Elíseo, el profeta de Yahvé, interviene calmando la ira del rey y curando la enfermedad de Naamán, no sin antes doblegar el orgullo y arrogancia del general sirio. El reconocimiento del poder de Yahvé es una clara confesión de monoteísmo: *“el Dios de Israel es el Dios universal”*.

El relato termina con la observación de que el profeta no acepta don alguno, ya que tampoco por ellos se llega a Dios. Dios, y en su nombre el profeta, ha actuado gratuitamente. Lo que procede es el agradecimiento. nunca la paga de algo que se ha comprado u adquirido. Por eso lo que vale y satisface de veras a Elíseo es el reconocimiento del poder de Dios; lo demás enturbia la acción profética tal como pretende el discípulo de Eliseo.

Y es que la palabra de Dios no puede vincularse a ningún don ni exigencia humana, aunque por ello tenga que sufrir prisión el que la proclama. Esta fe es la que mantiene firme al que cree en el poder del Señor frente a los demás poderes de la tierra; al que no sucumbe ante las dificultades, pues sabe que el Señor salva incluso de la muerte. Eso es doctrina segura, nos dice la segunda carta a Timoteo: **«Si morimos con Él, viviremos con Él. Si lo negamos, también Él nos negará»**. Es decir, nuestra infidelidad no puede negar la fidelidad de Dios, que permanece siempre fiel y ofrece gratuitamente la salvación para todo aquel que la desee.

Esta actitud de desear la salvación requiere la confesión de nuestra incapacidad de procurarnos la salvación por nosotros mismos. Sólo cuando el hombre confiesa que Jesús es el Salvador, y solicita de Él la curación, como en su tiempo Naamán y posteriormente los leprosos de la frontera de Samaría con la Galilea, comienza a sentir la alegría de sentirse limpio curado. El evangelio insiste en el agradecimiento profundo del que reconoce el poder del Señor, frente a quienes una vez conseguido los beneficios de Dios se olvidan de su benefactor. Y es que corremos el riesgo de olvidarnos del Señor, negándole su autoría en tantos y tantos beneficios que de Él recibimos.

Un cristianismo sin gratitud se convierte en una losa moral pesada y dura, que dobla la espalda de cualquier creyente con el terrible peso de la culpabilidad y la amenazadora imagen de un dios juez que vigila y controla. Con su ojo que todo lo ve, invade la existencia humana de miedo, o de terror, porque no hay forma de presentarse ante Él sin la contaminación que impregna a todo ser humano que viene a la vida. Esa ha sido la presentación que hemos hecho de Dios durante los últimos siglos. La necesidad de orden, justicia y una moral que introdujese sentimientos de compasión en un mundo violento, redujo el Evangelio a una pequeña parcela donde la gratuidad, el agradecimiento y el amor estaban subordinados a las relaciones estrictas de justicia. Hacer esto para conseguir algo. No hacerlo significaba un castigo o el peso de vivir bajo el miedo a ser descubierto.

Cambiar la figura de juez, por la de Dios-Padre hizo dar la vuelta a nuestro sentido religioso, a nuestra relación con Él. Su consecuencia es la experiencia de: curación, salvación, perdón, esperanza y sentido familiar. Desde la experiencia de Dios como Padre el sentido religioso es la vivencia de la libertad, en el sentido más pleno que los seres humanos podemos alcanzar en nuestra historia. En ninguna parte como en la casa de los padres se sacude el hijo el peso de una sociedad que invade nuestro interior de normas, reglas, formas de vestir, costumbres, y pautas sociales que nos someten a sus liturgias, tiempos y horarios. En la casa paterna, donde el único título es ser hijo, de todo lo que hay puede servirse el hijo sin ser dueño ni haber hecho nada para la existencia de ese patrimonio. Puede utilizar y apropiarse de lo que ponen los padres a disposición de los hijos. Y eso sin otras condiciones que respetar la convivencia y centrarse en el desarrollo personal. No hay obligaciones ajenas al bien de todos y cada uno de los miembros. Cosa que suele hacerse como expresión de agradecimiento a unos padres que lo dan todo.

Cuando la vida nos pone a prueba, el agradecimiento suele ser una respuesta mucho más generosa que la obligación. Si esta se atiene a la equivalencia justa, el agradecimiento no repara en límites, va más allá y se pone a la entera disposición de quien necesite su atención. Es la respuesta vital y moral con que Jesús quiere que vivamos. A un Dios que nos ha dado todo no podemos ir regateándole correspondencias. Solo una gratitud inmensa que impregna la vida es la respuesta adecuada. Ella nos llevará a donde nuestro agradecimiento llegue. Así es la moral: más que una obligación sentida, que lo es, mejor un agradecimiento vivo y vital. Vivir dando gracias y mejorar el mundo.

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 17, 8-13): *Moisés tenía en alto las manos.*

Salmo 120, 1b-8): *«Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra»*

2ª lectura (2ª Timoteo 3, 14 – 4, 2): *Toda Escritura es inspirada por Dios.*

Evangelio (Lucas 18, 1-8): *Es necesario orar siempre.*

Permanecer firmes en la fe y sentirla como una fuerza que nos recrea y da ánimos en los momentos difíciles es vivir el don de la perseverancia. En un mundo en el que el cambio se impone como motor de progreso y desarrollo conviene pararse a pensar que son las raíces profundas las que garantizan un crecimiento sano capaz de tolerar cualquier poda o caída de hoja en los árboles sometidos a los cambios de clima y otras inclemencias de la naturaleza.

Lo mismo sucedió al pueblo elegido expuesto a la dureza de su travesía por el desierto con la seductora tentación de volverse a Egipto olvidando que esa era la tierra de la esclavitud. La fidelidad a la Alianza que Yahvé le propuso en el Sinaí recreaba el ánimo de Moisés y fortalecía su esperanza en la victoria sobre los amalecitas. La base y fundamento de esta fidelidad suponía la certeza de que Yahvé no iba a fallar en su promesa de llevar a su pueblo hasta la tierra prometida de Abraham y sus descendientes.

La manifestación del designio de Dios sobre la historia de sus fieles constituye el caudal inmenso en el que todo ser humano puede beber e iluminar sus ojos cada vez que se acerca y acepta con agrado la Palabra de Dios. Ella es el fundamento de toda verdad y nada puede alterar su dinamismo vital; sólo el rechazo de la misma a modo de cansancio o de repulsa ante sus exigencias. Proclamar la firmeza y garantía de esa Palabra requiere permanecer en contacto con el mismo Espíritu que la alumbró en la historia ya la hizo capaz de tomar cuerpo en nuestro pensamiento.

Con esta integración de la Palabra de Dios en el pensamiento humano la humanidad ha sido dotada para toda obra buena. No valen los argumentos falaces de quienes se consideran incapaces de afrontar una vida honesta o simplemente achacan a Dios la falta de asistencia para solucionar los problemas concretos de la vida ordinaria.

Jesús nos muestra en el evangelio sobre la viuda, que recurre ante un juez despreocupado por la justicia, el valor de la perseverancia en la oración. Esa petición machacona capaz de mover la voluntad despreocupada por las razones de la viuda se convierte en modelo de la perseverancia en la oración ante el Señor de nuestras vidas. ¿Por qué nos cansamos tan pronto y acusamos al Señor de despreocuparse de nuestros asuntos?

La tentación en nuestra oración es dudar de nuestro Dios porque no secunda nuestra voluntad. Esa es la falta de fe, de confianza plena, de creer, esperar y desear con todo el corazón lo que sabemos por revelación, por tradición cristiana, que es la garantía de que Dios no nos fallará en darnos lo que verdaderamente necesitamos. Ya Jesús nos enseñó a orar diciendo: **«Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo»**. Seguramente todos hemos hecho ese reproche a Dios en algún momento de nuestra vida.

Quién sabe si ante una situación compleja que nos haya tocado vivir, ante la enfermedad de alguien querido o ante una catástrofe natural de esas que afectan, sobre todo, a los más pobres. No es extraño presentarle “*quejas*” a Dios. Su hijo, Jesús, también lo hizo de forma clara y desgarradora en la cruz: **«Por qué me has abandonado»**. Todos podemos tener, en algún momento, sensación de cierto “*abandono*” o soledad ante Dios... pero eso no significa que Él nos deje de lado. Todo lo contrario. Resulta que, nosotros, no siempre sabemos reconocerlo.

Dios también mira por nuestros ojos y escucha por nuestros oídos... De hecho, Jesús, en el Evangelio, comparte constantemente con el Padre Dios toda su vida en largos ratos de oración. Él insistente en su oración y en la relación con Dios, pero, al mismo tiempo, es insistente con nosotros, por medio de sus mensajes y obras. Su insistencia es, ante todo, en el amor, aunque también lo es en la justicia, en la acogida y en el perdón. De forma recurrente nos recuerda la importancia de la confianza en Dios, pero también la necesidad de que nosotros vivamos comprometidos con la misión de Dios. Jesús no se cansó de insistir, aunque no le hicieran (hiciéramos) caso. Dios nos escucha siempre... pero los sordos y paralizados somos, más bien, nosotros.

Los cristianos hemos experimentado a Dios y su amor, por eso necesitamos presentarle nuestras necesidades, expresarle nuestras quejas o manifestar nuestro agradecimiento. Más allá del interés por conseguir nuestras metas o deseos... se trata de trasladar toda nuestra vida y la de nuestro mundo al Padre Dios. Esto no es una negociación, ni una batalla o una presión... La fe se mide en amor, encuentro, experiencia..., y no en los resultados concretos. Nosotros queremos vivir en diálogo y escucha de la voluntad de Dios, sentir su presencia, dejarnos iluminar por Él y, al mismo tiempo, vivir como Jesús, con todos y para todos.

Hoy, como la viuda del evangelio, presentamos nuestra vida a Dios y le pedimos que nos ayude a acoger su voluntad. Lo haremos con confianza... pero también con insistencia. Poco tiene que ver Dios con el juez injusto, Él es bueno y quiere nuestra vida, seguro que nos allana el camino, aunque a veces sea pedregoso.

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 35 12-14.16-19a): *La oración del humilde atraviesa las nubes.*

Salmo 33, 2-3.17-19.23): *«El afligido invocó al Señor, y él lo escuchó»*

2ª lectura (2ª Timoteo 4, 6-8.16-18): *El Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas.*

Evangelio (Lucas 18, 9-14): *¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador.*

La liturgia de hoy subraya la mirada de Dios al pobre, al publicano pecador y al fariseo. Los tres grupos sociales son mirados por Dios de forma diferente. En la primera lectura, la mirada de Dios al pobre no puede ser parcial porque escucha los gritos del pobre hasta que le hace justicia, es decir, hasta que lo hace justo. En el Antiguo Testamento, ser justo es equivalente a cumplidor de la ley de Moisés (la Torá) y, de esa forma, el justo puede confiar en la salvación de Dios.

La parábola del fariseo y el publicano, es una parábola sencilla, asequible a cualquier mentalidad y dura para cuantos se creen ya justos y, por ello, desprecian a los demás. Con frecuencia hacemos una interpretación moralista de la parábola. En esa interpretación se entiende que el fariseo no sale “justo” de su oración a Dios porque, aunque hacía obras externas que pueden considerarse buenas, sin embargo, tenía un corazón orgulloso. Y el publicano (considerado pecador por cobrar los impuestos del Imperio que tenía sometido a Israel) sale “justificado”, es decir, hecho justo, porque era humilde.

Profundicemos un poco. El fariseo no sale justificado porque cae en un pecado en el que frecuentemente caemos los bautizados católicos: creer que Dios nos ama por cumplir la Ley (entonces era la Torá). El publicano sale justificado porque creyó que Dios le amaba como pecador. De esta forma Dios ha desbaratado toda justicia humana para que aparezca la gloria de su gracia. Por ello, los pobres, los pecadores, los que no tienen nada ni sabiduría para defenderse en la vida, ellos son los que se apoyan en el corazón misericordioso de Dios que nos perdona gratuitamente. Pero a quien busca su gloria en las obras, especialmente en las buenas, le parece injusto que Dios sea así.

Cuando hablamos de justicia divina deberíamos entender el cumplimiento de su proyecto salvífica y no tanto la retribución adecuada a nuestra hoja de servicios. Es el perdón de Dios, su actitud benévola hacia nosotros lo que elimina nuestros pecados y anula todo aquello que nos hará acreedores de una sentencia condenatoria. Cabe la posibilidad de que lleguemos a instalarnos en la actitud del fariseo del evangelio y reclamar a Dios una aprobación de nuestra buena conducta, pero ese no es el camino de la justificación.

¿Quiere esto decir que no somos acreedores del premio por haber observado una buena conducta? El apóstol Pablo escribe a Timoteo sobre la corona merecida que le aguarda como premio al final del curso de su vida. No se trata del premio que se debe al vencedor, sino del que recibe todo aquel que combate bien y corre hasta la meta sin abandonar la carrera. En ese curso de la vida surgen muchas dificultades que llevan al desánimo, si no al abandono, pero siempre está esa presencia y aliento del Espíritu, que nos impulsa hasta llegar a la meta.

El premio es pues un regalo que debemos agradecer, y no reclamar, a quien nos metió y asistió siempre en esta carrera. Sentir nuestras flaquezas, sufrir la tentación de abandonar o de sucumbir ante la presión de los poderosos, que nos invitan a seguir sus criterios y confiar en sus recursos, es parte de ese combate en el que debemos resistir y afrontar con la firmeza de la fe. Lo que no cabe es presumir de nuestro curriculum ya que esto empañaría el momento final de nuestra carrera, el momento en que tenemos que dar cuenta a Dios.

No podemos olvidar que es el Señor, nuestro Dios, a quien debemos toda nuestra existencia y también el desarrollo de nuestras cualidades: tampoco podemos reclamar a Dios que su justicia se acomode a nuestro criterio y nos premie según nuestra mezquindad que nos lleva a despreciar a quienes no gozan de un buen curriculum. Más nos vale esperar de su largueza el premio que Él se digne concedernos.

La parábola del fariseo y del publicano pone de relieve que no agrada a Dios la actitud presumida y poco generosa de quien alardea de sus virtudes despreciando a quien reconoce su pecado y solicita el perdón de Dios. Lo más duro de esta parábola es que el fariseo no es más justo que el publicano; del primero se dice que teniéndose por justo despreciaba a los demás mientras que el publicano confiesa su pecado y ni siquiera se atrevía a levantar sus ojos al cielo.

Consciente de que esta manera de amar por parte de Dios nos parece injusta o, al menos, arbitraria, pidamos al Señor que nos conceda la luz de su Espíritu Santo que es la acción del Resucitado hasta su segunda venida. Este Espíritu, Espíritu de amor, nos enseña la fuerza de la Gracia salvadora de Dios Padre. Y quien se atreva a acoger el amor misericordioso de Dios en su propio pecado, reconocerá con gratitud humilde que, no teniendo ningún derecho a ser amado ni perdonado, solo puede arrodillarse ante este Dios que ha sido y sigue siendo fuente permanente de misericordia. Y la gratitud humilde es el fruto de la Gracia salvadora que nos hace testigos de la misericordia divina.

SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS

1ª lectura (Apocalipsis 7 2-4.9-14): *Una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar.*

Salmo 23, 1b-4b.5-6): *«Esta es la generación que busca tu rostro, Señor»*

2ª lectura (1ª Juan 3, 1-3): *El mundo no nos conoce porque no lo conoció a Él.*

Evangelio (Mateo 5, 1-12a): *Alegraos y regocijaos, vuestra recompensa será grande.*

La fiesta que hoy celebra la Iglesia nos lleva a pensar que la santidad no queda reducida a lo que vivieron aquellas personas declaradas santos después de un largo o breve proceso de canonización. La santidad es un atributo divino que nadie puede atribuirse en propiedad. Urgir el derecho a ser santo es no entender la santidad como don gratuito y favorable de Dios; de ahí que tampoco podamos hablar en propiedad de la obligación de ser santos. Estamos invitados por pura benevolencia divina a participar del don de la santidad.

La santidad, es algo que enriquece y dignifica nuestra existencia, no es una exigencia que amarga nuestro ser. El esfuerzo que requiere responder a esta invitación obedece a la resistencia natural que se da en un ser libre que tiene que elegir entre varias alternativas. De ahí la necesidad de conocer bien las características de la verdadera santidad para ir reduciendo la confrontación entre las alternativas de felicidad que ofrece una vida no santa.

Esta confrontación es la que se describe en el libro del Apocalipsis como “*la gran tribulación*”, de la que difícilmente sale uno enteramente limpio. Basta conservar la vida, aunque vuelva uno herido o manchado de sangre, para poder reinstalarse en el cortejo de los que con “*vestiduras blancas*” siguen la estela del Cordero, que con su sacrificio ha purificado definitivamente a todos aquellos que deciden ser sus discípulos. He ahí la oferta de santidad para todos sin exclusión, mientras dura la vida caduca y frágil que define la gran tribulación.

La santidad se brinda como un don al que se accede mediante la aceptación viva y permanente de la existencia como reflejo vivo de la propia vida divina. Ser santo es participar de la vida de Dios a la que todos los fieles tienen acceso por su condición de hijos de Dios. La vocación a la santidad no es pues un privilegio, ni un derecho, ni una obligación; es simplemente un programa de vida que se explicita en las bienaventuranzas que a su vez afirman ser hijos de Dios todos aquellos que trabajan por la paz.

En el programa de las bienaventuranzas queda reflejada la gran tribulación en la que los discípulos de Jesús a través de los tiempos sufrirán toda clase de dificultades. Es el tiempo en el que nos toca vivir a los cristianos en medio del mundo, probados y tentados por diversas alternativas salvíficas que no cuentan con Dios. La oración es el medio más eficaz que nos permite vivir ya en esta tribulación la esperanza de alcanzar la recompensa gloriosa. Como hijos de Dios que somos aprendemos a orar llamando a Dios Padre nuestro, y nos atrevemos a pedirle que perdone nuestras ofensas, que vaya eliminando todo aquello que nos impide ser santos, y que alejándonos de la tentación no caigamos en la seducción de otras alternativas salvíficas.

Las guerras en Ucrania y Gaza, las guerras en diferentes lugares de la tierra, todos los enfrentamientos que sufrimos, u originamos las personas humanas, son un hecho; pero también podrían expresar nuestra capacidad de destruir para que no quede nada o de destruir para comenzar a realizar algo nuevo. Esta fiesta puede ayudarnos a profundizar sobre estas capacidades de los seres humanos que nos posibilita a darnos cuenta de lo diferentes que somos cuando actuamos individualmente y cuando lo hacemos colectivamente.

En tiempos de pandemia, de confinamiento, de cárcel, de secuestro, las personas perdemos: la libertad, las relaciones personales, los viajes, las excursiones por la naturaleza, la compañía con personas amigas, la fiesta, etc. Aunque también es cierto que encontramos nuestra vulnerabilidad, la riqueza del silencio contemplativo, las personas servidoras de la vida común, las posibilidades de los medios modernos para ponernos en contacto con personas olvidadas y de ellas con nosotros. En definitiva, descubrimos una forma más sencilla de vivir.

La Iglesia nos invita a construir, en comunidad, la cultura del encuentro, en estos tiempos de soledad impuesta o buscada, para poder construirnos como personas enriquecidas con todo lo que otras personas son y aportan a la vida. Las bienaventuranzas, en la primera parte de sus enunciados, expresan situaciones humanas que conllevan la soledad impuesta, que acercan a las personas al sepulcro de donde es difícil salir; sin embargo, en la segunda parte, nos anima a encontrarnos con Alguien que hace posible descubrir el camino de volver a la vida que nos hace dichosos, bienaventurados.

Aún no se ha manifestado lo que seremos, nos dice Juan en su lectura de la primera carta, y nos anima a descubrirlo en nuestra vida cotidiana en la medida en que somos capaces de potenciar la fraternidad y la solidaridad entre las personas. Porque cuando solamente somos personas cumplidoras de lo que está mandado y que siempre hemos hecho; o derrochamos en caprichos lo que hemos logrado trabajando o lo hemos heredado de nuestros mayores, sin preocuparnos del futuro o de los que tenemos a nuestro lado, difícilmente celebraremos la fiesta de la esperanza lograda. Por eso, qué maravilla poder celebrar todos los años esta fiesta en la que honramos a todas las personas, que, por diferentes caminos, han encontrado una vida nueva, salen fortalecidas de la soledad impuesta y gozan de la esperanza cumplida en la fiesta que no termina nunca.

CONMEMORACIÓN DE LOS FIELES DIFUNTOS

1ª lectura (Sabiduría 3, 1-6.9): *La vida de los justos está en manos de Dios.*

Salmo 26, 1.4.7 y 8b y 9a.13-14): *«El Señor es mi luz y mi salvación»*

2ª lectura (Romanos 8, 14-23): *Somos hijos de Dios y coherederos con Cristo.*

Evangelio (Juan 6, 37-40): *Todo el que cree en el Hijo tiene vida eterna.*

La conmemoración de los Fieles Difuntos nos trae a la memoria a los que ya han superado la gran tribulación, retando a la misma muerte y entrando gloriosos en el país de la Vida. No es la muerte física la que decide el destino de los fieles, sino la fidelidad de los que sufren la muerte. Morir y ser enterrado es cerrar el ciclo de la vida que se inició al nacer por generación, pero para los fieles, los que creen en la Vida, la vida no termina, se transforma y lo que era caduco y perecedero se acaba como todo lo que nace; esto último es natural.

Pablo escribió a los habitantes de Tesalónica, que dudaban de la suerte de los difuntos y les decía: **«No queremos que ignoréis la suerte de los difuntos, para que no os aflijáis como los hombres sin esperanza»**. Su suerte ya no depende de los vivos, sino de la fe que ellos tuvieron en la vida que Dios le brindó; si ellos fueron fieles, y creyeron en Jesús muerto y resucitado, la muerte no será para ellos el final definitivo, sino sólo el final de lo caduco y perecedero, pero también la entrada en el país de la vida. Allí ya no hay posibilidad de muerte, pues allí reina la vida, que ha triunfado definitivamente sobre la muerte.

Recordar a los muertos como si fueran fallos de vida y ya nada tuvieran que ver con nuestra existencia es ignorar la suerte de los difuntos. No corresponde a nosotros poner límites a la gran benevolencia divina que se hace viva y eficaz en lo más profundo de nuestro ser. Para los que atravesaron la gran tribulación, esa existencia llena de enfrentamientos por causa de aceptar como única verdad la que Dios propone frente a las seducciones de quienes no pueden garantizar lo que prometen, ha sido la esperanza, el don del Espíritu, la que ha dinamizado su voluntad de atravesar el umbral de la muerte sabiendo que detrás esperaba la vida.

Nos resulta extraño la palabra divina que nos dice: **«quien cree en mí, aunque haya muerto vivirá»**. Es cierto que la fe, nos acompaña junto con el don de la esperanza mientras caminamos por este mundo, y si damos cabida a estos dones en nuestras vidas, ellos se convierten en virtudes capaces de facilitarnos mayor prontitud y acierto en el ejercicio de nuestra libertad, ya que sufrimos menos presión de otras exigencias a las que nosotros mismos hemos desplazado por prestar mayor atención a los dones recibidos.

Creer y esperar facilita el ejercicio de la libertad y concentra nuestra atención en esa voluntad divina que en ningún momento coarta nuestra voluntad. Por la fe descubrimos esa bondad inmensa de quien sólo quiere nuestro bien; esa benevolencia que se hace gracia abundante para los que quieren, libremente, secundarla. Siempre se trata de una **“comunió”** feraz y fecunda, que produce la entrega sin reservas ante el dinamismo del Espíritu.

La mayor garantía del bienestar de los difuntos, que durmieron el sueño de la paz, es que se trata de la voluntad decidida de Dios en favor de ellos; no es un título que el ser humano puede reivindicar por haber cumplido todas las tareas que le fueron asignadas; es gracia divina, favor del cielo y decisión libérrima del Altísimo. Por eso el creyente, que vive de la fe y en ella apoya todos los razonamientos humanos, que le permiten descubrir el sentido trascendente de su vida entera, no vive la esperanza como una expectación por conseguir lo que en cada momento espera, sino que avanza sereno con sentimientos cristianos en medio de la gran tribulación siguiendo las huellas del Cordero degollado, quien con su muerte nos dio la vida.

La muerte no es final de la vida del creyente; quizás sea el fracaso de unos deseos o decisiones apoyadas en mayores o menores expectativas; quizás sea un cálculo erróneo de lo que pensábamos vivir; lo que es cierto y consolador es que la muerte se puede afrontar con la esperanza firme de la vida, de esa vida para la que Dios nos creó y por medio de su resurrección ha garantizado su participación en la vida plena de Dios a todos aquellos que se incorporan sin reservas al designio salvífico realizado en el misterio de Cristo.

La sabiduría divina pone de manifiesto la insensatez de los que piensan que los justos mueren sin más y consideran su tránsito como una desgracia y su final como una destrucción; ellos, sin embargo, viven en paz, después de haber superado los sufrimientos porque esperaban seguros la inmortalidad. El objeto de la esperanza de los justos es estar siempre con Él, gozar en su presencia, alcanzar la alegría perpetua. Hablar pues de los fieles difuntos sin hacer referencia a la vida que ellos esperaron, sume en un clima de nostalgia, que contrasta con la alegría que se produce en el cielo cuando uno de estos fieles se suma al coro de los que alaban a Dios. El hombre fue creado para la inmortalidad y ese es el galardón que le espera a quien cree. Pero conscientes de la condición frágil del hombre, no excluimos las culpas cometidas por los difuntos que ahora no pueden expiar, y por eso, los vivos, elevamos plegarias en favor de los difuntos afirmando así nuestra fe en la comunión de vivos y muertos en el Señor.

El día de los fieles difuntos es un día de fiesta que celebra la alegría de los que ya alcanzaron el país de la Vida. Al conmemorar pues a los fieles difuntos recordamos la invitación a participar con ellos de la vida de Dios. **¡Descansen en paz!**

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 11, 22 – 12, 2): *Te compadece de todos.*

Salmo 144, 1b-2.8-11.13c-14): *«Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi rey»*

2ª lectura (2ª Tesalonicenses 1, 11 – 2, 2): *El Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas.*

Evangelio (Lucas 19, 1-10): *Es necesario que hoy me quede en tu casa.*

El Señor no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. No quiere Dios imponer su ley, ni quiere castigar con la aniquilación o la muerte a quienes ha creado para la vida. La falsa concepción del designio creador de Dios ha deformado la conciencia del ser humano y así, atribuye a la divinidad el destino fatal que espera a todo hombre: la muerte. Los cristianos sabemos que la muerte entró en el mundo por el pecado, y que es Cristo, el Señor Resucitado, quien nos devuelve la posibilidad de alcanzar la vida eterna a la que éramos destinados en el proyecto creador de Dios.

El evangelista Lucas insiste en su afirmación de que los publicanos y pecadores no quedan excluidos de la atención de Jesús. Les presta especial atención en estos relatos evangélicos donde aparecen como los beneficiarios del favor de Jesús. Tanto el hijo pródigo, como el publicano que oraba en el último banco del templo, aparecen mejor parados que el hijo mayor de la parábola y que el fariseo que daba gracias a Dios en su interior por ser fariseo y no publicano.

Nos dice el evangelio que Zaqueo era recaudador de impuestos, hombre importante y rico, pero bajo de estatura y por esto no conseguía ver a Jesús pues la gente se lo impedía. A pesar de todo no dudó en subirse a un árbol, pues él no estaba dispuesto a permanecer con una visión limitada de su entorno. Un caso ejemplar de cómo la curiosidad, suscita el interés, éste mueve al esfuerzo, y la dedicación trae consigo la recompensa.

No sé si la expresión castellana de “*subirse a la higuera*” conserva alguna reminiscencia bíblica del relato de Zaqueo. Lo que si es cierto es que la acción de Zaqueo manifiesta su interés por alcanzar una visión de Jesús que no le permitía su estatura inferior a los que le rodeaban. El esfuerzo del hombre rico de Jericó y su confesión de incapacidad para llegar hasta Jesús, fue valorada por el Maestro quien compensó a Zaqueo invitándole a compartir mesa con Él.

Analizando este relato podemos observar la iniciativa divina que se hace patente en la atracción que Jesús ejerce sobre quien, disponiendo de autoridad y medios, no se atreve a abrirse paso hasta el Maestro, pues reconoce la distancia enorme que separa a un publicano de un rabino. Las enseñanzas de Jesús van más allá de ser meras expresiones académicas de gran talla; el Maestro lo es de la vida de Dios entre los hombres; su enseñanza es vital y trasciende toda clase de barreras, incluidas las sociales cual pudieran ser las que impedían a los publicanos entrevistarse con los rabinos.

Lucas había dejado claro que el publicano salió justificado del templo porque reconociendo su pecado suplicaba la misericordia de Dios. Ahora pone de manifiesto que Zaqueo viene apeado de su “*escalada*” porque Jesús ve su deseo de conocerle personalmente. Jesús le llama diciéndole que no necesita encumbrarse; Él mismo irá a hospedarse en su casa. La alegría de esta noticia transforma el corazón del pequeño Zaqueo. Y es que el “*pequeño*” Zaqueo, poderoso de esta tierra, deja de serlo cuando aparece el poder de Dios.

El texto de la sabiduría hace referencia a la pequeñez humana frente a la omnipotencia de Dios. Desde esa grandeza inmensa Dios no tiene miedo a perder su fuerza por el hecho de que los hombres, la obra de sus manos, se rebelen contra Él. No tiene prisa el Dios todopoderoso en aplicar su justicia contra el pecador, sino que poco a poco le va corrigiendo y recordando su pecado para que se convierta y vuelva a Él. Los poderosos del mundo temen perder su poder y solicitan el aplauso constante de sus súbditos; cuando no lo consiguen utilizan todo su poder para imponerles su voluntad.

Frente a ellos Dios no necesita esta alabanza, su magnificencia se convierte en don continuado en favor de los necesitados; son los pobres, los no autosuficientes, los que sienten la necesidad del don de Dios. Son los pequeños, los que ni siquiera alcanzaban la medida de la existencia, los invitados por Dios a formar parte de su obra creada. A todos ellos y sobre todo a aquellos que reconocen su pequeñez, Dios continúa favoreciéndoles; los ama y por eso les perdona, pues no deja de ver en ellos su sopro creador.

En el tiempo de Pablo, los habitantes de Tesalónica comienzan a alarmarse y a sentir la urgencia de apurar la existencia terrestre, como si ya el fin del mundo estuviera a la vuelta de la esquina. El apóstol precisa lo dicho en su carta anterior; no se trata de la inminencia temporal del fin del mundo, sino de la necesidad de vivir atentos a la venida de Cristo como juez del universo. Cuando Él llegue deberá encontrar a los cristianos dignos de la vocación para la cual fueron llamados a la existencia; su tarea, su vida, solo podrán realizarla si estiman la grandeza de Dios como un don que les ha sido dado para poder llevar a cabo los buenos deseos, que Él mismo con su gracia les hizo sentir. Nada de huidas y precipitaciones, sino el reconocimiento sereno de esa grandeza de Dios, que no tiene prisa por aplicar su justicia.

LA DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE LETRAN

1ª lectura (Ezequiel 41, 1-2.8-9.12): *Habrá vida allí donde llegue el torrente.*

Salmo 45, 2-3.5-6.8-9): *«Un río y sus canales alegran la ciudad de Dios, el Altísimo consagra su morada»*

2ª lectura (1ª Corintios 3, 9c-11.16-17): *¿No sabéis que sois templo de Dios?*

Evangelio (Juan 2, 13-22): *No convertáis en un mercado la casa de mi Padre.*

El templo es la casa de Dios, el centro del culto de todas las religiones. Los cristianos se reunían en las casas para celebrar la Eucaristía. Pero las cosas cambiaron a partir de la libertad religiosa concedida por el emperador Constantino. Este cedió al papa Silvestre su palacio de Letrán y mandó construir allí la primera basílica cristiana, cuya consagración o dedicación se hizo tal día como hoy en el año 324. La importancia de ser la primera y en Roma ha mantenido a lo largo de los años el recuerdo y la veneración. De este modo, los cristianos, en este día recordamos también y honramos las de nuestros propios templos, ya no solo como casas de Dios, sino también como nuestras, del pueblo de Dios.

La Basílica de Letrán es la catedral del Papa en Roma y la iglesia llamada “*Madre y Cabeza de todas las iglesias de Roma y del mundo*”. Con esta fiesta celebramos nuestra unión con el Papa como obispo de Roma y también como nuestro pastor y obispo universal.

La Iglesia como cuerpo místico de Cristo nos incorpora a todos los fieles cristianos en esa condición de “*morada de Dios*” en la humanidad. Es la máxima dignidad que podemos dar a nuestro cuerpo, sabernos y vivir como portadores de la presencia del Espíritu Santo en la fragilidad de nuestra naturaleza.

La verdadera razón de nuestra dignidad como templos del Espíritu radica en la presencia de Él en nosotros. Pero no es nuestra propia condición humana, ni nuestras mejores galas las que atraen esa presencia divina en nosotros, sino la misma bondad divina y su gran benevolencia con nosotros, a los que regala con su gracia.

El apóstol Pablo nos brinda en su reflexión sobre este regalo divino un dato precioso que puede ayudarnos a comprender la gran responsabilidad que recae sobre nosotros por el hecho de ser beneficiarios de esa gracia divina. Recuerda el Apóstol a los Corintios que deben conservar su cuerpo con todo el cuidado que requiere el mantenimiento de esa construcción proyectada por tan hábil arquitecto.

Les recuerda que los cimientos son sólidos e inamovibles pero el edificio hay que mantenerlo y advierte a cada uno que se fije bien como construye. Este pensamiento paulino insiste en la responsabilidad de mantener el edificio vivo y en esa tarea tenemos que llevar cuidado en no destruirlo. **¿Querrá esto decir que siendo el Espíritu uno, todos los edificios (los templos del Espíritu) tienen el mismo cimiento, la misma base y fundamento en su construcción?**

Sin embargo cada uno tiene que construir, es decir, realizar y conservar según el proyecto divino esa habitación del Espíritu que no es un templo abandonado, que acaba destruyéndose, sino un ámbito vital que proclama la presencia viva del Espíritu de Dios. Estas piedras vivas no tienen tanto la función de cerrar espacios cuanto indicar a los foráneos que allí habita el Dios vivo.

Ese es el dinamismo de una Iglesia tal cual el apóstol Pablo expone en su predicación: “*una Iglesia viva animada por el Espíritu, que se hace presente en cada uno de sus miembros, a los que recuerda su condición de huéspedes del Espíritu. «¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu habita en vosotros?»*”. Este sería pues el principio de la unidad de la Iglesia, que es entendida como el cuerpo místico de Cristo, siendo Él la cabeza y todos los fieles cristianos incorporados a Él como miembros vivos.

Es el propio Jesús quien ya había hablado de su propio cuerpo como templo, e incluso había anunciado la destrucción que ellos, los judíos que se jactaban del templo construido durante toda una generación, provocaron con la muerte de Cristo. El evangelio de Juan contrapone la visión del templo de los judíos (edificio que se construye con materiales perecederos) y la visión de Jesús, que habla de un templo vivo que Él mismo levantará con su resurrección.

Reconocernos como hijos de Dios y ser templos de su Espíritu, es ciertamente un orgullo para el creyente. Pero es, debe ser, sobre todo una gran responsabilidad. No podemos permitirnos el lujo de vivir superficialmente, engreídos como “*hijos de papá*”, cada cual a lo suyo y sin preocuparnos de los demás miembros de la familia humana. Tenemos que vivir con arreglo a nuestra dignidad de hijos, a la altura de nuestro Padre que está en el cielo, comprometidos con la suerte de todos los hermanos.

Por eso no podemos darnos por satisfechos cuando vemos en nuestro entorno y, lejos de nosotros, en el mundo, tantos y tantos hermanos con su dignidad pisoteada y sus derechos en suspenso. Y tampoco podemos aceptar unos sistemas políticos, sociales y económicos que hacen alarde de democráticos y conculcan la dignidad de los seres humanos, sin reaccionar ante la violación sistemática de los derechos a la vida, al trabajo, a la alimentación, a la libertad y a la paz, por el mero hecho de que se tratan de los otros, de otros pueblos, de otras naciones, de otros continentes.

DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Macabeos 7, 1-2.9-14): *El Rey del Universo nos resucitará para una vida eterna.*

Salmo (16, 1bcd.5-6.8.15): *«Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor»*

2ª lectura (2ª Tesalonicenses 2, 16 – 3, 5): *El Señor, que es fiel, os dará fuerzas.*

Evangelio (Lucas 20, 27-38): *No es Dios de muertos sino de vivos.*

¡Cómo pasa la vida, tan callando! Cuando se cumplen los 80 años, uno se da cuenta de las cosas que ha dejado atrás y toma conciencia de que ha pasado a ser el primero de la fila tras la desaparición de padres y abuelos. La infancia parece un sueño remoto y el futuro se revela corto y poco alentador. Aparecen las limitaciones físicas y se acrecientan las dudas sobre si hemos sido capaces de aprovechar bien el tiempo. Curiosamente, a medida que me hago viejo, siento una mayor perplejidad sobre la vida. Tengo la impresión de que la película está a punto de acabar y de que parece que no me he enterado bien de la trama.

Solemos caminar con la mirada puesta en el más acá; somos racionalistas y no nos gusta que nos saquen más allá de la utilidad de lo que se ve y se toca. Tampoco tenemos tiempo para hacernos preguntas últimas, vivimos aprisa, y cuando nos detenemos preferimos el entretenimiento de las cosas de la superficie. Las preguntas, para los filósofos. **¿De qué sirve pensar en otra vida, si es que hay? ¿No es acaso perder el tiempo?** Sin embargo, la pregunta siempre está ahí, en el fondo de todo ser humano. Un famoso sociólogo escribió esto: *“toda sociedad humana es, en última instancia, una congregación de hombres frente a la muerte”*. Otro filósofo existencialista afirmaba lo mismo: *“el ser humano es un ser para la muerte”*.

La certeza de morir nos entristece y también la vivencia de tanto mal a nuestro alrededor. Luchamos y nos esforzamos por alejar el mal y la muerte de nuestra vida a la vez que experimentamos nuestra incapacidad para superar esta dificultad. El mal continúa acechándonos y la muerte nos espera sin previsión cierta. Esta es la voz que cunde sin discusión entre los mortales y hasta se afianza cada vez más la idea de que no hay otra alternativa más halagüeña.

Vivir lo mejor posible en esta vida sin más horizonte que la muerte favorece el chantaje de los poderosos que pueden llegar a extorsionar a los débiles con la amenaza de mayores males y hasta anticiparles la muerte en el caso de que no se doblen a sus planes egoístas. Esta fue la postura de Antíoco ante los siete hermanos macabeos, que no dudaron en permanecer fieles a la esperanza de una vida superior. Más que la expresión *“antes morir que pecar”* resuena en el relato de los Macabeos la esperanza incombustible de una vida más digna.

No importa perder posibilidades de vida aquí en la tierra, si ello es la consecuencia de la fidelidad al designio divino sobre sus creaturas; traicionar (optar por la infidelidad) el designio de Dios por adquirir mejor bienestar, mejor posición, mayor aplauso de las gentes, es alejarse de la verdadera felicidad, aquella que el Dios-fiel ofrece a los suyos. El creyente, el que conoce el don de Dios y por Él vive y alimenta su esperanza, apuesta sin límites por la felicidad de Dios y espera sobre toda desesperanza participar de la vida eterna. Esta vida que es participación de la propia vida de Dios ya le ha sido brindada al hombre a través de la fe y de la esperanza en el Dios, que nos ha garantizado el cumplimiento de esa promesa en la propia resurrección de Jesucristo.

Vivir sólo la vida caduca, la que se acaba con la pérdida de nuestro aliento vital, es un programa poco convincente para aquel que siente verdadera ansia de la vida, para aquel que siente sed de Dios vivo. Y esto no es una discusión de escuelas, no es algo que afirman los fariseos contra los saduceos. Estos plantearon a Jesús el problema de la resurrección de una forma mal intencionada, pues es bien conocido que a ellos, a los saduceos, les importaba bien poco la vida eterna, en la que no creían. Ellos sólo creían en la existencia terrena de hombre y por eso tenían una vida bien montada y le sacaban el máximo provecho posible en lo social y en lo económico aun a costa de los demás.

La respuesta de Jesús deshace el presupuesto de los saduceos: **«en la vida eterna ya no tiene sentido la procreación y el matrimonio, que son realidades provisionales de este mundo y que cobrarán un sentido nuevo, pleno y glorioso: el amor que no pasa nunca»**. Pero este lenguaje no lo podían entender los saduceos que negaban la vida perdurable; a ellos dirige la respuesta de Jesús como una enseñanza correcta sobre lo que será la vida futura. Y esta enseñanza brota de la afirmación incontestable de que Dios: **«No es Dios de muertos, sino de vivos»**.

La persona creyente no busca seguridades. No las hay. Pero sí puede caminar apoyado en la fe hacia un horizonte en el que aparece un Dios que es más fuerte que la muerte, y en el que el mal, la injusticia y la muerte no tendrán la última palabra. La experiencia cristiana se fundamenta en un acontecimiento: **«que Dios ha resucitado al crucificado»** (Hch 3,15). María Magdalena gritará el primer anuncio: **«He visto al Señor»**. Esta experiencia radical llevará a poner en labios de Jesús la siguiente afirmación: **«Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto vivirá. Y todo el que cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?»** (Jn 11,25). ¿Creemos esto? ¡Yo creo en la resurrección de los muertos! ¡Creo que la fuerza de Dios es más fuerte que la muerte y que su amor infinito nos dará la vida en plenitud!

DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Malaquías 3, 19-20a): *Llega el día ardiente como un horno.*

Salmo (97, 5-9): *«El Señor llega para regir los pueblos con rectitud»*

2ª lectura (2ª Tesalonicenses 3, 7-12): *Si alguno no quiere trabajar, que no coma.*

Evangelio (Lucas 21, 5-19): *Llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra.*

Vivir como cristianos es tener unas ideas y compartirlas con otros en la Iglesia. Pero es también una práctica de vida, concretar en todo lo que hacemos el estilo y el Mensaje de Jesús. Él es el Maestro y Señor. Si miramos el mundo y la vida vemos fracaso, violencia, inseguridad, interés. Parece que prima la apariencia, el sálvese quien pueda, la sinrazón. Con lo negativo convive el esfuerzo de las personas por crear espacios de vida para todos, de relación y fraternidad. Personas, grupos, países se esfuerzan en la práctica de la solidaridad, el bien común, la paz, sabiendo que el mundo es la casa que a todos nos cobija y debemos cuidar. Y dentro de ella a cada persona.

Nos preguntamos cómo es posible el mal. Cómo se origina, extiende y paraliza a las personas que lo sufren. Si hemos sido creados para la Vida, si somos iguales, si el mal nos hace mal... Y encontramos respuestas de todo tipo: es castigo de Dios, algo hacemos mal, somos egoístas, nos ha tocado así. Muchas respuestas que tratamos de que justifiquen nuestra inactividad ¿Está Dios con su Pueblo? Pregunta Malaquías. El mundo y la historia no están dejados a la suerte del mal y la sinrazón, porque Dios es el origen de la Vida, de la humanidad y del bien. Y quiere que ese origen alcance plenitud. Él siempre interviene en la vida de los Suyos, a los que ilumina con un Sol de justicia. Dios, en medio del Pueblo para regirlo con rectitud y justicia.

Solo Dios puede hacer nuevas todas las cosas y que salga adelante el bien, la verdad y la paz. Pero nos elige a ti y a mí para hacerlo posible. Nos necesita para llevar adelante la Salvación y la Vida. Debemos dar testimonio en todo de amor y de entrega. Y esto no son palabras, ni buenos propósitos: ha de ser una tarea constante, somos colaboradores de la Creación del Padre. Pablo vio en los de Tesalónica algo de falsa espiritualidad que se desentendía del esfuerzo por hacer el mundo, y les dijo que hay que trabajar por ganar el sustento, transformar la naturaleza, vencer la injusticia. Vivir haciendo creíble el Amor de Dios no es fácil. Parece que vamos a contracorriente, que se nos rechaza. Esto tampoco es nuevo. Lo dice Jesús: *«os rechazarán y perseguirán por causa de Mi Nombre»*. Se alzarán pueblo contra pueblo (no es ciencia ficción, cerca lo tenemos). Pues ahí es donde hay que dar testimonio y perseverar, luchar contra todo mal, defender el bien y la verdad, hacer posible la Vida de Dios. Sin miedo, con perseverancia, tendremos Vida.

En tiempos de Jesús el templo de Jerusalén era el signo del poder y la magnificencia que Herodes había construido para evocar la suntuosidad del Templo de Salomón. Todavía hoy quedan restos de aquellas piedras, auténticos alardes de lo que se consideraba el orgullo de la ciudad santa. Sin embargo Jesús se dirige a todos aquellos que alardeaban y se sentían satisfechos del esplendor del templo y anuncia su destrucción, así como la situación catastrófica que amenaza a la ciudad.

Frente a esa situación de guerra y destrucción Jesús invita a la serenidad y llama la atención su consejo de no dejarse llevar por el pánico, ni dejarse embaucar por aquellos que ven en estos desastres la batalla final. No hay una victoria del mal, pero tampoco el bien logra definitivamente eliminar a su enemigo, se trata sólo de una prueba en la que se brinda la oportunidad de dar testimonio de fidelidad al evangelio.

No hay que buscar las armas destructores del enemigo, ni siquiera hay que preparar nuestra defensa; basta la fidelidad y la perseverancia en la fe, en la salud y bienestar que nos brinda Dios. Él mismo nos facilitará la fuerza que ningún adversario logrará reducir. La Sabiduría de Dios encarnada en la sabiduría humana responderá con acierto y nos garantizará esa serenidad que produce saber que Dios está con nosotros. ¿Por qué olvidamos tan fácilmente este mensaje del evangelio y nos ponemos nerviosos ante los desastres que amenazan nuestro bienestar? Quizás es que hemos puesto nuestra confianza en los baluartes que nos sedujeron por su hermosura y que acaban minando nuestras esperanzas. El consejo del evangelio cobra actualidad y es el momento de perseverar en la fe y en la esperanza de que es Dios, el que no permitirá que sucumbamos ante nuestros adversarios.

No se trata de rehuir nuestra responsabilidad e ignorar las respuestas que hay que dar frente a la avalancha de nuevas cuestiones que surgen ante hechos catastróficos. Lo que el evangelio nos advierte es que la catástrofe no es lo definitivo, pero sobre todo que la victoria momentánea del mal es una prueba más que hay que soportar con la esperanza de la victoria definitiva del bien. En esos momentos difíciles conviene mantener la esperanza y afrontar con firmeza y serenidad las dificultades a sabiendas de que ni un solo cabello de nuestra cabeza, se va a perder aunque haya una sentencia de muerte contra nosotros.

Es muy difícil entender el mensaje del evangelio cuando no se acepta el sufrimiento y el dolor como parte integrante de esa lucha a muerte que el ser humano tiene entablada con el príncipe de la mentira, que trata de seducirnos con victorias aparentes y que nos las brinda como victorias definitivas sobre el mal. Esa es la paz y el bienestar que el mundo pretende brindar frente a la paz de Dios, la única que puede garantizarnos la serenidad necesaria para afrontar todas las dificultades que surjan en nuestra vida de fidelidad al evangelio.

DOMINGO JESUCRISTO, REY DEL UNIVERSO

1ª lectura (2º Samuel 5, 1-3): *Hueso tuyo y carne tuya somos.*

Salmo (121, 1b-2.4-5): *«Vamos alegres a la casa del Señor»*

2ª lectura (Colosenses 1, 12-20): *Él es el principio, el primero de todo.*

Evangelio (Lucas 23, 35-43): *Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.*

A lo largo del año venimos recorriendo la predicación de Jesús, una predicación centrada en el anuncio del Reino de Dios, un reino que ya estaba presente en el Antiguo Testamento, el pueblo de Israel tiene conciencia de la realeza de Yahvé, en el libro del Éxodo, Israel cuando ha experimentado la liberación de la esclavitud de Egipto, proclama solemnemente: ¡Yahvé reinará por siempre jamás! Pero el pueblo es consciente de que el reinado de Dios no es un Reino a modo humano, no es un Reino de poder, de dominio..., sino que entiende la realeza de Dios como las actuaciones de Yahvé en la historia en favor de su pueblo, Yahvé es el caudillo de su pueblo, el jefe y el auxiliador, el Señor que lo cuida y lo defiende.

Jesús recoge esta idea del Antiguo Testamento, pero haciendo notar que ese reino anunciado ya está presente en medio de nosotros, es la presencia definitiva del Reino, como nos hace notar Marcos al principio de su evangelio: *«El tiempo se ha cumplido, el Reino de Dios está cerca, convertíos y creed en el Evangelio»*. Por eso nos recuerda Pablo en la segunda lectura: *«Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino del Hijo de su amor, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados»*. Por el bautismo hemos sido constituidos ciudadanos del Reino.

Pero esto no puede quedarse en pura teoría, sino que el Reino tiene sus exigencias, que el evangelio las resume en dos actitudes fundamentales: Conversión y fe, cambiar el corazón para incorporarnos al Rey, no a un rey terreno, dominador y opresor sino al Rey que viene a establecer un Reino de Paz, de verdad, de libertad, de justicia y amor. Por eso tenemos la exigencia de la fe, de creer en el evangelio, para contribuir al establecimiento de este Reino, haciendo que nuestra fe sea la fe viva que actúa por el amor.

La Iglesia que constituye en la tierra el germen y el principio del Reino de Dios proclama solemnemente a Jesús como Rey del universo. Pero Jesús no es un rey al modo humano, Él mismo dirá a Pilato: *«Mi reino no es de este mundo»*. El evangelio nos muestra que la realeza de Cristo se revela de modo admirable en la cruz: el Dios oculto y el Rey oculto, pero verdaderos. Esta es la paradoja de nuestra fe cristiana: Cristo reina desde la cruz. Aquel, que habían anunciado que sería grande, que sería hijo del Altísimo y heredaría el trono de David, comenzará a reinar en un pesebre de un establo y reinará definitivamente en una cruz romana, en la cruz de los esclavos y es que la realeza de Cristo se expresa en el servicio, en la entrega por todos los hombres.

La fiesta de Cristo Rey no debe confundirse con una celebración del imperio de Dios sobre el mundo ya que su realeza nada tiene que ver con los poderes de este mundo que luchan y se esfuerzan por sumar éxitos, conquistas y triunfos que les confirmen y amplíen sus territorios. Jesús, el Cristo, reina desde la Cruz en la que figura su título de rey. Muere porque los jueces de este mundo no pudieron entender la realidad de Jesús, que era, contra todas las apariencias, el verdadero Mesías, el Salvador de su pueblo y, el que venía a proclamar el derecho a todas las naciones y pueblos. Cristo es Rey del Universo, pero su realeza no se apoya en los éxitos y triunfos, ni siquiera en el aplauso y aceptación de sus súbditos. No se impone por la fuerza por más que su dominio no tiene discusión en el área de la verdad. Su realeza es real y no aparente, no depende del reconocimiento de otros poderes o de otros reinos; ni siquiera la muerte le priva de su dominio sobre todas las cosas, pues su realeza trasciende la caducidad de este mundo. El Reino de Cristo es el propio Reino de Dios y su título ondea victorioso sobre la Cruz.

Hemos de profundizar en esos acontecimientos que los evangelistas nos narran para indicar la realeza de Jesús: *«su Reino no es de este mundo»*. Él es el enviado del Padre para dar testimonio de la Verdad, su Reino no se impone con la violencia, acepta el fracaso aparente en aras de la Verdad que es mucho más real que las decisiones de Pilato o las denuncias del Sanedrín. La Verdad que Cristo afirma no se impone con la fuerza de un argumento que deslegitimice la sentencia de Pilato; Jesús no busca el éxito ni siquiera cuando eso suponga el fracaso que le conduce a la muerte; Él no ha venido a triunfar sino a dar testimonio de la Verdad.

El Rey del Universo, el Hijo primogénito del Padre, aquel en quien Dios quiso que residiera toda la plenitud, se despoja de su propio rango y se hace en todo igual al hombre. El poder y la gloria humana ven en Jesús un peligro cuando se atreve a denunciar que el poder viene de lo alto. Esa es la verdad que Jesús afirma ante Pilato y que el procurador romano no puede entender; instalado en su poderío Pilato teme enojar a los que están por encima de él. La presencia de Jesús le infunde confianza y le lleva a declararle inocente, pero el poder de Pilato está encadenado, no es libre para tomar decisiones.

Si Jesús no baja de la Cruz y demuestra a todos los que le desafían que Él es el Mesías, es sencillamente porque Él no ha venido a hacer manifestaciones de poder, sino a cumplir la voluntad de su Padre dando su vida por la salvación de los demás y reconciliando con su sangre a todos los seres: los del cielo y los de la tierra.